Cornelio Tácito

Agrícola • Germania • Diálogo sobre los oradores



Agrícola es la primera obra de índole historiográfica de Tácito, tras su inicial cultivo de la retórica. Este estudio que dedica a su suegro, Julio Agrícola, aúna los géneros de la biografía y el tratado histórico: pues si la parte inicial consiste en una laudatoria semblanza de Agrícola, paradigma de *virtus* romana, el grueso de la obra está dedicado a sus logros militares y administrativos en Britania. El relato de estas actividades se enriquece con descripciones etnográficas y geográficas, y contiene varias denuncias más o menos veladas de la tiranía de Domiciano.

La manifiesta simpatía de Tácito por los germanos y su conocimiento de este pueblo septentrional adversario de la grandeza de Roma se manifiesta en *Germania*, estudio etnográfico que, por la multitud de datos que ofrece, constituye el documento más valioso para su conocimiento. Una primera parte se ocupa de aspectos como la geografía física, las instituciones, la vida privada y el ejército; después se describen las peculiaridades de cada etnia por separado. Tácito concluye que los germanos, a pesar de su carácter primitivo y sus debilidades, aventajan a los romanos en valores que éstos han ido perdiendo, como la entrega y el compromiso con la patria. Por ello, además de un estudio serio, este breve escrito es una crítica indirecta a la sociedad de su tiempo.

El *Diálogo sobre los oradores* refleja el interés que Tácito sintió por la oratoria en su juventud. De raigambre ciceroniana, consiste en el diálogo, situado en el año 75, entre Curiacio Materno, poeta, el orador y abogado Aper y Mesala, experto en retórica, acerca de la decadencia de este arte, que en la era imperial se había tornado muy inferior al de la República; al tiempo que se lamenta esta merma, se aducen posibles causas política e históricas.



Cornelio Tácito

Agrícola - Germania - Diálogo sobre los oradores

Biblioteca Clásica Gredos - 36

ePub r1.1
Titivillus 26.06.17

Título original: *De vita Iulii Agricolæ - De origine et situ Germanorum - Dialogus de oratoribus*
Cornelio Tácito, 98
Traducción: José M.ª Requejo Prieto
Introducciones y notas: José M.ª Requejo Prieto
Asesor para la sección latina: Sebastián Mariner Bigorra
Revisión: José Luis Moralejo Álvarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN GENERAL

Tácito es poco conocido, por desgracia, para los no especialistas. Sin embargo, en una obra tan de divulgación como es la *Historia de la Literatura Latina* de Alfred Gudeman[1], las palabras con que comienza el examen de este autor son: «La manifestación literaria más sobresaliente de todo el período y una de las glorias de la literatura universal, es el más grande de los historiadores romanos…». Si alguien piensa que se trata de un juicio algo entusiasta, somos muchos los que estamos de acuerdo con él, y así podrían demostrarlo los innumerables trabajos, artículos de revista, etc., que vienen apareciendo a lo largo de muchos años en diversos países.

Ante esta situación de desconocimiento, paradójica, como se acaba de ver, y dada la finalidad de esta Colección, nos ha parecido más oportuno presentar a nuestro autor del modo más general y sencillo posible por «sencillo» entendemos «no erudito». Con ello, el lector tendrá mayores posibilidades de comprensión, por un lado, y de incentivo, por otro, para adentrarse en el estudio de cualquier aspecto de Tácito o de todo él. El complemento necesario para este logro será una amplia bibliografía; seleccionada debidamente, por ser, ya hemos aludió a ello, excesiva para los fines que tiene este trabajo.

Sirvan de justificación a esta postura las palabras de un estudioso como el italiano Paratore, uno de los que han dedicado más años de su vida a nuestro historiador: «Un autor que anuncia un estudio sobre Tácito suscita el temor de una enésima variación sobre la

lengua, el estilo y el arte del que, entre los grandes prosistas latinos, es considerado por muchos como el máximo exponente»[2].

Vida y época

Las fechas del nacimiento y de la muerte de Tácito son muy discutidas. Antes de entrar en cualquier cuestión al respecto, creemos conveniente que el lector se sitúe de una manera cronológicamente confortable.

Agripina, sobrina y segunda esposa de Claudio, hizo asesinar a éste. En lugar de Británico, el heredero legítimo, hijo de su primer matrimonio con Mesalina, subió al poder Domicio Nerón, hijo de Agripina y de Domicio Ahenobarbo, proclamado Emperador por los pretorianos con ayuda de Séneca y Burro, prefecto de la guardia pretoriana. Nerón, tras algún intento fallido, logró matar a su madre, repudió a su esposa y se casó con Popea Sabina. Se sublevó el gobernador de la Galia Julio Víndex; fracasó. Las legiones hispanas proclamaron Emperador a su jefe Sulpicio Galba. Nerón huyó de Roma, y con él se extinguió la dinastía Julio-Claudia, que podría tener su punto de partida en César y que terminó el 68 d. C.

Galba fue derribado por Otón, apoyado por los pretorianos, pero las legiones del Rin proclamaron Emperador a Vitelio, quien derrotó a Otón en Bedriaco; incapaz de gobernar el Imperio, las legiones de Oriente (*Ex oriente lux*, según el proverbio) apoyaron a su general, Tito Flavio Vespasiano, quien se instaló definitivamente en el poder el año 69, llamado «de los tres Emperadores», e inauguró la dinastía Flavia. Vespasiano fue un buen político en el exterior: su hijo tomó Jerusalén y Petilio Cerial dominó la sublevación de Civil y los batavos. En el interior, logró apoyo moral y legal del Senado, saneó la economía y realizó cambios en el ejército conducentes a evitar nuevos levantamientos. A su muerte, año 79, continuó su labor su hijo Tito Flavio Vespasiano: tuvo que remediar los males producidos por la erupción del Vesubio y de un incendio en Roma; murió, muy

joven, el 81. Su hermano menor, Tito Flavio Domiciano (81-96), gobernó más autoritariamente y esto le granjeó muchas antipatías, que se traducen en parcialidad a la hora de enjuiciar su labor; lo veremos más adelante con cierto detenimiento, por tratarse de un período clave para comprender la ideología de Tácito.

A la caída de Domiciano, el Senado cambió el carácter hereditario de la soberanía y patrocinó el nombramiento de uno de sus miembros más importantes: Nerva. Nerva fue un buen gobernante; pero, cuando fue elegido, su edad ya era avanzada; comienza con él la etapa llamada de los Emperadores adoptivos; muere al cabo de dos años, con la situación política ya un tanto revuelta; pero tres meses antes adopta un hijo y lo nombra sucesor suyo. Trajano es este hijo; general de las legiones en el Bajo Rin, es el primer Emperador nacido en una provincia. Con el mecanismo de la adopción se evitan los manejos de los pretorianos, las presiones de los ejércitos fronterizos y el peligro de guerra civil. Apoyándose al tiempo en el Senado y en el ejército, llevó a cabo una brillante gestión administrativa, amén de su gran campaña militar contra los dacios y la extensión del Imperio por el Oriente. Muere el 117, a los sesenta y cuatro años de edad y diecinueve de gobierno. Su sucesor fue su sobrino, originario igualmente de Hispania y adoptado en testamento por su tío. Adriano protegió la enseñanza y la economía y aseguró las fronteras. Los últimos años de su vida no fueron tan afortunados; murió hacia el 138. Antes había adoptado y elegido como sucesor a Antonino Pío.

Los problemas en torno a la biografía de Tácito surgen, entre otras razones, porque él mismo da pocas noticias en torno a su vida. Como dice Syme, cuando menciona su propio ingreso en la clase de los senadores, lo hace por motivos de relevancia histórica, para aparecer imparcial ante los acontecimientos que va a narrar; vemos en *Hist*. I 1: «no voy a negar que mi carrera política comenzó con Vespasiano; Tito la impulsó y Domiciano la hizo prosperar aún más, pero quien ha hecho profesión de lealtad incorruptible debe hablar sin amor ni odio».

Tácito nació entre el 54 y el 57 d. C. Syme[3] precisa entre el 56 y el 57, basándose fundamentalmente en las edades legales requeridas para el desempeño de magistraturas, y también confrontándolo con datos cronológicos de algunos de sus coetáneos, transmitidos por otros autores o colegidos de algunas alusiones del propio Tácito. Otros piensan que sería seis o siete años mayor que su amigo Plinio el Joven («casi de la misma edad», dice Plinio); al parecer, Plinio tenía dieciocho años cuando murió su tío bajo el fuego del Vesubio (año 79), y si Plinio nació el 62 o 61, Tácito lo haría el 54 o 55, teniendo en cuenta que ya era un abogado conocido cuando Plinio aún era adolescente. El único dato cierto es que el primer acontecimiento de su vida tuvo lugar bajo Nerón.

Lugar de nacimiento. — Sin entrar en tantos detalles como da Paratore, recorramos las diversas hipótesis a medida que se van alejando de Roma:

1.ª La propia Roma, basándose en un pasaje de los *Anales*, en el que parece insultar a Sejano tachándolo de no romano. La deducción no es verosímil; podría haber razones de orgullo y retóricas; ya Plinio (*Ep*. IX 23) nos cuenta una anécdota acaecida en el circo, según la cual se preguntó a Tácito si era itálico o provincial; está claro que su acento no debía de sonar muy local.

2.ª Si era itálico o no, ya es más problemático. En la *Historia Augusta* se dice, sobre el Emperador Tácito[4] (pretendido descendiente del escritor), que era natural de Temí, pero esta obra no puede inspiramos mucha confianza, sobre todo en este período. Syme[5] pone un poco en duda la existencia de una *gens Cornelia antiqua*.

3.ª La hipótesis gálica es la más aceptada. Plinio el Viejo nos habla de un Cornelio Tácito, *eques* romano, procurador de la Galia Bélgica. Esto no excluye, naturalmente, que el padre de Tácito pudiera ser romano. Insistiendo en el tema, se ha visto que el *cognomen* de Tácito se hallaba más extendido en la Galia Cisalpina y en la Narbonense; podríamos apostar mejor por la última, si

tenemos en cuenta el dato de que su futuro suegro era de Frejus. Según Syme[6], no sería, en ningún caso, de Hispania, pues el *cognomen* no aparece en esta provincia en ningún sitio.

Tuvo por maestros a Marco Apro y Julio Secundo, así como a Quintiliano; y fue muy amigo de Plinio el Joven.

Tácito comenzó su carrera política con una magistratura subalterna, el vigintivirato, que desde Augusto era la antesala para la cuestura; probablemente tal hecho sucedió antes de casarse, cosa que hizo el 78. Era muy joven, pero su matrimonio le supuso un gran apoyo; por un lado, su suegro era un excónsul y había sido nombrado recientemente gobernador de Britania; por otro, la ley Papia Popea permitía adelantar en un año la edad legal mínima exigida para el desempeño de las magistraturas por cada hijo vivo habido en matrimonio. Fue cuestor bajo Vespasiano, según algunos, y otros piensan que alcanzó tal cargo el 81 o el 82; recuérdese que Vespasiano murió el 79. Dos o tres años más tarde, Tito le confirió el tribunado de la plebe o la edilidad. Está comúnmente aceptado que en el 88 fue pretor y quindecímviro; en tal año se celebraban los Juegos Seculares bajo Domiciano (véase *An*. XI 11, 1-3). Pasó fuera de Roma al menos la mitad de los ocho años transcurridos entre su pretura y la muerte de Domiciano, porque el 93, cuando fallece su suegro, era el cuarto de su ausencia, como dice en el *Agrícola*. Pero su condición no era la de un exiliado, como se ha querido ver por su manifiesta animosidad. No vamos a entrar en las diversas conjeturas sobre su actividad por aquel entonces; reseñemos que incluso, como advierte Syme, «la sugerencia de un cargo en Britania no es totalmente desechable» (véase *Agr*. 42, 1), y que la opinión más extendida es que ejerció las funciones de *legatus Augusti pro praetore* en alguna provincia, quizá en la Galia Bélgica, lo que explicaría algunos datos que aparecen en la *Germania*.

Tácito volvió a Roma en la última época de Domiciano años de persecuciones; su cualidad de senador te hace ser testimonio y cómplice (¿obligado?) de actos e más tarde atacará duramente. Domiciano es asesinado al parecer, por sus mismos parientes. Con

Nerva sobreviene «la felicidad de los tiempos». Según Svme[7], nuestro personaje alcanzaría el consulado en la segunda mitad del 97. Siendo cónsul *suffectus*, pronunció una *laudado funebris* en honor de su antecesor en el cargo, Virginio Rufo. Plinio el Joven destaca ya en este discurso las condiciones oratorias del que era un abogado famoso. La *laudado* es harto significativa, puesto que Rufo había rechazado el poder que le ofrecían las legiones de Germania tras la muerte de Nerón.

Es posible que fuera procónsul de la provincia de Asia con Trajano, hacia el 112. No hay muchos más datos relevantes de su vida. Un pasaje del libro segundo de los *Anales*[8] hace suponer que no pudo ser escrito antes de julio del 117, con lo que debemos dejar transcurrir varios años, en los que compuso los dieciocho libros en que se desarrollaba esta obra. Por consiguiente, parece muy temprana la fecha del 120 señalada por algunos para su muerte. Lo verosímil es que falleciera transcurridos los primeros años de Adriano.

Ideología

Los tiempos que le correspondió vivir a Tácito fueron bastante movidos. En realidad —con el paréntesis de Augusto— lo eran desde los Gracos. Hay unas palabras de Cicerón en una de sus cartas a Ático; «por lo que a nosotros se refiere, nos encontramos en una situación política lamentable, quebradiza y cambiante»[9]. Lo mismo podía haber dicho Tácito, aunque con una cierta diferencia cuantitativa. Sólo Vespasiano, con su buen hacer, y Domiciano, con su autoritarismo, consiguieron una situación algo estable, pero esto suponía una actuación personal. El fracaso de las instituciones era evidente, y esto nos induce a reflexionar sobre la engañosa apariencia del régimen benefactor de Augusto; el pacto entre el Príncipe y el Senado no podía mantenerse más que por virtud de

mano dura y por el cansancio existente en el 31 a. C., debido a las continuas guerras y desórdenes; cuando estos dos presupuestos desaparecieron, retornaron las turbulencias del período preaugústeo.

Augusto no borra del mapa político y social las instituciones republicanas tan tajantemente como se pretende; el Senado se resistía a perder sus privilegios; mejor diríamos, la clase senatorial, que no se mantenía en su rango por razones de sangre únicamente, sino que ya desde antes del siglo III veía engrosar sus filas con plebeyos de alta capacidad económica. Pues bien, la pugna clase senatorial-Príncipe continúa; a pesar de la decadencia de aquélla, el Príncipe tiene que apoyarse en otras, como la de los caballeros y otros ciudadanos que van adquiriendo influencia política. Añádanse a éste, surgido en la época precedente, otros factores nuevos; por una parte, la mayor presión de las fuerzas militares, debido a que el Imperio necesitaba mantener un gran contingente; por otra, la creciente influencia de las provincias en la resolución de los problemas de la metrópoli.

Así las cosas, pudieran encontrarse algunas contradicciones en esta breve exposición, tal vez porque el mismo Tácito esté incurso en ellas; las circunstancias, su ritmo vertiginosamente cambiante lo desconciertan, le llevan a un claro desengaño y, en consecuencia, a un gran pesimismo, muy bien reflejado en los *Anales*. En algo nos recuerda a la personalidad de Cicerón y sus vaivenes; los de Cicerón más bruscos, porque su época los dio más bruscos. En este punto la coincidencia es bastante notable, como también en el método para descubrir su pensamiento: a través de sus obras; para Paratore[10], la correcta interpretación de las *Historias* es la clave para el estudio del pensamiento político de Tácito, lo que le lleva, según él, a ser el mejor intérprete de la historia de su tiempo y el profeta del porvenir; pero Tácito, al igual que Livio y Salustio, no quiere descubrirnos claramente su ideología.

Según Syme[11], «es, a primera vista, hostil a la Monarquía, no sólo hacia los Césares, sino hacia el Principado, por su falsedad desde su nacimiento y por sus continuos contrastes entre promesas

y resultados. Pero si profundizamos un poco, podemos descubrir su convencimiento de que para lograr la paz y la estabilidad, la ley impuesta por un hombre solo no puede ser evitada; esta constatación le deja muy triste; hace decir a Eprio Marcelo (*Hist*. IV 8) que "conocía los tiempos pasados y los presentes; que admiraba el pasado y se conformaba con el presente; deseaba buenos Emperadores, pero era capaz de soportar a cualquiera"».

Volver al sistema republicano significaba más competencia para acceder al consulado y al gobierno de las provincias, control del Senado sobre las finanzas, el ejército y la política imperial; en resumen, lo que Augusto había abolido y que tal vez no permitían las nuevas circunstancias históricas. En esta agonía se debate Tácito, como se debaten y seguirán debatiéndose muchos humanos. Ciertamente es enemigo y crítico del Principado, aunque su lenguaje, como el que se mueve en el terreno político, tienda a ser muy ambiguo. Tendrá que decidirse por un régimen imperial, al fracasar la armonía entre los tres componentes fundamentales: democracia, oligarquía, monarquía; este fracaso influye en ese su carácter de poeta trágico, como se le llama; pero para él también el régimen imperial fracasa; al menos, se menoscaba la libertad y se cometen arbitrariedades, con lo que más que hacia lo trágico, deriva hacia lo tenebroso, cuya manifestación la encontramos en sus célebres claroscuros lingüísticos, tanto de forma como de contenido. Podríamos encontrar un ejemplo paralelo en nuestro Goya.

Aparte de estas causas generales, hay dos factores concretos que, igualmente, dejaron sentir su influencia: 1) Su actitud ante la gestión de Tiberio y la de Domiciano, personajes muy discutidos (sobre todo el primero), tratados en la actualidad con más comprensión, pero que produjeron en Tácito una odiosa impresión y lo dejaron marcado. 2) La tradición cultural le había llegado a través de la poesía de Horacio, Virgilio y Propercio: para él, aquélla era una Edad de Oro literaria y de ahí infería que también había sido una Edad de Oro político-social; lo que no veía eran las continuas guerras y asesinatos que pesaron en el ánimo de estos tres poetas,

y de otros muchos ciudadanos, a la hora de aceptar un régimen hacia el que, en un principio, no sentirían un gran entusiasmo ideológico.

Tácito, por tanto, se engaña; sigue con sus ilusiones en torno al antiguo régimen, actitud normal en un «hombre nuevo». Lo que no sabemos, a veces, es si este antiguo régimen hay que identificarlo con el de Augusto o con la República, porque no parece tener buena opinión acerca del primero; en este caso, la opinión de Syme[12] respecto a que Nerva y Trajano representarían una vuelta a Augusto tal vez no sea muy acertada.

«Hombre nuevo», despreciaba actitudes como la descrita por Plinio (*Ep*. I 17), por la que un caballero romano sirve al Gobierno y, al tiempo, levanta estatuas de héroes republicanos o de víctimas del despotismo imperial. Han cambiado los tiempos desde que Catón ponía coto a las pretensiones de acceder a la aristocracia; ahora, ser noble no basta, por ejemplo, para ser cónsul; debe ser luchador, tenaz… un «hombre nuevo»; la antítesis «lujuria e inercia» frente a «integridad y energía» tiene un paralelo en la de los nobles frente a los *homines noui*, quienes, sin antecedentes familiares que los impulsen, tienen que ser forzosamente buenos militares, oradores y estudiosos del Derecho. Ahora bien, ante la corrupción y la decadencia en Roma, el *homo nouus* es ahora un provincial; Hispania y la Galia Narbonense producen personalidades eminentes; la primera, en el terreno de la política (Trajano y Adriano) y en el de la literatura (Séneca, Lucano y Marcial), aunque esta situación ya comienza a darse con los itálicos, pero no romanos, Catulo, Horacio y Virgilio. Este desdén por el árbol genealógico halla una contradicción en sus palabras sobre Tiberio en los *Anales*, aunque en dicho pasaje existe la intención de contraponer a Tiberio con sus gloriosos predecesores.

Otro punto de partida para la reconstrucción de su pensamiento político es el problema de la sucesión al Principado, mediante la adopción del más digno por el Príncipe y la ratificación del Senado. El sistema tiene sus fracasos: relativo el de Nerón, porque, al fin y al

cabo, pertenecía a la *domus* imperial; contundente, el de Galba; las luchas palaciegas a lo largo de estos procesos constituyen otro de los elementos que influyen en su visión pesimista de los *Anales*.

Los tiempos de Domiciano son definitivos en la vida de Tácito. Como remedio ante el ambiente coactivo, propone mantener la dignidad en cualquier caso; el ciudadano encontrará un consuelo en el *obsequium*, el deber hacia la comunidad; remedio no muy convincente, pero válido, si el Emperador es un déspota. Un insurgente se presentará como un defensor de los derechos del Senado y del pueblo, como un campeón de la libertad; si vence, es constitucionalizado y legitimado; luego ejerce una autoridad delegada. De ahí ese *middle path*, en Tácito, entre libertad sin licencia, disciplina sin esclavitud, como vemos en *Hist*. I 16: «has de mandar a hombres que no pueden soportar una esclavitud total ni una libertad completa».

Parece que no puede abandonar completamente la esperanza. El ciudadano debe caminar libre de ambición y de peligros, libre de la absurda contumacia y de la obediencia vergonzosa; esto es lo que puede proporcionar un final honroso, o bien distinguir a los hombres en su éxito. Extraña nos resulta la defensa de estas actitudes, frente a su crítica en otros pasajes, como en *Agrícola* 42: «… sin ningún provecho para la comunidad». ¿Hay realmente paradoja, o se trata de un claro pesimismo? Lo veremos al estudiar el *Agrícola*.

Ideario como historiador

En la obra de Zuccarelli[13] se presenta al hombre como artífice de la historia, contraponiendo esta idea de Tácito a la de Heródoto; se basa para lanzar esta afirmación en el juego que puede dar en latín la palabra *auctor*. Aun tratándose de una obra muy elaborada, conviene advertir que este tipo de enfoque, deduciendo ideas a partir de la semántica de palabras aisladas, tiene sus peligros: no me voy a detener en ellos, pero sí voy a señalar la contradicción

resultante de una ligera ojeada que se dé a las conclusiones del citado libro: este hombre *auctor* debe ser, idealmente, un *uir modestia praeditus*, algo así como «un hombre dotado de mesura»; pues bien, Zuccarelli concluye que, ante la realidad histórica, tal mesura periclita y, a la postre, desaparece.

Según Paratore[14], el fondo ideológico está en la dualidad *Fortuna/Fatum*. El *Fatum* es algo inexplicable, pero no misterioso. Constituye la auténtica voluntad del poder divino que regula la historia de los hombres; en la *Germania* se nos habla de «urgentibus imperii fatis» (33, 2). El destino humano queda fijado desde el nacimiento. Un balanceo entre este providencialismo y, a veces, un señalado causalismo lo explica Paratore por la dualidad de Tácito como artista (helenismo colorista) y pensador (causalismo pesimista). La fortuna de Agrícola y de Vespasiano la vemos tan enorme que aparece indudablemente providencial.

La *Fors* dominaría, con espíritu maligno, las vicisitudes humanas, a veces bajo el aspecto de ira divina. Paratore cita un pasaje de la *Germania* que se opone a lo anterior (33, 1). Pero Syme pretende demostrar que la *benignitas deum*, presente en Tito Livio, en Tácito es una expresión convencional; cita, a tal fin, un pasaje de los *Anales* (XII 43): «por la gran bondad de los dioses y del invierno»; vemos asimismo en *Hist*. I 3: «los dioses no piensan en nuestra seguridad, sino en su venganza». En definitiva, la religión ya no se podía explotar tan fácilmente como en épocas pasadas; la introducción y asentamiento de las filosofías griegas y orientales son decisivas en este aspecto; la filosofía sustituye a la religión.

Nos parece conveniente recordar ahora el artículo de Víctor José Herrero[15] acerca de lo que piensa Tácito sobre el vulgo; según este profesor, siente por él un claro desprecio; sin aspirar a muchas matizaciones, ya al final del citado artículo se dice; «Emplea, pues, la palabra no tanto en su valor cuantitativo como cualitativo»; pero la contraposición entre el vulgo y su espíritu aristocrático ya no la vemos tan clara; pensamos que Tácito desprecia a la masa como elemento anulador de la virtud y acción individuales: si es un

aristócrata, lo es del comportamiento personal; sería, con ello, un «clase media», en el sentido de que se revuelve violentamente hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda.

Pasando a un plano más objetivo, veamos cuál es, para él, la finalidad de una obra histórica. En un pasaje de los *Anales* propone que la historia debe alabar la virtud y condenar para siempre la injusticia (*An*. III 65). No tenemos muchos más datos, aparte éste. Lo cierto es que se han visto más intenciones moralizantes que las que el propio Tácito pretende; otros estudiosos, en cambio, tal vez se han quedado cortos[16]. Lo que sí hay, como hemos visto, es una defensa de la libertad y dignidad humanas. Tratando de completar ideas ya apuntadas, podemos detenemos en el hecho de que la Revolución en Roma tuvo dos fases bien distintas: una primera, brusca y rápida, durante la que cayó el régimen republicano, reflejada en autores como Salustio. Una segunda, con paulatina pérdida de la libertad y de los principios aristocráticos. Tácito asiste a la desaparición de su ideal de República por la acción de factores como la clientela, el *fauor*, la *ferocta*, la *simulatio…* Nosotros opinamos que su reacción es de rabia y desprecio, pero también se le achaca el que, ante las convulsiones sociales de su tiempo, siguiera el ejemplo de Tucídides y, encerrado en su torre de marfil, viviera preocupado únicamente por la *ciuitas Romanorum* y su destino. De todos modos, ya nos advierte Paratore que no puede hacerse de Tácito un pesimista monocromo, viendo reflejado su carácter sólo en los *Anales*; según el autor italiano, era un historiador desde su primera producción literaria; no le parece muy válido el triple aspecto de retórico, biógrafo-panegirista e historiador. Así, vemos cómo el «ahora renace, al fin, la vida» del *Agrícola* resuena al comienzo de las *Historias*.

Aspectos literarios

No es cosa de insistir en su valor como historiador, su estilo y el puesto que pueda ocupar en la historia de la literatura. Para evitar subjetivismos, pensamos como mejor solución el que cada cual lea por su cuenta las obras, aun en español. Lo contrario parece estar en desacuerdo con un trabajo de divulgación como es éste. Veamos, de todos modos, algunos caracteres generales: Paratore lo compara con Salustio y asegura que éste le parece más artista y Tácito más historiador; ambos indagan las causas, pero Tácito mantiene predilección por utilizar argumentos de la historia contemporánea, como Tucídides; Tácito compendiaría y abarcaría, por tanto, a los otros dos historiadores, porque combina el brillo poético con un cierto rigor histórico: el discurso de Galba a Pisón (*Hist*. I 15-16) es un diagnóstico del régimen imperial; Otón habla de forma certera (*Hist*. I 83-84) sobre la disciplina militar. Asimismo, los excursos son más «históricos» que en Salustio, pero, además, las digresiones, aun las más breves, tienen una sutil ligazón con el tema precedente…

Se le ha calificado de poeta trágico (sentimiento)-dramático (forma); en él encontramos amplias escenas, descripciones ricas en colorido, escorzos… Sus análisis psicológicos, el retorcimiento de sus frases, los claroscuros, su gusto por la antítesis, son aspectos muy estudiados por multitud de especialistas. Pero Tácito no es un todo unitario: desde la presentación de amplios escenarios naturales en las *Historias* evoluciona hacia un repliegue (tenebroso, en última instancia) sobre sí mismo y sobre la localización de los acontecimientos que narra: los interiores de la *domus* imperial en los *Anales*.

Presencia de Tácito en España

Únicamente vamos a examinar su influjo en el campo de la literatura y la constancia de sus obras en nuestro país. En el primer campo es normal que señalemos, al tiempo, su influjo ideológico, pero adentramos en este último no lo estimamos procedente, si pensamos que lo oportuno debe ser dar irnos datos con los que cada cual debe seguir una opinión y unos caminos que estime oportunos. Insistir sobre la vigencia del pensamiento de Tácito, como la de cualquier autor clásico, lo consideramos banal hasta para un universitario ajeno a nuestras actividades. Cualquiera que abra, por ejemplo, los *Anales* se encontrará ya, en los dos primeros capítulos, con noticias y reflexiones muy adecuadas a la historia de nuestra patria en esta segunda mitad de siglo; la historia se repite o, como suele decir Torrente Ballester, lo que se repite son las circunstancias que pueden hacer evolucionar aquélla en un sentido o en otro, y Tácito vivió en una época muy propicia para que lo que pudiera escribirse sobre ella perdurase sin grandes alteraciones.

Su posible maquiavelismo (que habría ido en aumento conforme avanzaba su obra), su influjo en nuestro Siglo de Oro son asuntos bien conocidos. Últimamente, esta cuestión se ha descuidado un tanto, por razones que afectan a los estudios clásicos en general y por las señaladas en nuestra *Introducción* a Tácito, en particular. Con todo, no quiero dejar de aludir a que, por las fechas en que escribía esto, encontré, en un periódico madrileño, que el doctor Tierno Galván hizo un trabajo sobre la influencia de Tácito en los escritores políticos de nuestro Siglo de Oro; trabajo que parece remontarse a 1948. Quede constancia de ello, aunque nada más sea como anécdota que ilustra las afirmaciones anteriores[17].

Son manejados todavía los aforismos y comentarios a las obras de Tácito, especialmente a los *Anales*, compuestos desde el Renacimiento en el extranjero y, algo después, aquí; así, las obras de Alamos Barrientos, Setanti, Lancina…, que veremos más adelante.

Centrándonos en la literatura política, nos encontramos con que Antonio Pérez, secretario de Felipe II, dice textualmente: «esta doctrina la saqué de Tácito»; si bien la afirmación resulta tajante para los detalles de todos sus escritos, parece que algo taciteo hay, ideológicamente hablando, en su *Norte de Príncipes*. Lo que ocurre con Pérez y con otros autores es que interpretan a Tácito según su criterio, a veces no muy acertado, y, en ocasiones, según sus conveniencias, no siempre muy honestas.

Eugenio de Narbona escribió *Doctrina política civil escrita en aforismos*, que envió a Felipe IV, o al menos, la destinó para aconsejar a este rey.

Rivadeneyra: Tratado de la Religión y virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano para gobernar y conservar sus estados, contra los que Nicolás de Maquiavelo y los políticos de este tiempo enseñan *(Madrid, 1595), se declara enemigo a ultranza del autor latino, pero algunos pensamientos y citas delatan la fascinación que sobre él ejerció*.

Semejante conducta muestra Quevedo. Por el contrario, Gracián se muestra literariamente tacitista en su *Agudeza y arte del ingenio*, e ideológicamente tacitista en su *Criticón*, en el *Político* y en el *Oráculo Manual*, aunque en estas dos últimas obras lo cristianiza.

Influencia hay también en Luis de Mur y su *Tiberio ilustrado*, insistiendo en el manoseado resentimiento de aquel Emperador, y en Saavedra Fajardo y su *Idea de un Príncipe Cristiano*.

José Antonio Maravall opina que Tácito es a la política lo que Aristóteles a la filosofía; en su *Teoría española del Estado en el siglo XVII* se pretende encontrar la influencia de Tácito en sus ideas sobre el origen divino del poder, la legitimidad de la sucesión hereditaria, la conveniencia de utilizar ministros para la gestión administrativa y las esencias de los procesos revolucionarios; opinamos que los dos primeros puntos son harto discutibles.

En el campo de la historiografía contamos con los casos de Mariana, Coloma y Antonio de Solís, así como con el de Hurtado de Mendoza, que, en su *Guerra de Granada*, imita también a Salustio.

Antonio Pérez imita el estilo de las *Historias*, y Francisco de Moneada lo sigue sólo en la introducción de *Expedición de Catalanes y Aragoneses contra griegos y turcos*. Francisco Manuel de Melo, incluso, distribuye en cinco libros —el número de los conservados de las *Historias*— su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*.

Marañón constituye un capítulo aparte. Es un seguidor apasionado suyo, aunque quizá por senderos equivocados por lo que a interpretación ideológica se refiere; famosos son sus estudios sobre Tiberio, Antonio Pérez y el Conde Duque.

Algunos especialistas (recordamos en este momento a Manuel Alvar) han estudiado la influencia de los *Anales* en la *Roma abrasada* de Lope de Vega.

Códices que se encuentran en España o que tienen aquí su origen. — Los primeros vestigios se hallan en las bibliotecas del Príncipe de Viana y del Infante Pedro, condestable de Portugal. Un *Cornelius Tacitus* figura, sin más, en el inventario de la biblioteca de Pere Miquel Carbonell, autor de las *Cróniques d'Espanya*.

En la Biblioteca Nacional de Madrid tenemos varios manuscritos: el 8.401 es del siglo XV, copiado del *Mediceus* II; contiene los *Anales* y las *Historias*; bien conservado y con notas al margen. El 8.748 contiene texto sólo al margen de cada hoja; el resto está en blanco, quizá para anotaciones y glosas; tal vez sea del siglo XVII; el texto corresponde al libro primero de los *Anales*. El 10.037 está escrito con letra del siglo XV; pertenecía al cardenal Zelada; procede de Toledo; contiene, entre otras obras, la *Germania*.

En 1896 se descubrió, en la biblioteca del Cabildo de Toledo, el llamado *Codex Toletanus*; contiene la *Germania* y el *Agrícola*; copiado por Antonio Grilo en la segunda mitad del siglo XV, fue descubierto por R. Wünchs.

En la Real Biblioteca de El Escorial hay uno de 1412, inventariado por Ambrosio Morales, y otro que parece proceder del Conde Duque de Olivares y que fue a parar allí tras el incendio de 1671.

En cambio, el *Hispanas o Couarrubiae* (del jurisconsulto español Antonio de Covarrubias), cuyo texto ha sido el básico para el establecimiento del texto de las *Historias*, se encuentra en la Biblioteca Nacional de París.

Finalmente, en el Real Seminario de San Carlos de Zaragoza se encuentran el *Codex* 9.439, que contiene las *Historias (sic) del libro XI al XXI*, y el incunable 8.644, que contiene la *Germania*.

Glosas y comentarios.

Antoni Augustini Veteres Scriptores, B. Nacional, Ms. 7.901; contiene 12 citas de Tácito.

Censura sobre los Anales y Historias de C. C. Tácito para consultar si será bien imprimir en español su traducción. *Es oscura su paternidad*.

Noticia del Conde Duque de Olivares y *su* hijo sacada de las notas políticas a Tácito de Cristóbal Forsner, *B. Nacional, Ms. 10.378; letra del siglo XVIII*.

Tácito: Aforismos sacados de sus obras para gobierno de las monarquías, B. Nacional, Ms. E. 180, 1.162; contiene 502 aforismos de ALAMOS DE BARRIENTOS. Hay otra obra del mismo autor, con título semejante, aunque al final matiza *para conservación y aumento de las monarquías*, B. Nacional, Ms. X, 196, 8.639; otras dos colecciones de aforismos se hallan en Ms. 17.772 y E. 5.948.

Traducciones anteriores

De las *Obras Menores* conocemos, en español, las de:

Tácito, Obras Completas, Madrid, 1957. Publicada en Aguilar, probablemente con fines de divulgación exclusivamente, bajo la

dirección de VICENTE BLANCO GARCÍA, profesor de la Universidad de Zaragoza. ANTONIO RUIZ DE ELVIRA se encargó de la *Germania* y el *Agrícola*.

Tácito, Diálogo de los Oradores - Agrícola - Germania, traducción nueva de MANUEL MARÍN PEÑA, Biblioteca Clásica Hernando, Madrid, 1950. Lo de traducción «nueva» se refiere a que existían traducciones anteriores en la misma colección, según veremos. Nos parece una magnífica traducción, debida a un también magnífico profesor de Instituto. Solamente hemos observado algún error muy aislado y, tal vez, un lenguaje no muy en boga en la actualidad.

De las extranjeras, sólo conocemos:

Tacitus, I: Agrícola, traducido por M. HUTTON y revisado por R. M. OGILVIE; *Germania*, traducida por M. HUTTON y revisada por E. H. WARMINGTON; *Dialogas*, traducido por W. PETERSON y revisado por M. WINTERBOTTOM: en la *Loeb Class. Libr*.

En la colección de la Asociación «Guillaume Budé»[18], el *Agrícola* está traducido por E. DE SAINT DENIS, con buena introducción, aunque discutible en alguna de las tesis que sostiene; el *Diálogo*, por HENRI BORNECQUE, sobre texto establecido por GOELZER, con una introducción excesivamente breve; la *Germania*, por JACQUES PERRET, que ha hecho la mejor introducción de las tres obras aparecidas en esta colección. Buenas traducciones las tres, siendo la mejor, a nuestro juicio, la correspondiente a la *Germania*.

En España la primera traducción —no completa— de Tácito al castellano, con texto latino, se debe a Carlos Coloma, publicada en 1629[19]. Mor de Fuentes y Diego Clemencín publican en 1798 una obra en la que incluyen el *Agrícola*, la *Germania* y la *Conjuración de Catilina*. En 1846 se publica el *Diálogo*. En 1919 saca Calpe la *Germania* y el *Diálogo*. De 1926 data la primera edición de las *Obras Menores* de la Colección «Betnat Metge», con versión al catalán. De 1944 es una traducción de la *Germania* para usos escolares, debida a L. García Vicente, del Instituto «Zorilla» de Valladolid.

Hemos utilizado, para la presente traducción de la *Germania*, la edición crítica de Furneaux-Anderson, en Clásicos Oxford, reimpresión (con correcciones) de 1962. También para la del *Diálogo*, aunque aquí hemos confrontado el texto con el de Koestermann, de la *Biblioteca Teubneriana*, 1970. Para la del *Agrícola* sólo nos hemos servido de esta segunda obra. En el *Diálogo* 37, 8: *ut secura* † *uelint*, lección de Furneaux-Anderson, la hemos dejado y adoptado la de Koestermann: *ut securi <ipsi spectare aliena pericula> uelint*.

Otras ediciones y traducciones de las «Obras Menores»

J. G. C. ANDERSON, *Cornelii Taciti, De origine et situ Germanorum*, Oxford, 1970 (coment.).

V. BLANCO GARCIA, *Tacito, Vita Agricolae*, trad., Madrid, Aguilar, 1946.

V. BONGI, *Tácito, Germania*, Florencia, Le Monnier, 1946 (texto crít. y com.).

A. C. CASTAGNINO, *De uita Iulii Agricolae, De origine et situ Germanorum*, Buenos Aires, Coni, 1948.

P. COLLIN, *Tacite, Vie d'Agricola*, 3.ª ed., Lieja, Dessain, 1964.

A. CORDIER, *Dialogue des Orateurs, Vie d'Agricola, la Germanie*, París, Clas. Garnier, 1949 (texto y traducción).

I. FORNI, *Taciti De uita Iulii Agricolae Librum*, ed., comentariolo instru. et illustrauit, Roma, 1962.

G FORNI-F. GALLI, *Tacito, De origine et situ Germanorum*, Roma, 1964.

H. GOELZER, *Le Dialogue des Orateurs*, París, Hachette, 1910 (comentado).

P. GRIMAL-A. FLEURY, *Agricola*, París, Class. Rom., Hachette, 1946 (ed. y com.).

A. GUDEMAN, *Tacitus, Dialogus*, 1914; *Agricola*, 1902; *Germania*, 1916, Leipzig.

M. LENCHANTIN DE GUBERNATIS, *De uita Iulii Agricolae, De origine et situ Germanorum, Dialogus de oratoribus*, Corpus Scriptorum latinorum Parauianum, Turín, Paravia, 1949.

R KIENLE-W. VON KLUG, *Agricola, Germania, Dialogus*, Heidelberg, 1963 (con vocabulario y notas).

O. LEGGEWIE, *Tacitus, Dialogus de oratoribus*, Münster, 1963 (introducción y texto latino).

M. MARCOLINI, *Tacito, La Germania*, Brescia, 1956 (texto latino con notas).

A. MARSILI, *Tacito, Dialogus de oratoribus*, Pisa, 1959 (pref. y com.).

A. MICHEL, *Tacite, Dialogus de oratoribus* París, P. U. F., 1962 (ed., introd. y com.).

R. MUCH, *Die Germania des Tacitus* (con la colaboración de HERBERT JANKUHN, editada por W. LANGE), Heidelberg, 1967.

R. M. OGILVIE, *Cornelii Taciti De uita Agricolae*, Oxford, 1967 (comentada).

M. RENARD, *Tacite, Vie d'Agricola*, Bruselas, 1945 (con notas).

A. RESLA BARRIIE, *Tacitus, Germania, Agricola, Dialogus*, Bolonia, Zanichelli, 1964 (texto latino y versión italiana).

H. SCHULZ, *Tacitus, De origine et situ Germanorum* Francfort, 1961 (con com.).

M. SCOVAZZI, *Tacito, De origine et situ Germanoru*m, Turín, Paravia, 1956.

G. VIASINO, *Tacito, De uita et moribus Iulii Agricolae*, Turín, Paravia, 1959 (introd. y coment.).

A. WILLEM, *Tacite, Vie d'Agricola*, Lieja, Dassain, 1952 (ed. y coment.).

BIBLIOGRAFÍA

Para la época en que vivió nuestro autor, puede verse cualquier historia de Roma; por ejemplo:

R. BLOCH, J. COUSIN, *Rome et son destin = Roma y su destino* [trad. JUAN GODÓ COSTA], Barcelona, 1967.

J. ELLUL, *Histoire des Institutions = Historia de las Instituciones de la Antigüedad* [trad. F. TOMÁS Y VALIENTE], Madrid, 1970.

L. HOMO, *Les institutions Politiques Romaines = Las Instituciones políticas romanas. De la Ciudad al Estado* [trad. JOSÉ LÓPEZ PÉREZ], Méjico, 1958.

E. NACK, W. WÄGNER, *Rom = Roma* [trad. JUAN GODÓ COSTA], Barcelona, 1966.

L. PERICOT, R. BALLESTER, *Historia de Roma*, 2.ª ed., Barcelona, 1970.

Datos generales sobre la vida y obra de Tácito

F. ALTHEIM, «Tacitus», *Neue Rundschau* 64, 2 (1953), 175-193.

G. D'ANNA, «Osservazioni sulle fonti della morte di Agnpmna minore», *Athenaeum* 41 (1963), 111-117.

H. BARDON, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste á Hadrien*, París, 1940.

E. CIACERI, *Tácito*, Turfn, 1941.

G. W. CLARKE, «Seneca the Younger under Cali gula», *Latomus* 24 (1965), 62-69.

J. COLIN, «Sénateurs gaulois á Rome», *latomus* 13 (1954), 218 y sigs.

S. DILL, *Roman Society from Nero to Marcos Aurelius*, Londres, 1905.

PH. FABIA, «La carrière de Tacite», *Revue de Philotogie* 52 (1926), 193 y sigs.

A. GARZETTI, *L'Impero da Tiberio agli Antonini*, Bolonia, 1960.

C. GIARRATANO, *Cornelio Tacito*, Roma, 1941.

F. GROSSO, «Aspetti della politica oriéntale di Domiziano», *Epigraphica* 16 (1954), 117 y sigs.

E. KOESTERMANN, «Die Mission des Germanicus im Orient», *Historia* 7 (1958), 331-375.

L. LESSUISSE, «Tacite et la lex de imperio des premiers empereurs Romains», *Les Études Class*. 29 (1961), 157-165.

M. R. LIDA DE MALKIEL, *La tradición clásica en España*, Barcelona, 1975.

G. MANFRÉ, *La crisi politica dell'anno 68-69 d. C.*, Bolonia, 1947.

C. MARCHESI, *Tacito*, 4.ª ed., Milán-Mesina, 1955.

C. W. MENDELL, *Tacitus: the man and his work*, Londres, 1957.

CH. CH. MIEROW, «Tacitus, the historian and the man», *Class. Bull*. 25 (1948), 3-5.

O. MURRAY, «The quinquennium Neronis and the Stoics», *Historia* 14 (1965), 41-61.

H. NESSELHAUF, «Tacitus und Domitian», *Hermes* 80 (1952), 222-245.

A. NOLTE, «Plinius Minor en Tacitus», *Hermeneus* 39 (1968), 254-265.

E. PARATORE, *Tácito*, 2.ª ed., Roma, 1962.

—, «Tacito», *Maia* 2 (1949), 93-120.

J. CHR. PICHON, *Néron ou le mystère des origines chrétiennes*, París, 1971.

J. PLESCIA, «On the persecution of the Christians in the Roman Empire», *Latomus* 30 (1971), 120-132.

A. RONCONI, «Tácito, Plinio e i Cristiani», en *Studi in on. Di U. E. Paoli*, Florencia, 1955, págs. 615-628.
F. SANMARTI BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, 1951.
P. SCHUNCK, *Römisches Sterben, Studien zu sterbeszenen in der kaiserzeitlichen Literatur, insbesondere bei Tacitus*, tesis doct., Heidelberg, 1955.
D. C. A. SHOTTER, «Tacitus, Tiberius and Germanicus», *Historia* 17 (1968), 194-214.
E. M. SMALLWOOD, «Some notes on the Jews under Tiberius», *latomus* 15 (1956), 314-329.
R. SYME, *Tacitus*, I-II, Oxford, 1958.
—, *Ten studies in Tacitus*, Oxford, 1970.
G. WALTER, *Nerón*, París, 1955.

Ideología. Tácito, historiador

F. ARNALDI, *Le idee politiche, morali e religiose di Tacito*, Roma, 1921.
H. BARDON, «Recherches sur la formation de Tacite», en *Mélanges de la F. de Lettres de Poitiers*, 1946, págs. 195 y sigs.
P. BEGUIN, «Le *Fatum* et Fortuna dans l'oeuvre de Tacite», *Antiquité Classique* 20 (1951), 315-324.
—, «La personalité de l'historien dans l'oeuvre de Tacite, son esprit critique et positiviste», *Antiquité Classique* 22 (1953), 322-346.
—, «Le Positivisme de Tacite dans sa notion de *fors», Antiquité Clasique* 24 (1955), 352 y sigs.
J. BÉRANGER, «L'hérédité du principat», *Rev. Et. Lat*. 17 (1939), 271-282.
—, *Recherches sur l'aspect idéologique du principat*, Basilea, 1953.
—, «La prévoyance impériale et Tacite, *An*. I 8, 6», *Hermes* 88 (1960), 475-492.

H. W. BIRD, «L. Aelius Seianus and his political significance», *Latomus* 28 (1969), 61-98.
I. BORZSÁK, «Das Germanicus-Bild des Tacitus», *Latomus* 28 (1969), 588-600.
L. BRUNO, «Il Tiberio di Tácito», *Riv. Stud. Class*. 11 (1963), 267-278.
K. BÜCHNER, *Tacitus und Ausklang*, Wiesbaden, 1964.
G. CEAUCESCU, «Conceptiile lui Tacit asupra politici externe romane», *Stud. Cías*. 11 (1969), 145-155.
J. COUSIN, «*Fatum et Fortuna*. Retorique et psychologie dans Tacite. Un aspect de la deinosis», Rev. *Ét. Lat*. 29 (1951) 228-247.
H. T. DREXLER, *Grundzüge einer politischen Pathologie*, Nueva York, 1970.
D. R. DUDLEY, *The world of Tacitus*, Londres, 1968.
W. GOLLUB, *Tiberius*, Munich, 1959.
M. GRANT, *Aspects of the Principate of Tiberius*, Nueva York, 1950.
G. GUTILLA, «Tácito e l'immortalità dell'anima», *Antiali del Liceo class. G. Garibaldi, di Palermo 2* (1965), 309-326.
R. HÄUSSLER, *Tacitus und das historische Bewusstsein*, Heidelberg, 1965.
V. J. HERRERO LLORENTE, «La obsesión de la muerte en un analista del imperio», *Arbor* 67 (1967), 49-64.
—, «Tácito y el vulgo», *Rev. de Est. Clás*. 5 (1960), 407-421.
W. JENS, «Libertas bei Tacitus», *Hermes* 84 (1956), 331-352.
E. KORNEMANN, *Tiberius*, Stuttgart, 1960.
E. KÖSTERMANN, «Tacitus und die Transpadana», *Athenaeum* 43 (1965), 167-208.
—, «Die Majestätsprozesse unter Tiberius», *Historia* 4 (1955), 72-106.
J. LACROIX, «Fatum et Fortuna *dans les* Annales de Tacite», *Rev. Ét. Lat*. 29 (1951), 247-264.
M. R. LANZA, «L'opera di C. Tacito come documento morale», *Aevum* 20 (1946), 72-99; 232-248.

E. LÖFSTEDT, «Tacitus as an historian», en *Roman Iiterary Portraits*, Oxford, 1958, págs. 142-156.
A. MICHEL, «La causalité historique chez Tacite», *Revue des Études Anciennes* 61 (1959), 96-106.
—, «Tacite a-t-il une philosophie de l'histoire?», *Stud. Clas*. 12 (1970), 105-115.
E. PARATORE, «La figura d'Agrippina Minore in Tacito», *Maia* 5 (1952), 32-81.
V. PÖSCHL, «Das Bild der politischen Welt bei Tacitus» [Introducción a las *Historias* de Tácito], Stuttgart, 1959, págs. VII-XXXIX.
A. SALVATORE, «L'inmoralité des femmes et la décadence de l'empire selon Tacite», *Les Études Class*. 22 (1954), 254-269.
A. N. SHERWIN-WHITE, *Racial prejudice in Imperial Rome*, Cambridge, 1967.
R. SCHMIDT, *Die Darstellung der sogenannten stoischen Senatsopposition bei Tacitus*, tesis doct., Heidelberg, 1960.
R. SYME, «Tacitus und seine politische Einstellung», *Gymnasium* 69 (1962), 241-263.
R URBAN, *Historische Untersuchungen zum Domitianbild des Tacitus*, tesis doct., Munich, 1971.
R VERDIÈRE, «De la tisane de Britannicus au berceau de l'enfant de la quatrième Bucolique Virgilienne», *Riv. Stud. Class*. 12 (1964), 113-124.
F VISSCHER, «Tacite et les reformes électorales dAuguste et de Tibère», *Studi Arangio-Ruiz 2* (1953), 419-434.
K WILLMER, *Das Domitianbild des Tacitus. Untersuchungen des taciteischen Tyrannenbegriffes und seiner Voraussetzungen*, tesis doct., Hamburgo, 1958.
B. WITTE, *Tacitus über Augustus*, tesis doct., Münster, 1963.
Z. YAVETZ, «Plebs sordida», *Athenaeum* 43 (1965), 295-311.
U. ZUCCARELLI, «Le esitazioni di Tácito sono dubbi di storico o incertezze di psicologo?», *Giornale Italiano di Filología* 18 (1965), 260-274.

—, *Psicología e semantica di Tacito*, Brescia, 1967.

Lengua y estilo

L. ALFONSI, «Da Sallustio a Tacito», *Aevum* 42 (1968), 474 475.
H. BARDON, «À propos des *Histoires*. Tacite et la tentation de la rhétorique», *Latomus* 19 (1960), 146-151.
—, «Style et psychologie», *Latomus* 11 (1952), 348-352.
—, «Tacite, *Hist*. III 21, 24; Thucydide, VII 4344», en *Hommages à Max Niedermann (Coll. Latomus* 23 [1956], 34-37).
R. T. S. BAXTER, «Vergils influence on Tacitus in Book I and II of the *Annales», Classical Philology* 67 (1972), 246-269.
C. BIONE, «II tono di Tacito», *Annal. Facoltá Lett. Filos, di Palermo* 1 (1950), 4149.
V. BLANCO GARCÍA, «Principales características del estilo de Tácito», *Humanidades* 1 (1949), 189-194.
H. W. BENARIO, «Vergil and Tacitus», *Classical Journal* 63 (1967), 24-27.
J. P. CHAUSSERIE-LAPRÉE, *L'expression narrative chez les historiens latins. Histoire d'un style*, París, 1969.
—, «Les structures et les techniques de l'expression narrative», *Rev. Ét. Lat*. 41 (1963), 281-296.
J. COLLART, «Quelques remarques sur l'impressionisme de Tacite», en *Conférences de la Soc. d'Études Latines de Bruxelles 1965/66* (*Coll. Latomus* [1968]), 95-112.
F. GIANCOTTI, *Structure delle monografie di Sallustio e di Tacito*, Mesina, 1971.
F. R. D. GOODYEAR, «Development of language and style in the *Annals* of Tacitus», *Journal of Roman Studies* 58 (1968), 22-31.
V. E. HERNÁNDEZ VISTA, «Redundancia y concisión. Su naturaleza lingüística. Funcionamiento estilístico en Tácito», (*Historias* I 2-3), *Emérita* 37 (1969), 149-158.

—, «Tácito, *Historias* I 2-3. Estudio estilístico», *Emérita* 33 (1965), 265-295.

F. KUNTZ, *Die Sprache des Tacitus und die Tradition der lateinischen Historikersprache*, tesis doct., Heidelberg, 1962.

E. LÖFSTEDT, *Syntactica II*, Lund, 1956, págs. 276-290.

R. LUCOT, «Le mouvement de la phrase de Tacite dans les *Anuales*», *Mél. Soc. Toulousaine d'Étud. Class*. 1 (1952), 137-145.

R. H. MARTIN, «*-ere* und *-erunt* in Tacitus», *Classical Review* 60 (1945), 17-19.

—, «*Quibus* and *quis* in Tacitus», *Classical Review* 18 (1968), 144-146.

—, «Tacitus and his predecessors», *Tacitus, Studies, ed. by T. A. Dorey* (1962), 117-147.

K. MAURER, «*Tamquam* bei Tacitus», *Hermes* 81 (1953), 125-128.

J. M. MOLAGER, «Un procédé de style propre à Tacite», *Orpheus* 11 (1964), 25-32.

G. MÜNSTER, *Redner und Redekunst in den historischen Schriften des Tacitus*, tesis doct., Würzburg, 1959.

J. PERRET, «La formation du style de Tacite», *Revue des Études Anciennes* 54 (1954), 90-120.

P. PERROCHAT, «Tacite imitateur de Salluste», *Rev. Ét. Lat*. 17 (1939), 261-266.

A. SALVATORE, *Ritmo e stile in Tácito*, Nápoles, 1950.

J. SOUBIRAN, «Thémes et rhythmes d'épopée dans les *Anuales* de Tacite», *Pallas* 12 (1964), 55-79.

A. WERBER, *Der Satzschlussrhytmus des Tacitus*, tesis doct., Tubinga, 1962.

H. WITTRICH, *Die taciteischen Darstellungen vom Sterben historischer Personlichkeiten*, tesis doct., Viena, 1972.

«Agrícola»

L. ALFONSI, «Note all'*Agricola di Tacito*», *Aevum* 37 (1963), 340-341.
H. BARDON, «A propos de l'*Agrícola», Les Études Class*. 12 (1943/4), 3-7; 127-128.
—, «Sur *l'Agricola*, de nouveau», *Les Études Class*. 12 (1943/4), 273-285.
E. BIRLEY, «Britain under the Flavians, Agricola and his predecessors», *Durham Univ. Journal* 7 (1945/46), 79-84.
CH. M. BULST, *Tacitus und die Provinzen. Ein Beitrag zur römischen Provinzialpolitik am Ende des ersten nachchristlichen Jahrhunderts*, tesis doct, Heidelberg, 1959.
—, «The revolt of Queen Boudicca in A. D. 60. Román politics and the Iceni», *Historia* 10 (1961), 496-509.
A. R. BURN, «Tacitus on Britain», *Tacitus, Studies ed. by T. A. Dorey* (1962), 35-61.
E. CIZEK, «La structure du temps et de l'espace dans l'*Agricola* de Tacite», *Helikon* 8 (1968), 238-249.
P. GRENADE, «À propos de *Agr*. 3, 1 (res olim dissociabiles…, principatum et libertatem)», *Rev. Ét. Lat*. 31 (1953), 33-34.
B. R. HARTEY, «Some problems of the Roman military occupation of the North of England», *Northern History* 1 (1966), 7-20.
P. KOLAKLIDES, «On a textual problem in the *Agrícola* of Tacitus», *Hermes* 100 (1972), 125-126.
W. K. LACEY, «Oblongae scatulae uel bipenni. Tac., *Agr*. 10, 3», *Proc. Cambridge Phil. Soc*. 183 (1954/55), 16-20.
M. MARÍN PEÑA, «Sobre el *Agrícola* de Tácito», *Emérita* 18 (1950), 18-30.
B. METZ, *Darstellungskunst und Aufbau von Tacitus «Agrícola»*, tesis doct., Graz, 1971.
E. PARATORE, *Pensiero político e oratoria nell'«Agrícola» di Tácito*, Univ. di Studi di Roma, Fac. Lett. e Filos., 1961/62.

M. PIERPAOLI, *Britanni, Germani e Giudei, presentati e giudicati da Tacito*, Bolonia, 1969.

J. A. RICHMOND, «Gnaeus Iulius Agricola», *Journal of Roman Studies* 34 (1944), 3445.

—, *Romain Britain*, Harmondsworth, 1955.

E. DE SAINT-DENIS, «Qu'est-ce que l'*Agrícola* de Tacite?», *Les Études Class*. 10 (1941), 15-30.

—, «Mare clausum», *Rev. des Études Lat*. 25 (1947), 211-212.

G. M. STRENG, *«Agricola» - Das Vorbild römischer Statthalterschaft nach dem Urteil des Tacitus*, tesis doct., Bonn, 1970.

G. P. WELCH, *Britannia. The Roman conquest and occupation of Britain*, Middletown, 1963.

«Germania»

L. ALFONSI, «*Nota Tacitiana* (mutuo metu)» *Latomus* 25 (1966), 949.

—, «Su un passo della *Germania* e sulla sua traduzione (urgentibus imperii fatis: 33, 2)», *Aevum* 27 (1953), 260.

R. CHEVALIER, *Rome et la Germanie au 1er siécle de notre ère* (*Coll. Latomus* 53), Bruselas, 1961.

R. HÜNNERKOPF, «Die Sohne des Mannus», *Gymn*. 61 (1954), 542-554.

H. JANKUHN, *Archäologische Bemerkungen zur Glaubwürdigkeit des Tacitus in der «Germania»*, Gotinga, 1966 (págs, 411-486).

I. KOMOR, «Indigenae an aduecti», en *Stud. zur Geschichte Philos. des Altertums*, Budapest, 1969, págs. 191-198.

E. KÜSTERMANN, «Der Zug der Cimbem», *Gymn*. 76 (1969), 310-329.

K. KRAFT, *Zur Entstehung des Namens Germania*, Francfort, 1970.

E. NORDEN, *Germanische Urgeschichte in Tacitus «Germania»*, 4.ª ed., Stuttgart, 1959.

E. PARATORE, *Valore della «Germania» di Tácito*, Roma, 1964.

G. PASQUALI, «Come vestivano i Germani secondo Tacito», *Studi Ital. di Filol. Class*. 16 (1939), 129-163.
E. POLOMÉ, «À propos de la déesse Nerthus», *Latomus* 13 (1954), 167-200.
W. SCHMID, «Urgentibus imperii fatis», *Didascaliae, Studi Albareda*, Nueva York, 1961, págs. 381-392.
P. THILSCHER, «Das Herauswachsen der *Germania* des Tacitus aus Caesars *Bellum Gallicum», Das Altertum* 8 (1962), 12-26.
E. A. THOMPSON, *The earty Germans*, Oxford, 1965.
B. ZANCO, «Nota sull'interpretatizone di urgentibus fatis», *Aevum* 36 (1962), 529-531.

«Diálogo»

H BARBON, «De nouveau sur Tacite et le *Dialogue des Orateurs*, les critères grammaticaux et stilistiques», *Latomus* 12 (1953), 485-494.
—, «*Dialogue des Orateurs* et *Institution Oratoire*», *Rev. Ét. Lat*. 19 (1941), 113-131.
—, «Tacite et le *Dialogue des Orateurs*», *Latomus* 12 (1953), 166.
S. F. BONNER, *Roman declamation in the late Republic and the Early Empire*, Liverpool, 1949.
H. BORNECQUE, *Les déclamations et les déclamateurs d'après Sénécque le Père*, Lille, 1902.
J. CARCOPINO, *La vie quotidienne à Rome dans l'apogée de l Empire*, París, 1939.
V. CUCHEVAL, *Histoire de l'éloquence romaine depuis la mort de Cicerón*, París, 1893.
R. DIENEL, «Quintilian und der *Rednerdialog* des Tacitus», *Wiener Studien* 37 (1915), 239 y sigs.
S. DILL, *Roman Society from Nero to Marcus Aurelius*, Londres, 1905.

E. FANTHAM, «Imitation and decline: rhetorical theory and practice in the first century after Christ», *Classicat Philology* 73, 2 (1978), 102-117.

A FONTÁN, «La retórica en la literatura latina», en *Actas de V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, páginas 285-329.

J. FROT, «Tacite est-il l'auteur du *Dialogue des Orateurs*.», *Rev. Ét. Lat*. 33 (1955), 120 y sigs.

A. GARCÍA CALVO, *Virgilio*, Madrid, 1976.

C. GALLAVOTTI, «Pensiero e fonti dottrinarie nel *Dialogo degh Oratori», Athenaeum* 19 (1931), 35 y sigs.

R. GÜNGERICH, «Der *Dialogus* des Tacitus und Quintilians *Institutio Oratoria*», *Classicat Philology* 46 (1951), 159-164.

V. HASS-VON REITZENSTEIN, *Beiträge zur gattungs-geschichthchen Interpretation des «Dialogus de oratoribus»*, tesis doct., Colonia, 1970.

L. HERRMANN, «Quintilien et le *Dialogue des Orateurs*», *Latomus* 14 (1955), 349-369; 24 (1965), 845-857.

G. KENNEDY, *The art of rhetoric in the Roman world*, Princeton, 1973.

E. KÖSTERMANN, «Der taciteische *Dialogus* und Ciceros Schrift *De re publica*», *Hermes* 65 (1930), 396 y sigs.

C. LANDI, «L'autore del *Dialogus de Oratoribus», Athenaeum* 17 (1929), 489 y sigs.

A. MICHEL, *Le «Dialogue des Orateurs» et la philosophie de Ciceron*, París, 1962.

R. WALIZ, «Le rôle de Secundus dans le *Dialogue des Orateurs*», *Revue de Philologie* 61 (1935), 296 y sigs.

G. WILLIAMS, *Change and Decline*, Berkeley, 1978.

Bibliografía amplia, aunque ya atrasada, aparece en:

M. MARÍN PEÑA, «Bibliografía de las *Obras menores* de Tácito», *Rev. de Est. Clás*. 1 (1950), 36-42.

Puede completarse hasta fecha más reciente en:

R. HANSLIK, «Tacitus 1939-1972», *Lustrum* 16 (1975), 204-272.

AGRÍCOLA

INTRODUCCIÓN

Fecha de composición

La *Vida de Julio Agrícola* fue publicada, evidentemente, tras la muerte de Domiciano. Su contenido no permitía otra cosa. Así se nos dice al comienzo del capítulo 3: «ahora renace la vida». Según el mismo capítulo, parece que está vivo Nerva; se le llama César, y a Trajano, Nerva Trajano. Es decir, Nerva vivía aún, puesto que no se le llama «divino», título reservado a los emperadores muertos, y Trajano simplemente habría sido adoptado por Nerva, de ahí que llevase antepuesto el nombre de éste. De acuerdo con todo ello, podríamos fechar la obra entre octubre del 97 y enero del 98, año de la muerte de Nerva; pero se ha demostrado que este argumento de los títulos nos es fiable: en el capítulo 44 se llama a Trajano «Princeps», es decir, Emperador. Gudeman[1] afirma que el grueso de la obra ya estaría escrita, menos los capítulos 3 y 4 y parte del 44. Syme[2] apunta la vaga posibilidad de que se compusiera antes y se publicara después. Hutton[3], en su Introducción al *Agrícola*, dice que se comenzaría al final del otoño del 97 y se terminaría y publicaría al comienzo del verano del 98, pocos meses antes que la *Germania*.

Fuentes

Tácito cita a autores como Fabio Rústico y Tito Livio (cap. 10). Para datos más técnicos, geográficos y etnológicos, pudo utilizar tanto autores griegos como romanos, pero para los sucesos inmediatamente anteriores tendría referencias directas de su tiempo. Según Marín Peña, en su Introducción a esta obra[4], «es probable, dado el carácter poco científico de sus referencias, que diera prelación a los romanos, peor informados en ese aspecto». Creemos que esta opinión hay que atenuarla un poco, en el sentido, por ejemplo, de que Tácito pudo consultar, por un lado, archivos romanos (y ahí sí habría quizá inexactitudes), pero, por otro, pudo hablar directamente con oficiales de generales como el mismo Agrícola, y éstos sí que serían testimonios fidedignos. Además no es cierto que sus referencias sean poco científicas (para su época, claro), como veremos más adelante, y como el mismo Marín reconoce respecto a algunos pimíos. De todos modos, la actitud que adoptaban los autores clásicos a la hora de escribir una obra de carácter histórico era muy distinta a la de nuestra época y, por tanto, no puede examinarse su labor con un enfoque actual. Suponemos que es innecesario insistir en este punto.

Tema y contenido

Tras un breve comienzo de aire justificativo (tres capítulos), comienza a hablar directamente de su suegro Agrícola: su origen y educación (4), carrera militar y política anterior a su nombramiento como gobernador en Britania, citado ya en el 9; noticias elementales sobre Britania y actuación de la Administración romana hasta el nombramiento de Agrícola como gobernador (del 10 al 17), sus primeras actuaciones (18 y 19) y sus siete campañas (del 20 al 38);

vicisitudes políticas posteriores, con intercalación de diversas reflexiones (del 39 al 42); muerte y elogio fúnebre (del 43 al 46).

Carácter e intención de la obra

Se han sustentado varias teorías. En este punto hay obligación de citar la extraordinaria introducción que el profesor Marín Peña hace a esta obra. Pero este libro tiene finalidad diferente que la obra de este profesor y, de otro lado, no he logrado hallar estudios realmente importantes sobre este problema, aparte los reseñados y expuestos por Marín. Hagamos, por tanto, un breve resumen:

1) Algunos han pensado que se trataba de una *laudado funebris* real. A esto hay que objetar que Agrícola había muerto cinco años antes y que gran parte del contenido no responde a tal propósito.

2) Sería una *laudado funebris* destinada a la lectura, o «de salón». Hipótesis sostenida por E. de Saint-Denis en su introducción al *Agrícola*[5]. Según él, esta diversidad de contenido, las numerosas y cuidadas digresiones, tendrían su justificación precisamente en una lectura posterior. Hay otro factor y es lo que este autor francés llama «le mélange des genres litteraires», que estaría de moda por aquel tiempo. En realidad, las razones que aduce pueden servir para defender su tesis, pero al tiempo no impiden sostener otra distinta, por ejemplo la biográfica. El capítulo primero no demuestra nada: se habla de mencionar los hechos de hombres ilustres repetidas veces; éste es uno de los apoyos de Saint-Denis. Nosotros creemos que todo ello es sólo un justificante de no haber publicado —o escrito— antes la obra; que no es una alusión a la historia del género, sino una comparación de los tiempos de Domiciano con los anteriores: «me ha hecho falta…»; antes, en cambio, era algo normal.

3) Obra de carácter político. Esta hipótesis es ya más complicada. Evidentemente, carga política tenía que tener. Primero, porque Agrícola fue un político; Tácito, también. Por otro lado, las circunstancias, de transición de unos comportamientos políticos a

otros con gran rapidez, sensibilizaban más los ánimos en este sentido. En definitiva, todos los escritos de Tácito tienen, entre otras, intencionalidad política. Así lo vimos en la introducción a su obra. Ahora bien, qué intencionalidad política concreta tenga ha sido muy debatido:

A) Supondría una protesta contra la pasada tiranía y una manifestación de alegría por la libertad recuperada. Algo de eso podría haber; ya hemos visto la constante lucha interior que sostiene nuestro autor entre libertad y orden; si se pueden conjugar ambos principios, el elogio era obligado hacia Nerva y Trajano, frente a la mera opresión del régimen anterior, lo que le hace exclamar aquello de «ahora renace, por fin, la vida», aunque la caída de la República parecía demostrar que libertad e Imperio eran incompatibles; se intentaba un compromiso entre el Príncipe y el Senado para lograr una situación de libertad sin libertinaje, de orden sin despotismo; como esto no se logró, Tácito resalta en el comportamiento de su suegro un *obsequium*, una actitud de deferencia hacia la jerarquía política. En todo caso, hay que decir que las posibles alusiones a esta intencionalidad se dan en demasiado pocos pasajes como para justificar esta tesis, y esto mismo podría predicarse respecto a las otras posiciones políticas, como la que vemos a continuación, y que es consecuencia de la anterior.

B) Es apuntada por Marín Peña, citando a Furneaux. Nuestro autor habría pretendido quitarse de encima la posible acusación de colaboracionismo con el régimen anterior en una época de especial exaltación vengativa y, de paso, anota ciertos propósitos utilitarios. Lo primero que se nos ocurre es que no es necesario detenerse mucho en aquella Roma; baste decir que esto lo decía Furneaux en 1922, y luego échese una brevísima ojeada a algún país cercano en 1979.

C) Porque esta última ojeada, en definitiva, es la que expone Paratore[6]. Según él, se aprovecha del cadáver de Agrícola para insertarse en la reacción contra Domiciano muerto; lo mismo que hizo Tácito bajo Domiciano con Agrícola vivo e influyente; su suegro

sería así «el último mártir de la libertad»; sería un gesto similar al de Marco Antonio sobre el cadáver de César. Pero hay más: Tácito sufrió un revés para sus aspiraciones políticas al volver a Roma tras la muerte de Agrícola, y eso le tenía que estimular; por eso dice (cap. 43) que visitó a Agrícola mucha gente, que sería recordado…, y realmente Agrícola es poco conocido; Suetonio ni lo menciona. Esto explicaría contradicciones como el que Tácito fuera pretor bajo Domiciano y que lo atacase; Paratore piensa que heredaría el odio de la familia de Agrícola contra Domiciano a causa de no haberlo honrado debidamente por su triunfo en Britania, y por su posterior relegación. El estudioso italiano considera el *Agrícola* como la culminación de la libelística antiimperial; Tácito utilizaría muy hábilmente los rumores: posible envenenamiento, el relevo de Agrícola, las coacciones para que no acepte el gobierno de Siria… Pero la política exterior de Domiciano sí habría sido acertada en muchos aspectos. Según Paratore, esta técnica de utilización de los rumores a la propia conveniencia culminaría con el examen de la personalidad de Tiberio.

Como los ejemplos los tenemos actualmente muy a mano, es fácil objetar a Paratore que podría haberse visto influido por las circunstancias políticas que le tocó vivir, y su visión, así condicionada, sería poco científica. Lo cierto, puede insistirse, es que el *Agrícola* es mucho más que un escrito de propaganda política.

4) Biografía de tono encomiástico: a esta opinión nos adscribimos, y tal vez lo haga todo el que tome, al menos, estas dos precauciones: a) leer la obra, aun por encima; b) leer otras biografías de la antigüedad clásica; las diversas digresiones no nos descubren más que algo archisabido, que Tácito, escritor de gran personalidad, es también muy complejo, como resultado de utilizar abundantes materiales y de una elaboración igualmente compleja.

Vida de Agrícola

Nació en Fréjus (*Forum Iulii*), en la provincia de la Galia Narbonense, el 13 de junio del afio 40. El *nomen* nos sugiere la adquisición por su familia de la ciudadanía romana. Su padre, Julio Grecino, fue hombre culto y entendido en temas agrícolas, y de ahí el *cognomen*; lo cita Columela (I 1, 14) y Séneca resalta su integridad (*De Beneficiis* II 21, 15); murió por orden de Calígula el mismo año en que nació Agrícola.

Estudió en Marsella y comenzó su carrera en Britania, provincia que sería decisiva para él. Ahora conviene preguntarse: si se le ha llamado, con justicia, «el hombre de Britania», ¿por qué se objetan a la tesis biográfica las numerosas noticias y acontecimientos en torno a estas islas?

Britania hasta la llegada de Agrícola. Campañas de éste

Tras las primeras expediciones, a cargo de César, Claudio invadió Britania para conseguir una mayor seguridad en las Galias.

Ostorio Escápula combatió al jefe Carataco en Gales y adelantó las fronteras. Didio Galo consolidó con fuertes lo conquistado, muy extenso ya y sin civilizar; fue, por tanto, una labor muy positiva la suya, a pesar de las reticencias de Tácito. Con todo, se necesitaba someter por la fuerza a Gales, y eso fue lo que encargó Nerón a Veranio, quien murió en seguida, pero su sucesor, Paulino, era también un especialista en la guerra de montaña.

Así se encontró la situación Agrícola cuando llegó, por primera vez. Aparte de Gales, objetivo esencial era la conquista de Anglesey, centro de resistencia y morada del druidismo; a esto hay que añadir la revuelta de Boudicca el 60 o 61; según Syme, la causa de tal

revuelta es posible que no fueran las levas; Dión Casio y Séneca señalan la de los tributos.

El matrimonio fue, para Agrícola, un trampolín. Su suegro, Domicio Decidió, había sido un político influyente bajo Claudio. Agrícola fue cuestor el 64, tribuno de la plebe en el 66 y pretor en el 68.

En el 70 fue enviado al frente de la vigésima legión acantonada en Wroxeter, cuando Cerial había sido nombrado gobernador. Poco había cambiado Britania en ausencia de Agrícola; los límites estaban en el Trent y el Severn y en Chester al NO.; en cambio, se había provincializado más; avanzar era problemático, por la poca disciplina y moral de las legiones; a esto se añadían las disputas entre el general Roscio Celio y el gobernador Trebelio. En el 71, el ejército se lanza a la conquista; durante los tres años de Cerial se dejaron pequeñas guarniciones frente a Gales y siguió el avance hacia el N.; Cerial levantó una plaza fuerte en York e Intentó llegar a Carlisle; sometió a los brigantes; pero sus campañas eran más bien exploratorias, no de consolidación. Por el contrario, su sucesor, Julio Frontino, continuó las campañas contra Gales.

El año 74 nuestro personaje es nombrado gobernador de Aquitania; en el 77, cónsul *suffectus* («suplente»), y en el 78, gobernador de Britania y *Pontifex Máximos*.

Sus siete años de campaña podrían resumirse así: 78: contra los ordovices y Anglesey; 79: avance haría el N., afirmando las acciones de Cerial; partiendo de Chester y York, recorre las costas y somete a los brigantes; 80: avanza con mal tiempo hasta el Tay, en dos columnas que convergerían en el Forth; 81: establecimiento de una cadena de fuertes en la zona Forth-Clyde; 82 conquista del SO. de Escocia; 83: conquista de los Lowlands y construcción de una vía y serie de fuertes a lo largo del corredor natural de Strathmore; 84: reanuda la lucha, provoca a los indígenas, batalla del *Mons Graupius*, quizá cerca de Keith, que era el paso natural hacia Moray Plain; expedición a Mainland.

No se completó la ocupación de Britania, porque para ello se necesitaban fuerzas muy superiores a las que tenía Agrícola; en el 87 se procede a la retirada desde Strathmore. Entonces, ¿para qué la conquista? En todo caso, la razón de la retirada parece estar en no extender demasiado los límites del Imperio y poder atender mejor a zonas más conflictivas, como Germania. Ahí queda la frase de las *Hist*. I 2, 1: «sometida, al fin, Britania, pero al instante perdida».

En el 93 muere Agrícola. Su labor en Britania fue muy meritoria. Consiguió salvar muchos elementos indígenas y supo combinarlos con componentes de la civilización romana. Como general, combinó todos los aspectos tácticos. En aquella época se necesitaban al frente de las provincias hombres de confianza, pues las fortunas provinciales eran enormes. Tácito muestra su desprecio por los políticos, o por ciertos políticos, que vivían a costa de hombres eficaces, como su suegro.

Aspectos científicos de la obra

Según Marín Peña, «adolece de numerosos e importantes errores»; se le achaca también su escasez de topónimos… Con estas acusaciones, los que se oponen a que la obra es una biografía incurren en una clarísima contradicción.

Ya hemos visto lo que una obra de este tipo era para un hombre de la época de Tácito; ni tenía por qué dejar al lector sin datos sobre su biografiado ni tenía por qué abrumarlo ofreciéndole demasiados; los que son más pertinentes, los siete años de campaña, están confirmados arqueológicamente en algunos casos y no desmentidos en otros. En cuanto a otro tipo de datos, si bien algunos son erróneos, debemos fijamos en los siguientes: la forma de Britania no es descabellada para los conocimientos de su tiempo; que la línea Forth-Clyde forma un istmo que daría una base al triángulo de Escocia, lo vemos en Ptolomeo; también hay una certera alusión al

encuentro del Gulf Stream con el Mar del Norte; si la brevedad de las noches es exagerada, hay cierta base real.

Historia del texto

El manuscrito *Vaticanus* 3.429 data de la segunda mitad del siglo XV; Julio Pomponio Leto hizo esta copia para su uso personal; tiene notas marginales e interlineales del propio Leto.

El manuscrito *Vaticanus* 4.498 data también de la segunda mitad del siglo XV; contiene, a más del Agrícola, obras de Frontino y de Plinio el Joven; más imperfecto que el anterior.

El manuscrito *Toletanus*, descubierto en 1896, contenía, entre otras obras, el *Agrícola* y la *Germania*; copiado por Miguel Angel Grilo en la segunda mitad del siglo XV.

El *Aesinas* fue hallado en Iesi (antiguamente *Aesis*) y designado con la letra *E*, inicial del italiano Esino. Contiene también varias obras. La parte correspondiente al *Agrícola* se compone de ocho páginas que proceden de otro códice más antiguo (el *Hersfeldensis*) y de otras seis, que son de distinta mano. Este último manuscrito fue dividido de forma que el *Agrícola* fue a parar a Stefano Guarnieri, quien tendría que completar la obra copiando lo que faltaba de otro manuscrito. El interés del *Aesinas* está en que se supone que es el arquetipo de los otros códices; probablemente el *Toletanus* es copia directa y los dos *Vaticani* son copias indirectas, a través de sendos hiparquetipos desaparecidos.

AGRÍCOLA

Transmitir a la posteridad los hechos y conductas de los hombres 1
ilustres, frecuente antaño, ni siquiera una época tan despreocupada
por lo suyo como es la nuestra lo ha descuidado, cuantas veces
alguna grande y notoria virtud venció y se sobrepuso a un vicio
común a pueblos pequeños y grandes: el aborrecimiento y la
ignorancia de lo recto[1].

Entre nuestros antepasados, en cambio, de igual modo que 2
existía la facilidad el campo libre para logros memorables, así
también los más afamados por su ingenio se veían impulsados a dar
a conocer tales méritos, sin buscar influencia o medro; su único
incentivo era la conciencia de su buena acción. Pensaron muchos 3
que escribir su autobiografía significaba confianza en su recto
proceder y no arrogancia, y ello no les supuso a Rutilio o a
Escauro[2] ningún motivo de sospecha o crítica. ¡Hasta tal punto los
valores humanos se estiman mejor que nunca en los momentos en
que surgen con mayor facilidad!

Pero, ahora, para relatar la vida de un hombre ya desaparecido 4
me ha sido precisa una licencia que no hubiera necesitado si
pretendiera acusarlo: ¡tan crueles y hostiles a las virtudes humanas
están los tiempos!

Hemos leído[3] que, cuando Aruleno Rústico escribió el 2
panegírico de Peto Trásea[4] y Herennio Seneción el de Prisco
Helvidio[5], incurrieron en delito capital y se persiguió con crueldad
a estos autores, a sus personas y a sus libros, pues se encomendó a
los triúnviros[6] el quemar en el comicio[7] y en el foro las

manifestaciones de aquellos ingenios preclaros. Creían, sin duda, 2
que con aquel fuego se destruía la voz del pueblo romano, la libertad del Senado y la conciencia del género humano, sobre todo tras la expulsión de los filósofos y el destierro de todas las artes nobles, para que nada honesto les hiciera frente en parte alguna.

Dimos, preciso es reconocerlo, grandes muestras de sumisión y, 3
mientras que las épocas pasadas vieron qué había en el límite extremo de la libertad, a nosotros nos sucede lo mismo con la esclavitud, tras habérsenos arrebatado, gracias a los espías[8], hasta el trato del hablar y del escuchar. La memoria misma hubiéramos perdido, juntamente con la voz, si en nuestro poder estuviera el olvidar tanto como el callar.

Ahora renace, por fin, la vida. Aunque, con los primeros albores **3**
de esta venturosa época, Nerva César haya conseguido aunar situaciones otrora incompatibles, el Principado y la libertad, y Nerva Trajano[9] aumenta por días la dicha de los tiempos, y la seguridad pública no se ha quedado en esperanzas y anhelos, sino que ha logrado una firme confianza en la consecución de aquéllos, sin embargo, por la naturaleza de las debilidades humanas, los remedios son más lentos que los propios males. Tal como nuestros cuerpos crecen lentamente y se extinguen con rapidez, de igual modo es más fácil reprimir los ingenios que tratar de recuperarlos. Cierto es también que la dulzura de la inactividad se va infiltrando y se acaba por amar la desidia que antes resultaba odiosa.

¿Qué decir, por otra parte, de los muchos que murieron (algunos 2
por causas fortuitas, los de mayores inquietudes por la crueldad del Príncipe) a lo largo de quince años, lo que supone un amplio período de la vida humana? Pocos somos los supervivientes, no ya a otros, sino, por decirlo así, a nosotros mismos, tras habérsenos arrancado tantos años de entre los mejores de nuestra vida, durante los que hemos llegado, silenciosamente, los jóvenes a la vejez y los viejos casi al término de su existencia.

Con todo, y aun con palabra tosca y ruda, no me pesará la tarea 3
de recordar la pasada esclavitud y testimoniar la felicidad presente.

Entre tanto, este libro, destinado a honrar a mi suegro Agrícola,
podrá ser alabado o, al menos, excusado en aras de la profesión de
amor filial que en él hago.

Gneo Julio Agrícola, natural de la antigua e ilustre colonia de **4**
Fréjus[10], tuvo por abuelos a dos procuradores[11] imperiales, lo que
significa la dignidad ecuestre. Su padre fue Julio Grecino[12], de
rango senatorial, conocido por su afición a la elocuencia y la
filosofía; cabalmente por estas cualidades se ganó la ira de Gayo
César[13]: se le mandó acusar a Marco Silano y, al negarse, fue
ejecutado.

Su madre fue Julia Procila, de una castidad poco común. Criado 2
en su amoroso regazo, pasó la niñez y la adolescencia en el cultivo
de todas las nobles artes. Aparte de su natural bueno y puro,
alejábalo de las seducciones del pecado el tener, desde su más tierna
infancia, por lugar de residencia y guía para sus estudios a Marsella,
que es una afortunada combinación de elegancia griega y sobriedad 3
provinciana. Tengo en la memoria que, según él mismo solía contar,
se habría lanzado en su primera juventud al estudio de la filosofía
con un afán mayor de lo que se le permite a un romano y a un
senador, si la prudencia de su madre no hubiera refrenado su ánimo
impetuoso y ardiente. Evidentemente su talante elevado e idealista
apetecía la cara brillante de una gloria grande y excelsa con más
vehemencia que cautela. Después, la reflexión y la edad suavizaron
su conducta y (algo que es muy difícil) consiguió retener de la
filosofía la mesura[14].

Aprendió los primeros rudimentos de la vida militar en Britania **5**
y se ganó la aprobación de Suetonio Paulino, jefe competente y
sensato, quien lo eligió para formar parte de su Cuartel General. No
actuó Agrícola licenciosamente, siguiendo la conducta de los
jóvenes que convierten la milicia en disipación, ni valiéndose de su
cargo de tribuno inexperto para obtener placeres y permisos.
Procuraba conocer la provincia y que el ejército lo conociera a él,
aprender de los que tenían experiencia, frecuentar la compañía de

los mejores; no apetecía nada por afanes de presunción; nada rehuía por temor y, al propio tiempo, actuaba con cautela y vigilancia.

Ciertamente, Britania en ninguna otra ocasión se encontró en 2
una situación más convulsa y crítica: veteranos pasados a cuchillo, colonias incendiadas, ejércitos copados[15]. Se luchaba entonces por
la supervivencia, aunque después se hiciera por la victoria. Si bien 3
todo se hacía siguiendo directrices ajenas y, de hecho, el plan general de operaciones y la gloria de haber recuperado la provincia recayeron en el jefe, los acontecimientos proporcionaron al joven técnica, experiencia y estímulos, y en su ánimo penetró el deseo de la gloria militar, malquisto en un momento en que la opinión para con los hombres que intentaban descollar era muy desfavorable, y una buena fama originaba un riesgo no menor que una mala.

Tras marchar a Roma para tratar de conseguir alguna **6**
magistratura, se casó con Domicia Decidiana, de ilustre cuna[16], y este matrimonio le supuso un título y un apoyo para aspirar a empresas mayores. Vivieron en admirable concordia, rivalizando en recíprocas muestras de cariño, si bien en una buena esposa la alabanza es tanto mayor cuanto lo es la culpa en la mala.

El sorteo para la cuestura le deparó la provincia de Asia[17] y al 2
procónsul Salvio Ticiano, por ninguno de los cuales se dejó corromper, y eso que la provincia era rica y como caída del cielo para los desaprensivos, y el procónsul, por su parte, inclinado a todo tipo de codicia, daría toda clase de facilidades para una mutua ocultación del delito. Allí una hija vino a aumentar la familia, lo que le supuso una ayuda[18] al tiempo que un consuelo, pues acababa de perder a su hijo, muerto prematuramente.

El intervalo entre la cuestura y el tribunado de la plebe, y 3
también el año mismo del tribunado, transcurrieron con paz y tranquilidad, conocedor, como era, de los tiempos de Nerón, en los
que la inercia pasó por sabiduría. La misma pauta de silencio 4
observó en la pretura al no habérsele encargado ninguna función jurídica. Llevó los juegos[19] y las formalidades del cargo buscando

el término medio entre la moderación y la abundancia, situándose tan lejos del despilfarro como cerca de la fama.

Elegido, entonces, por Galba para inventariar los tesoros de los 5
templos, consiguió con su catalogación tan minuciosa que la nación no tuviera que soportar otros sacrilegios de nadie que no fueran los de Nerón[20].

El año siguiente[21] afligió con una grave herida su ánimo y su **7**
familia. La flota de Otón, mientras sin control ni rumbo devasta la zona de Ventimiglia (región de Liguria) como si fuera un país enemigo, mató a la madre de Agrícola en sus propias tierras y saqueó, aparte de las tierras, gran parte de sus bienes, que habían
sido la causa de su asesinato. Al dirigirse a cumplir con sus deberes 2
filiales fue sorprendido por la noticia de que Vespasiano había asumido el poder, y al instante se pasó a su bando.

Muciano[22] dirigía los primeros pasos del nuevo régimen y los asuntos de Roma, pues Domiciano era aún muy joven y sólo utilizaba la condición paterna para abusar de ella. Muciano, tras
enviar a Agrícola a efectuar la leva[23] y comportarse éste con 3
integridad y coraje, lo colocó al frente de la legión vigésima, que había tardado mucho en prestar acatamiento y en la que, según se comentaba, su predecesor actuaba sediciosamente. La verdad es que hasta a los legados consulares les venía demasiado grande y les resultaba peligrosa; el legado del pretor se veía impotente para dominar la situación, no se sabe si por su falta de carácter o por exceso de él en los soldados. En estas condiciones, nombrado su sucesor y encargado, al tiempo, de restablecer la disciplina, usando de un tacto poco frecuente, prefirió dar la impresión de que había encontrado buenos soldados y no de que los había hecho buenos él.

Por aquel entonces gobernaba la Britania Vetio Bolano, con más **8**
suavidad de lo que procedía en una provincia tan indómita. Agrícola supo reprimir su propia energía y ardor para no extralimitarse, siendo hombre experto en acomodarse a las circunstancias y hábil en conjugar lo práctico con lo honesto.

Al poco tiempo Britania quedó bajo el mando del consular Petilio Cerial[24]. Las virtudes de Agrícola hallaron ocasión para mostrarse: en los primeros momentos compartía con Cerial sólo penalidades y peligros; luego, también la gloria. Con frecuencia lo ponía al frente de una parte del ejército para comprobar su actitud, y en alguna ocasión, según el resultado, le dio el mando de mayores contingentes. 2

Agrícola no se gloriaba de estos hechos para referirlos a su propia fama; asignaba 6us logros a su jefe, del que partían las iniciativas, como que él era sólo un ejecutor. De este modo, con su disciplina al obedecer y su pudor en la vanagloria, se mantenía alejado de la envidia, sin perder por ello la fama que le correspondía. 3

Al terminar su mandato en la legión, el divino Vespasiano lo introdujo en el grupo de los patricios[25]. Posteriormente lo nombró gobernador de la provincia de Aquitania[26], puesto importante, fundamentalmente por el cargo en sí y por la esperanza de un consulado al que Vespasiano le tenía destinado. **9**

Mucha gente cree que a los genios militares les falta sagacidad, porque la jurisdicción castrense, expeditiva, algo tosca y actuando ordinariamente de forma sumarial, no practica las astucias del foro. Agrícola, de prudencia innata, obraba con eficacia y justicia, aun 2
entre civiles. Sabía repartir bien los momentos de trabajo y de distracción. Cuando las audiencias judiciales lo requerían, se mostraba grave, preocupado, severo y, con mayor frecuencia, misericordioso. Cuando había terminado con sus deberes, deponía la máscara de autoridad; abandonaba el aire serio, la arrogancia y la avaricia. Ni su afabilidad le quitó prestigio ni, cosa bastante rara, su severidad las simpatías. 3

Insistir en la honradez y en la integridad de un hombre tan extraordinario sería ofender al conjunto de sus virtudes. Ni siquiera se valió de la ostentación de sus cualidades o de la astucia para obtener la fama, a la que incluso los buenos rinden pleitesía con frecuencia. Lejos de rivalizar con sus colegas, lejos de mantener 4

litigios con los procuradores imperiales, estimaba insignificante vencer y vergonzoso ser vencido.

Desempeñó esta legación menos de tres años[27] y, al cabo, se le 5
reclamó con vistas al consulado. Le acompañaba la creencia general de que se le daba la provincia de Britania, no porque él lo anduviera propalando, sino porque parecía capaz de desempeñar el cargo. No siempre se equivoca la opinión pública; en ocasiones incluso sabe elegir.

Siendo él ya cónsul y yo todavía joven[28], me concedió la mano 6
de su hija, de espléndido porvenir, y tras su consulado se celebró el matrimonio. Inmediatamente asumió el mando de Britania y se le añadió la dignidad sacerdotal del pontificado.

Voy a describir la situación y los pueblos de Britania, relatados **10**
ya por muchos escritores[29], no para establecer un parangón entre las respectivas erudiciones y talentos, sino porque fue entonces cuando aquélla quedó totalmente sometida por vez primera. De este modo, lo que trataron mis predecesores sustituyendo con su elocuencia la falta de datos fidedignos, yo lo basaré en la autenticidad de los hechos.

Britania, la mayor de las islas conocidas por los romanos, por lo 2
que atañe a su extensión y posición está orientada a Germania por el E. y a Hispania por el O.[30]; su parte S. es hasta visible desde la
Galia; su parte N., sin ninguna tierra enfrente, se halla batida por un 3
mar enorme y abierto. Los escritores más expresivos, Livio de entre los antiguos, Fabio Rústico de entre los modernos, atribuyeron al conjunto de Britania la forma de una escudilla oblonga o de un hacha de dos filos[31]. Tal es su aspecto más acá de Caledonia[32], por lo que se cree que el resto es igual. Pero si traspasamos aquella zona, puede apreciarse un inmenso espacio de tierra que, al llegar al punto más saliente de la costa, va disminuyendo en forma de cuña.

Rodeando por vez primera entonces una flota romana la orilla de 4
este mar remoto, pudo demostrar que Britania era una isla y, de paso, descubrió y conquistó unas islas desconocidas[33] en aquel tiempo, a las que llaman Oreadas. Incluso Tule[34] fue avistada, a lo

lejos, pues las órdenes no permitían pasar de allí y el invierno
apremiaba. Pero cuentan que aquel mar en calma y fatigoso para el 5
remo no se encrespa ni con el viento como es normal, a mi entender
porque las tierras y los montes, causa y origen de las tempestades,
son escasos, y una masa profunda de un mar ininterrumpido se pone
en movimiento con mayor dificultad. Investigar la naturaleza de este
Océano y sus mareas no corresponde a un trabajo de este tipo y ya 6
lo han tratado otros muchos. Únicamente podría añadirse que en
ninguna otra parte extiende más el mar sus dominios, que hay
muchas corrientes en todas direcciones y que los flujos y reflujos no
acaban en las costas, sino que las aguas penetran en el interior y lo
rodean, invadiendo las colmas y montañas como si se movieran en
su propio medio[35].

Por lo demás, como suele ocurrir con los países bárbaros, no se **11**
conoce con exactitud quiénes habitaron Britania en un principio, si
eran indígenas o inmigrados. Su aspecto físico varía, y de ahí las
diversas hipótesis. La cabellera rubia de los que habitan Caledonia y 2
sus grandes miembros certifican su origen germano. Los rostros
atezados de los sílures[36], su pelo de ordinario ondulado y el hecho
de estar Hispania enfrente hace creer que antiguos iberos pasaron el
mar y ocuparon aquella zona. Los próximos a los galos guardan
semejanza con éstos, bien porque perdure la influencia del origen,
bien porque en tierras situadas unas frente a otras la posición
geográfica y el clima influyen en el aspecto corporal. De todos 3
modos, en una estimación general, es verosímil que los galos
ocuparan la vecina isla; se pueden reconocer sus ritos y sus
inclinaciones supersticiosas[37]; la lengua no es muy diferente[38]; la
misma osadía para buscar los peligros y el mismo miedo para
escapar de ellos cuando se les presentan[39]. Los britanos, con todo, 4
muestran más fiereza, porque no los ha enervado aún una paz
prolongada. De hecho, sabemos que también los galos sobresalieron
en las guerras; después, la apatía penetró en ellos de la mano de la
tranquilidad y perdieron el valor y la libertad a un tiempo[40]. Lo

mismo les sucedió a los britanos antaño vencidos[41]; los demás
permanecen igual a como fueron antes los galos.

Su fuerza está en la infantería. Algunas tribus combaten también 12
en carros[42]; el noble es el auriga; los clientes van delante
combatiendo. En otro tiempo obedecían a reyes; ahora se ven
arrastrados por las ambiciones partidistas de cabecillas. Nada nos 2
resulta más útil frente a naciones potentes que el que no velen por
sus intereses comunes; es muy rara la unión de dos o tres tribus para
rechazar un peligro común. Luchan cada cual por su cuenta y
terminan por ser vencidos todos.

El cielo se ve oscurecido por continuas lluvias y nieblas, pero no 3
se dan los fríos rigurosos. La duración de los días es mayor que en
nuestras latitudes. La noche es clara y corta en la extremidad de
Britania, de modo que apenas puedes distinguir, en un breve
crepúsculo, el fin y el comienzo del día.[43] Aseguran que, si las 4
nubes no lo impiden, se ve el resplandor del sol durante la noche y
que éste ni se esconde ni sale, sino que cruza el horizonte sin más.
Desde luego, la parte extrema y plana de la tierra, con sombras a ras
de suelo, no llega a proyectar la oscuridad y la noche discurre por
debajo del cielo y de los astros[44].

El suelo es rico, excepto en olivos, vid y demás productos que se 5
dan habitualmente en tierras más templadas. Maduran tarde, crecen
con rapidez; la causa es la gran humedad del terreno y del ambiente.
Produce Britania oro, plata y otros metales[45], que constituyen un 6
premio para las victorias. El Océano da perlas, aunque algo oscuras
y descoloridas; algunos piensan que se debe a la poca habilidad de
los pescadores, pues en el Mar Rojo se arrancan vivas y palpitantes
de las rocas, mientras que en Britania se recogen a medida que el
oleaje las lanza a la costa. Por mi parte, me inclino a creer mejor que
falta calidad a las perlas que a nosotros codicia.

Los britanos obedecen dócilmente a las levas, los impuestos y 13
demás cargas que impone una ocupación, si no reciben malos tratos:
no soportan éstos, pues en su sumisión admiten la obediencia, no
llegan a la esclavitud.

El primero de los romanos que penetró en Britania con un
ejército fue el divino Julio[46], quien, aunque puso en fuga a sus
habitantes en una batalla victoriosa y se adueñó de la costa, da la
impresión de que señaló este territorio a sus sucesores, pero no les
transmitió su conquista. Hubo después guerras civiles, las armas de 2
los príncipes se volvieron contra la República y se produjo un largo
olvido de Britania, incluso en época de paz. El divino Augusto
llamaba a esto política; Tiberio lo consideraba una orden[47]. Gayo
César proyectó, con toda seguridad, invadir Britania, pero su
carácter era voluble y propenso al arrepentimiento y sus grandes
planes contra Germania se habían frustrado[48]. El divino Claudio 3
fue el promotor de repetir la empresa, haciendo pasar legiones y
tropas auxiliares, y dispuso la participación de Vespasiano, lo que
para éste constituyó el comienzo de su gloria futura; fueron
sojuzgados pueblos enteros, capturados reyes, y los hados mostraron
a Vespasiano como su elegido.

El primer consular[49] que gobernó Britania fue Aulo Plaucio y **14**
después Ostorio Escápula[50], excelentes soldados ambos. La parte
más cercana de Britania fue reducida poco a poco a la condición de
provincia y se le añadió una colonia de veteranos[51]. Algunas
ciudades fueron entregadas al rey Cogidumno, que permaneció muy
leal[52] hasta nuestros tiempos, siguiendo un antiguo sistema muy
empleado por la política exterior romana, que consiste en emplear a
reyes como instrumento de esclavitud.

Didio Galo conservó lo conquistado por sus antecesores y se 2
limitó a situar algunos fuertes más adelantados para ganar fama de
haber hecho prosperar su gestión. A Didio sucedió Veranio, quien
murió antes de terminar el año. Después Suetonio Paulino consiguió 3
buenos resultados en su mandato de dos años, sometiendo algunas
tribus y reforzando las guarniciones. Apoyándose en esto y
exponiendo su retaguardia a una sorpresa, atacó la isla de Mona[53],
que suministraba ayuda a los rebeldes.

En efecto, alejado el miedo con la ausencia del legado, los **15**
britanos comentaban entre ellos los males de su esclavitud;

comparaban sus respectivas humillaciones y se irritaban al comentarlas: de nada les servía la paciencia sino para recibir órdenes más duras, dado que las soportaban dócilmente. En otro
tiempo habían tenido un rey de cada vez; ahora se les imponían de 2
dos en dos; de ellos, el legado se ensañaba en sus personas y el procurador en sus bienes. Tan desastrosa era para los súbditos la discordia entre los gobernantes como la concordia de sus esbirros. Los centuriones del uno y los siervos del otro[54] unían la violencia a las injurias; nada podía sustraerse a su avidez y capricho. En la
batalla, el más valeroso es quien se lleva el botín, pero ahora gente 3
floja y cobarde les arrebataba las casas, robaba sus hijos, les imponía levas, como si únicamente por su patria no supieran morir. ¿Qué contingentes habían pasado a la isla si se comparaban con sus propias fuerzas? En tal situación, las naciones germanas se habían sacudido el yugo[55] y eso que estaban protegidas por un río, no por un Océano.

Los móviles de la guerra eran para ellos su patria, padres y 4
esposas; para los romanos, la codicia y los placeres. Terminarían por retirarse como se retiró el divino Julio[56] con tal de que emulasen el valor de sus mayores. Y no se echaran a temblar por el resultado de una o dos batallas: más ímpetu hay en los amparados por la fortuna,
pero más tesón en los abandonados por ella. Hasta los dioses se 5
compadecían de los britanos, pues mantenían al jefe romano alejado y relegado al ejército en otra isla. Por su parte, ya se habían sentado a deliberar, cosa muy difícil hasta entonces. Para terminar, en planes como aquéllos era más peligroso dejarse sorprender que adoptar resoluciones audaces.

Animándose entre sí con estos argumentos y otros semejantes, **16**
emprendieron todos juntos la guerra al mando de Boudicca[57], mujer de sangre real, pues no hay discriminación entre los sexos[58] para desempeñar funciones de poder. Tras perseguir a los soldados desperdigados por los fuertes y asaltar guarniciones[59], llegaron a invadir la colonia, por considerarla el foco de su esclavitud: la ira y

la victoria no omitieron ninguna especie de crueldad connatural a los bárbaros.

Si Paulino, informado de la rebelión de la provincia, no hubiera acudido con presteza, Britania se habría perdido. La redujo a la antigua obediencia gracias a la suerte de una sola batalla[60], pero hubo muchos que retuvieron las armas, porque les intranquilizaba la mala conciencia de su defección y, ya particularmente, el temor al legado, no fuera que, aunque excelente por lo demás, actuara con intransigencia contra los rendidos y con excesiva dureza, al vengar cada afrenta haciéndolas todas suyas. 2

En consecuencia, fue enviado Petronio Turpiliano[61], en la idea de que sería más asequible y, ajeno a los delitos de los enemigos, más suave con los arrepentidos. Restablecida la situación anterior, no se atrevió a más y entregó la provincia a Trebelio Máximo[62]. Trebelio, más apático y sin ninguna experiencia militar, mantuvo la situación de la provincia con una gestión más benevolente. Aprendieron también los bárbaros a condescender con los vicios seductores y el intervalo de las guerras civiles proporcionó una buena excusa para la negligencia. Pero la indisciplina provocó motines, porque el soldado, acostumbrado a las campañas, degeneraba con la inacción. Trebelio, tras evitar la ira de los soldados, indecorosa y vilmente, con la huida y los escondrijos, recuperó el mando, aunque en precario, y, como si se diera rienda suelta a la indisciplina del ejército a cambio de la salvación del jefe, la rebelión transcurrió sin derramamiento de sangre. 3
4

Tampoco Vetio Bolano (persistían las guerras civiles)[63] trató a Britania con energía: la misma apatía para con los enemigos, idéntica insubordinación en los campamentos; sólo que Bolano, inocente y sin cometer delito que lo hiciera odioso, a falta de autoridad se había ganado el afecto de todos.

17 Pero cuando Vespasiano recobró Britania junto con el resto del imperio romano, hubo grandes jefes[64], excelentes ejércitos, y las esperanzas de los enemigos quedaron reducidas a la nada. Petilio Cerial sembró pronto el terror al atacar a la tribu de los brigantes[65],

considerada la más populosa de toda la provincia. Se produjeron combates, en ocasiones no incruentos; se apoderó de gran parte del país de los brigantes mediante conquistas definitivas o con simples incursiones. Cerial, desde luego, habría arrinconado la gestión y la 2
fama de cualquiera que debiera sustituirlo. Pero le sucedió, y supo mantener la línea anterior, Julio Frontino, hombre grande en la medida de lo permitido; sometió con las armas a la potente y belicosa nación de los sílures, tras superar, además del valor de los enemigos, las dificultades del terreno.

Con esta situación en Britania y estas alternativas en la guerra se **18**
encontró Agrícola, al realizar la travesía[66] mediado ya el verano, cuando, como si se hubieran interrumpido las operaciones, los soldados tornaban a su inacción y los enemigos al acecho de su oportunidad.

No mucho antes de su llegada, la tribu de los ordovices[67] había aniquilado casi en su totalidad a una unidad de caballería que operaba en su territorio, y ésta fue la chispa que sublevó a la 2
provincia. Los partidarios de la guerra aprobaban este ejemplo y trataban de descubrir las intenciones del nuevo legado. Agrícola, aunque había pasado la buena estación, los efectivos se hallaban diseminados por la provincia y se había extendido entre los soldados la idea de que aquel año descansarían, todo lo cual retrasaba y obstaculizaba el inicio de una guerra, y, por otro lado, a muchos les parecía más oportuno vigilar los puntos sospechosos, decidió afrontar el riesgo a pesar de todo y, reunidos los destacamentos de las legiones y una pequeña fuerza auxiliar, viendo que los ordovices no se atrevían a descender al llano, él en persona se colocó al frente del ejército para que, a la vista de un peligro igual, el ánimo de todos fuera el mismo, y dirigió el ejército monte arriba. Aniquilada casi toda la tribu, sabiendo que debe sacarse partido a la fama y que, 3
conforme fueran los primeros resultados, los demás se verían dominados por el terror, planeó restablecer el dominio en la isla de Mona, a cuya ocupación, según he indicado, debió renunciar Paulino por la rebelión de toda la provincia. Pero, al tratarse de una

decisión repentina, no disponía de naves; la inteligencia y la 4
tenacidad del jefe salvaron las dificultades. Tras hacer que dejasen la
impedimenta, envió a gente selecta de las tropas auxiliares que
conocían los pasos vadeables y sabían nadar con la habilidad de
aquellos pueblos, conduciendo sus caballos y portando las armas al
mismo tiempo; la operación se llevó a cabo tan de repente que los
enemigos, que esperaban una flota, unas naves, en fin, una maniobra
naval, quedaron anonadados, creyendo que nada difícil ni
insuperable habría para los que guerreaban de aquel modo.

Con la solicitud de paz y la rendición de la isla, Agrícola cobró 5
fama de hombre ilustre y grande, pues al comenzar su gestión en la
provincia había elegido la fatiga y el peligro, mientras que otros
pasaban ese tiempo entre jactancias e intrigas cortesanas. Tampoco 6
se aprovechó Agrícola del feliz resultado de los acontecimientos
para su vanagloria, ni llamaba campaña o victoria al hecho de
mantener a los vencidos en su situación anterior; ni siquiera divulgó
sus hazañas colocando laureles[68] en sus documentos oficiales;
aumentó su fama disimulándola, dejando entrever cuánta esperanza
de gestas futuras había en quien callaba las presentes, aun siendo tan
importantes.

Por lo demás, conocedor de los sentimientos de la provincia y **19**
sabedor, por experiencia ajena, de lo poco útiles que son las armas si
van seguidas de injusticias, decidió suprimir las potenciales causas
de la guerra.

Empezando por él y por los suyos, como primera providencia, 2
puso límites a su propia casa, algo que para muchos es no menos
difícil que gobernar una provincia. Ningún asunto público se
encomendó a libertos y esclavos. No elegía a centuriones o soldados
por simpatía personal, recomendación o ruegos, sino que
consideraba dignos de la máxima confianza a los mejores. Sabía 3
todo; no todo lo exigía. Perdonaba las faltéis leves, castigaba con
severidad las graves; pero no siempre exigía castigo y se
conformaba las más de las veces con el arrepentimiento. Prefería

poner al frente de los cargos de la administración a hombres que no delinquieran, mejor que castigarlos por haber delinquido.

Trataba de suavizar las exacciones de trigo y de tributos con la 4
equidad en las cargas, suprimiendo lo que, ideado para lucrarse, se toleraba más penosamente que el propio tributo. En efecto, se los obligaba, entre burlas, incluso a comprar trigo y a pagarlo. Se les señalaban para entregarlo caminos apartados y regiones alejadas, de modo que aun las ciudades que tenían en sus proximidades cuarteles de invierno, lo transportaban a lugares remotos e inaccesibles, hasta conseguir que lo que estaba al alcance de todos resultase lucrativo para unos pocos[69].

Reprimiendo prontamente estos abusos, durante su primer año **20**
rodeó de una aureola de prestigio una paz que había sido más temible que la guerra por la incuria o la tiranía de sus predecesores.
Pero cuando llegó el buen tiempo, reunido el ejército, intervenía 2
continuamente en las marchas, elogiaba la disciplina y reducía a los que se habían separado de ella. Elegía personalmente el lugar para los campamentos, exploraba los estuarios y los bosques[70]. Entretanto, no daba tregua a los enemigos, sino que saqueaba sus territorios con súbitas incursiones y, cuando los había aterrorizado lo suficiente, les señalaba las ventajas de la paz al perdonarlos de
nuevo. Con esta táctica, muchas tribus que hasta entonces nos 3
habían tratado en un plano de igualdad, entregaron rehenes, depusieron su ira y quedaron rodeadas de guarniciones y fuertes[71] con tanta estrategia y cuidado que nunca fue hostigada alguna zona de Britania que hubiera sido conquistada recientemente.

Se empleó el invierno siguiente para la realización de planes **21**
muy convenientes. Como aquellos hombres dispersos y toscos, y por ello propensos a las luchas, estuvieran acostumbrados a pasar el descanso y el ocio entre placeres, los animaba en privado, ayudaba a sus comunidades a construir templos, mercados y casas, elogiando a los diligentes, criticando a los indolentes; de este modo, el estímulo a su amor propio sustituía a la coacción.

Además, iniciaba a los hijos de los jefes en las artes liberales; 2
prefería el talento natural de los britanos a las técnicas aprendidas de
los galos, con lo que quienes poco antes rechazaban las lengua
romana se apasionaban por su elocuencia. Después empezó a
gustarles nuestra vestimenta y el uso de la toga se extendió. Poco a
poco se desviaron hacia los encantos de los vicios, los paseos, los
baños[72] y las exquisiteces de los banquetes. Ellos, ingenuos,
llamaban civilización a lo que constituía un factor de su esclavitud.

El tercer año de la campaña nos descubrió nuevos pueblos, tras **22**
ser devastadas las tribus hasta el Tánao (tal es el nombre de un
estuario[73]). Los enemigos, aterrorizados con tales expediciones, no
se atrevieron a hostigar a un ejército muy castigado ya por duros
temporales. Hubo ocasión incluso para emplazar fortines. Los 2
entendidos hacían notar que ningún otro jefe había elegido los
lugares estratégicos con mayor habilidad. Ningún fuerte de los
establecidos por Agrícola había sido expugnado por ataque enemigo
o abandonado por capitulación o fuga, pues frente a un asedio
prolongado estaban protegidos con víveres suficientes para un año. 3
Pasaba así el invierno sin sobresaltos. Eran frecuentes las salidas y
cada uno era protección para sí mismo. Los enemigos se hallaban
presos de rabia y desesperación, porque, acostumbrados a
compensar con las campañas invernales los daños sufridos durante
el verano, se veían superados lo mismo en verano que en invierno…

Agrícola no se arrogó, codicioso, los éxitos ajenos. Cualquier 4
centurión o prefecto[74] tenía siempre en él a un testigo insobornable
de sus hechos. Algunos lo consideraban muy duro en sus
reprimendas; era tan amable con los buenos como desabrido con los
malos. Pero de su ira no dejaba nada en su interior, así que no había
motivos para temer su silencio. Consideraba más honrado enojarse
abiertamente que odiar en secreto.

El cuarto verano se invirtió en asegurar el territorio recorrido y, **23**
si el valor del ejército y la gloria del nombre romano lo hubieran
permitido, se habría encontrado un límite a nuestra expansión en la
misma Britania[75], pues el Clyde y el Forth, cuando son empujados

tierra adentro por las corrientes de los dos mares opuestos, quedan separados por un espacio de tierra muy estrecho. Estaba bien dotada de guarniciones esta zona; dominábamos casi toda la costa vecina y los enemigos quedaban tan alejados que parecían estar confinados en otra isla.

En el quinto año de operaciones, pasó Agrícola en la primera **24**
nave[76] y, tras numerosos combates favorables, sometió a pueblos desconocidos hasta ese momento. Colocó guarniciones en la zona de Britania que mira a Hibernia[77] más que por temor, con la esperanza de que Hibernia, situada estratégicamente entre. Britania e Hispania[78], y también respecto al mar de la Galia, podía ponemos en contacto, con ventajas mutuas, con esta parte tan importante del imperio.

Su territorio, si se compara con Britania, es más pequeño, pero 2
supera a las islas de nuestro mar[79]. El terreno y el clima, el carácter y costumbres de sus habitantes, no difieren mucho de los de Britania. Los accesos y los puertos son conocidos a través del co 3
mercio y los comerciantes. Agrícola había acogido a uno de sus reyes, expulsado a raíz de una revuelta interna, y lo retenía, bajo una apariencia de amistad, para cuando llegara la ocasión. Le oí decir muchas veces que se podía vencer y ocupar Hibernia con una sola legión y un contingente no excesivo de tropas auxiliares, y que tal medida sería de gran utilidad frente a Britania, si sus habitantes veían armas romanas por todas partes y la libertad les era arrebatada como de la vista.

Por lo demás, en el verano que daba paso al sexto año de su **25**
mandato, operó en torno a los pueblos situados más allá del Forth; temiendo una revuelta general de las tribus de aquella zona y que, por tanto, los caminos estuvieran hostigados por el ejército enemigo, exploró los puertos con una flota[80]. Agrícola fue el primero en incluirla en el plan general de operaciones; avanzaba ofreciendo un gran espectáculo, impulsando la guerra por tierra y por mar simultáneamente; con frecuencia se hallaban en los mismos campamentos el infante y el jinete junto con el soldado de marina,

compartiendo sus víveres y su alegría, exagerando sus respectivas acciones y aventuras y comparando, con la típica jactancia de los soldados, las profundidades de las selvas y de los montes unos, los peligros de las tempestades y el oleaje otros; de un lado, la victoria en tierra sobre el enemigo; de otro, el dominio logrado sobre el Océano.

Se sabía también por los prisioneros que la aparición de la flota 2
dejaba consternados a los britanos, como si, abierto el secreto de su mar, se cerrase para los vencidos su último refugio. Los pueblos que
habitaban la Caledonia emprendieron la acción bélica con grandes 3
preparativos, exagerados por la fama (como es normal cuando algo no se conoce) y su ofensiva contra los fortines había infundido temor por ser ellos los que tomaron la iniciativa. Los cobardes, bajo la apariencia de prudentes, aconsejaban que debían regresar al lado de acá del Forth y que era mejor retroceder que ser expulsados, cuando entretanto Agrícola se entera de que el enemigo atacaría en
varias columnas y, para no verse cercado por un adversario superior 4
en número y con mejor conocimiento del terreno, avanzó con su ejército dividido también en tres cuerpos.

Cuando el enemigo se enteró de esto, cambió repentinamente **26**
sus planes y atacaron por la noche con todos sus efectivos a la novena legión, por considerarla más débil[81]. Mataron a los centinelas e irrumpieron en medio del sueño y del tumulto; ya se luchaba en el campamento mismo, cuando Agrícola, informado por unos exploradores del itinerario de los enemigos, y pisándoles los talones, manda que los jinetes e infantes más veloces salten sobre la retaguardia de los combatientes y que todos a una prorrumpan en
griteríos. Por otra parte, comenzaron a refulgir las enseñas con los 2
primeros resplandores del día. Los britanos quedaron atemorizados por el doble ataque; los de la novena legión recobraron la moral y, seguros de su salvación, luchaban por la gloria; efectuaron incluso una salida, con lo que se produjo un combate feroz justo en el
estrechamiento de las puertas, hasta que se rechazó al enemigo, 3
rivalizando los dos ejércitos, los unos para hacer ver que llevaban

auxilio, los otros para dejar claro que no los necesitaban. Si los pantanos y los bosques no hubieran protegido a los fugitivos, aquélla hubiera sido la victoria definitiva.

27 Los soldados, conscientes de su acción y envalentonados por la fama adquirida, gritaban que nada había inalcanzable por su valor, que se debía penetrar en Caledonia y encontrar de una vez el confín extremo de Britania con una serie ininterrumpida de combates. Todos los cautos y prudentes poco antes, ahora eran audaces y fanfarrones tras el éxito. Es ésta una condición injustísima de las guerras: los buenos resultados todos los reclaman para sí; los malos, se los imputan a uno solo.

2 Pero los britanos opinaban que no habían sido vencidos por coraje, sino por la sorpresa y por la astucia del jefe enemigo, con lo cual no depusieron ni un ápice su orgullosa actitud. Muy al contrario, armaron a sus jóvenes, llevaron a lugares seguros a sus mujeres y niños y ratificaron con asambleas y sacrificios la coalición de las tribus. Con los ánimos así enardecidos, ambos ejércitos se separaron.

28 Durante el mismo verano[82] una cohorte de úsipos[83], reclutada en Germania y trasladada a Britania osó cometer una fechoría grande y memorable. Muerto un centurión y ciertos soldados que, incluidos en los manípulos para enseñar la instrucción, actuaban como modelo y guía de los demás, subieron a tres naves libúrnicas[84] llevando a la fuerza a sus timoneles; uno de ellos consiguió volver remando, los otros dos se hicieron sospechosos y fueron asesinados. Aún no se había divulgado la noticia y ya navegaban junto a la costa como algo milagroso. Después, cuando
desembarcaron en busca de agua y provisiones, como trabasen 2
combate con numerosos britanos que defendían sus bienes, saliendo vencedores las más de las veces, derrotados otras, llegaron a tal extremo de indigencia que se comieron a los más débiles para terminar entrando todos a sorteo. Así rodearon Britania[85]; perdieron las naves por su desconocimiento de la navegación. Tomados por piratas, fueron capturados primero por los suevos,

después por los frisios. Hubo algunos que, vendidos como mercancías y yendo a parar a nuestra orilla[86] tras sucesivos intercambios de mercaderes, se hicieron famosos con el relato de sus aventuras.

Al comienzo de la campaña siguiente hubo de soportar Agrícola una desgracia familiar: perdió un hijo nacido el año anterior. No sobrellevó este infortunio con alardes de serenidad como la mayoría de los grandes hombres, ni, por el contrario, entre lamentaciones y manifestaciones de tristeza, como las mujeres. En su aflicción, la guerra se encontraba entre los posibles remedios. Así pues, enviada **29**
por delante la flota para que con un pillaje indiscriminado provocase un terror grande e indefinido, con el ejército equipado a la ligera, al que había añadido los britanos más valientes y probados durante la prolongada paz, llega al pie del monte Graupio[87], ocupado ya por el enemigo. 2

Los britanos no se hallaban quebrantados por el resultado de la batalla anterior. Esperando la revancha o la esclavitud y, convencidos por fin de que debía rechazarse el peligro común con la unión, habían concitado las fuerzas de todas las tribus mediante embajadas y pactos. 3
Veíanse ya más de treinta mil hombres armados y aún acudía toda la juventud y a quienes su vejez los mantenía fuertes y vigorosos, varones esclarecidos en la guerra, llevando cada uno sus propios distintivos, cuando un jefe llamado Calgaco, que sobresalía entre los demás por su valor y linaje, se dice que habló de esta manera ante la multitud congregada que pedía combatir: 4

«Cada vez que contemplo los motivos de esta guerra[88] y nuestra crítica situación, tengo la firme convicción de que el día de hoy y vuestra unión serán el comienzo de la liberación de toda Britania. En efecto, os habéis reunido todos los que estáis exentos de la esclavitud; no queda ya terreno para retroceder ni mar seguro mientras tengamos la amenaza de la flota romana. En tales circunstancias, el combate y las armas, que son honor para los valientes, resultan asimismo la defensa más eficaz para los cobardes. **30**

»Los que lucharon antes que nosotros contra los romanos con 2
suerte diversa tenían la esperanza de socorro en nuestras manos, porque, siendo los más nobles de toda Britania y habitando por ello lugares reservados, no vemos las costas de los esclavos[89] y tenemos hasta los ojos sin profanar por el contagio de la opresión. A
nosotros, los últimos habitantes de la tierra y de la libertad, nos ha 3
defendido hasta el presente el mismo alejamiento y el hallamos a cubierto de la fama. Ahora el confín de Britania está abierto y todo lo desconocido se piensa que es magnífico. Pero tras nosotros no existe raza humana, sino olas y rocas y, más hostiles que éstas, los romanos, cuya soberbia en vano se evita con la obediencia y el
sometimiento. Saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para 4
su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia las riquezas y la pobreza. A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación.

»La naturaleza ha dispuesto que lo más querido para cada uno **31**
sean sus hijos y familiares; las levas nos los arrebatan para servir en otras tierras. Aun en el caso de que vuestras esposas y hermanas hayan escapado a la lujuria del enemigo, están siendo manchadas por irnos falsos amigos o huéspedes. Los bienes y las fortunas están siendo arrumados por los tributos; la cosecha anual, por los aprovisionamientos; vuestros mismos cuerpos y manos, entre golpes e insultos, para hacer viables los bosques y los pantanos.

Los esclavos, nacidos para la esclavitud, son puestos a la venta 2
una sola vez y, además, sus amos los alimentan. Britania compra y sustenta diariamente su propia servidumbre. Y así como entre la familia[90] el esclavo recién llegado es motivo de burla para sus compañeros, así en esta ya antigua esclavitud de todo el orbe, a nosotros, nuevos y despreciables, se nos busca para destruimos, pues no tenemos campos, ni minas, ni puertos, para cuya
explotación fuéramos reservados[91]. Además, el valor y el orgullo 3

de los vasallos desagradan a sus dominadores, y el asentamiento en un lugar apartado es tanto más sospechoso cuanto más seguro. Pues bien, desvanecida la esperanza de perdón, cobrad ánimo tanto los
que apreciáis la propia salvación como los que miráis antes por la 4
gloria. Los brigantes, a las órdenes de una mujer[92], fueron capaces de quemar una colonia, de tomar un campamento y, si su buena estrella no los hubiera vuelto negligentes, incluso de sacudirse el yugo definitivamente. Nosotros, con las fuerzas intactas, indómitos y dispuestos a conquistar la libertad, no a merecer el arrepentimiento, mostremos ya de entrada en el primer choque qué hombres ha reservado Caledonia para defenderse.

«¿Creéis que los romanos conservan en la guerra un coraje **32**
parejo a su desenfreno en la paz? Famosos gracias a nuestras desavenencias y discordias, convierten los defectos de los enemigos en gloria para su ejército. Ejército al que, reclutado entre pueblos muy diversos, las circunstancias favorables lo mantienen unido y al que, por tanto, las adversas lo disolverán, a no ser que penséis que los galos, los germanos y (vergüenza me da decirlo) muchos de los britanos, aunque presten su sangre a la tiranía extranjera, frente a la que, en cambio, han sido por más tiempo enemigos que esclavos, estén unidos a ella por lazos de fidelidad y adhesión.

»El miedo y el terror son débiles vínculos de amistad: cuando se 2
consigue alejarlos, empiezan a odiar quienes han dejado de temer. Todos los estímulos para la victoria están a nuestro favor: ninguna esposa puede enardecer aquí a los romanos; tampoco están sus padres para reprocharles la fuga. Muchos, o no tienen patria o es distinta de Roma. Escasos en número, temerosos por su desorientación, mirando en torno suyo el cielo mismo, el mar y los bosques, todo desconocido para ellos, los dioses los pusieron en
nuestras manos como encerrados y encadenados. No os asuste su 3
vano aspecto y el brillo del oro y de la plata[93], que ni protege ni hiere. En las propias líneas de los enemigos encontraremos ayuda: los britanos reconocerán su causa[94], los galos recordarán su libertad anterior, los demás germanos los abandonarán como hace

poco lo hicieron los úsipos, y ya no hay más motivos de temor; fuertes vacíos, colonias de ancianos[95], municipios echados a perder y en desavenencia, entre los que obedecen mal y los que mandan injustamente.

»Aquí hay un jefe y un ejército; allí, tributos, minas[96] y demás 4
castigos propios de esclavos. Si vamos a sufrirlos para siempre o vengarlos al punto, se va a decidir en esta llanura. Así que, cuando entréis en combate pensad en vuestros antepasados y descendientes.»

Acogieron esta arenga con entusiasmo y, como es costumbre **33**
entre los bárbaros, con rugidos, cánticos y gritos destemplados. Ya se veían avanzar con los fulgores que despedían las armas de los que se adelantaban con más audacia. Estaban formando la línea de batalla, cuando Agrícola, pensando que, si bien el soldado se hallaba animado y apenas podía ser contenido en las trincheras, debía
infundirle un ardor mayor aún, les habló[97] así: «Han pasado seis 2
años, camaradas, desde que doblegasteis Britania con vuestro valor y bajo los auspicios del pueblo romano y con mi lealtad y esfuerzo. En tantas expediciones y combates, ya precisáramos de valentía frente a los enemigos, o bien tenacidad y capacidad de sufrimiento
casi frente a la misma naturaleza, ni me ha pesado a mí de mis solda 3
dos ni a vosotros de vuestro jefe. Pues bien, habiendo rebasado los límites de los legados que me precedieron y vosotros los de los anteriores ejércitos, ocupamos el confín de Britania no por la fama y el rumor, sino con campamentos y armas. Britania está descubierta y sometida.

»Muchas veces durante las marchas, a pesar de agotaros los 4
pantanos, los montes o los ríos, oía las voces de los más animosos: "¿cuándo se nos presentará el enemigo para poder combatir?" Pues ahí vienen, sacados de sus guaridas. Al alcance está el cumplimiento de vuestros valerosos deseos. Todo es favorable para los vencedores,
así como adverso para los vencidos. Haber conseguido recorrer 5
tanto camino, superar bosques, atravesar estuarios, es bello y honroso mientras se avanza, pero para los que huyen resulta

extremadamente peligroso lo que ahora parece muy propicio. En
efecto, ya no conocemos igual el terreno que pisamos ni tenemos la
misma abundancia de provisiones; disponemos de nuestras manos y
armas y en ellas está todo. En lo que a mí atañe, tengo comprobado 6
hace tiempo que la huida no es cosa segura ni para el ejército ni para
el jefe. Una muerte honrosa es preferible a una vida infame; la
salvación y el honor están en el mismo lugar. Y no será poco
glorioso haber caído en el límite mismo de las tierras y de la
naturaleza.

»Si tuviéramos enfrente pueblos ignotos y ejércitos **34**
desconocidos, os exhortaría con el ejemplo de otros ejércitos.
Reflexionad ahora sobre vuestras hazañas, interrogad a vuestros
ojos: éstos son aquellos a los que, habiendo atacado el año anterior a
una legión con la sorpresa de la noche, derrotasteis con vuestros
gritos. Éstos son los más rápidos en la huida de todos los britanos y
por eso continúan viviendo tanto tiempo. De la misma manera que,
al penetrar en las selvas y los desfiladeros, se nos venían encima los 2
animales más fieros, mientras que los más mansos y cobardes se
espantaban sólo con el ruido que hacía la columna al pasar, así
también los más audaces de los britanos cayeron hace tiempo; queda
un grupo de cobardes y asustadizos. Si los habéis encontrado al fin,
no es que pretendan haceros frente, es que han sido sorprendidos. Su 3
desesperada situación y la torpeza que les produce su enorme miedo
los dejó clavados en sus propias huellas, sobre las que daréis el
espectáculo de una honrosa victoria. Acabad con las campañas de
una vez, cerrad con una gran jomada cincuenta años, probad a la
República que nunca puede imputarse a su ejército ni la
prolongación de la guerra ni las causas de la rebelión.»

Mientras hablaba Agrícola crecía el ardor de los soldados y una **35**
gran explosión de entusiasmo acompañó el final de su arenga. Al
punto corrieron hacia las armas. Enardecidos como estaban y
prontos a precipitarse contra el enemigo, los dispuso de forma que 2
las tropas auxiliares de infantería, ocho mil hombres, formasen en el
centro, y los tres mil jinetes se desplegasen en las alas. Las legiones

se situaron delante de la empalizada, lo que supondría un honor en caso de victoria, al conseguirse sin sangre romana, y una ayuda si eran rechazadas las fuerzas de delante.

Las líneas de los britanos se habían situado en lugares más altos, para ofrecer un aspecto más temible, de forma que el primer cuerpo, situado en la llanura, formaba una línea continua con los demás, colocados en la pendiente del monte, como si se alzaran para caer sobre el enemigo. Los carros de guerra ocupaban el centro de la llanura con ruidosas evoluciones. 3

Agrícola, ante la superioridad numérica del enemigo, temiendo ser atacado simultáneamente por el frente y por los flancos, distanció las filas a fuer de que la línea resultase de una longitud desproporcionada; aunque muchos le aconsejaban que debía acudirse a las legiones, lleno de esperanza y decidido ante el peligro, descabalgó y se colocó, a pie, delante de las enseñas. 4

36 En los primeros choques se combatía a distancia. Los britanos, con tenacidad y destreza, evitaban o rechazaban nuestros proyectiles utilizando enormes espadas y escudos pequeños y, por su parte, lanzaban sobre nosotros una nube de dardos, hasta que Agrícola animó a cuatro cohortes de batavos y dos de tungros[98] para que recurrieran al cuerpo a cuerpo a punta de espada. Resultábales esto muy habitual en su larga experiencia guerrera; para los enemigos era muy incómodo con escudos pequeños y espadas enormes, pues éstas, al carecer de filo, no permitían cruzar las armas ni la lucha en
un espacio reducido. Así pues, cuando los batavos empezaron a 2
repartir mandobles, a propinar golpes con los salientes de los escudos, a herir los rostros y, tras matar a los que habían quedado en la llanura, a enderezar el combate monte arriba, las restantes cohortes, esforzándose y rivalizando en coraje, mataban a todos cuantos tenían a su alcance. Incluso se dejaban detrás muchos medio muertos o ilesos por este apresuramiento en lograr la victoria.

Entretanto, los escuadrones de jinetes se mezclaron en la batalla 3
de infantería cuando huyeron los carros, pero, aunque hacía un momento habían sembrado el terror, quedaban inmovilizados por el

apiñamiento de los enemigos y por los accidentes del terreno. Aquello no ofrecía el aspecto de una lucha ecuestre: se sujetaban con dificultad en la pendiente para terminar atropellados por los cuerpos de los caballos, y con frecuencia carros sin rumbo y caballos espantados y sin jinete embestían a los combatientes por los lados o de frente, según los impulsase su pánico.

Los britanos que, sin participar todavía en el combate, habían **37**
ocupado las cotas más altas de las colinas y que, inactivos, observaban con desdén lo escaso de nuestras tropas, habían comenzado a bajar poco a poco y a rodear la retaguardia de los vencedores. Pero Agrícola, temiendo justamente esto, había opuesto a los atacantes cuatro cuerpos de caballería[99] reservados para cualquier emergencia y, cuanto más violentamente se precipitaban aquéllos, con tanta mayor dureza deshicieron los jinetes su
formación y los pusieron en fuga. De este modo, el plan de los 2
britanos se volvió contra ellos mismos y las unidades de caballería, retiradas de la parte frontal por orden del jefe, atacaron las líneas enemigas por la espalda.

En terreno descubierto el espectáculo era grandioso y atroz: los jinetes perseguían a los britanos, los herían, capturaban y, si se
interponían otros, los mataban. Las formaciones enemigas, según el 3
ánimo de cada cual, daban las espaldas a unos adversarios menos numerosos. Algunos caían desarmados sobre nosotros y buscaban una muerte voluntaria. Por doquier, armas, cuerpos, miembros destrozados y tierra ensangrentada. A veces los vencidos
conservaban su ira y su valor. En efecto, después que llegaron a las 4
proximidades de los bosques, reagrupándose y conocedores de aquellos parajes, cercaban a los primeros que los perseguían sin precauciones. Si Agrícola, que se multiplicaba, no hubiera mandado algunas cohortes fuertes y armadas a la ligera recorrer los bosques a modo de batida[100] y que los jinetes reconociesen pie a tierra los lugares más intrincados y, montados después, las zonas más
despejadas, hubiéramos sufrido algún revés por excesiva confianza. 5
Pero cuando los britanos vieron que los perseguían de nuevo, ahora

ya en formación regular y compacta, se dieron a la fuga no en grupos, como antes, ni pendientes unos de otros; dispersos y evitándose, buscaron lugares lejanos e inaccesibles.

La noche y la hartura de matar pusieron fin a la persecución. Cayeron alrededor de diez mil enemigos; de los nuestros, trescientos sesenta; entre ellos, Aulo Ático, prefecto de una cohorte, quien se precipitó sobre las líneas enemigas llevado de su ardor juvenil y la fogosidad de su caballo.

La noche fue gozosa para los vencedores por la alegría y el **38**
botín. Los britanos, errantes, confundidos los gemidos de hombres y mujeres, recogían a los heridos, llamaban a los indemnes, abandonaban sus casas o, fuera de sí, las quemaban, elegían refugios y al punto los abandonaban. De vez en cuando se intercambiaban consejos y después actuaban por separado. A veces desfallecían a la vista de sus seres queridos, pero con más frecuencia se exasperaban y parece ser cierto que algunos atentaron por piedad contra sus esposas e hijos.

El día siguiente mostró con mayor claridad la faz de la victoria: 2
por todas partes un silencio profundo, las colinas desiertas, las casas humeando a lo lejos, nadie que saliera al encuentro de los exploradores. Enviados éstos en todas direcciones, cuando se comprobó que las huellas de los fugitivos no tenían rumbo fijo y que el enemigo no se concentraba en ningún sitio, teniendo en cuenta que, finalizado ya el verano, no podía extenderse la guerra, desvía el
ejército hacia el territorio de los borestos[101]. Allí, tras recibir rehe 3
nes, ordenó al prefecto de la flota que costease[102] Britania. Se le dieron tropas a este fin, aparte de que el terror iba precediéndole. Por su parte, dejó en los cuarteles de invierno a la infantería y la caballería, tras una marcha lenta, para que los ánimos de los nuevos pueblos se atemorizasen por la misma lentitud del viaje. Por la
misma época, la flota, con buen tiempo y el apoyo de la fama, arribó 4
al puerto de Trúculo[103], adonde regresó tras partir de allí para recorrer todo el vecino litoral de Britania.

Esta marcha de los acontecimientos, si bien no exagerada en las cartas de Agrícola por ninguna expresión jactanciosa, acogióla Domiciano según solía, con semblante alegre, pero con la mente preocupada. Tenía conciencia de que su reciente, pero falso triunfo en Germania había servido de mofa[104]: se habían comprado esclavos a cuya vestimenta y cabellos proporciona el aspecto de prisioneros de guerra. Ahora, en cambio, era objeto de grandes comentarios una auténtica y gran victoria, obtenida tras haber matado a muchos miles de enemigos. **39**

Consideraba especialmente peligroso para él el que el nombre de un particular se erigiera por encima del Príncipe. En vano habría reducido al silencio las actividades del foro y la honra de las artes liberales si otro lograba asumir la gloria militar. Cualquier otra cosa puede disimularse más o menos fácilmente, pero el valor de un caudillo era privativo del Emperador. 2

Atormentado por tales preocupaciones y, lo que era indicio de una mentalidad siniestra, cebándose en su aislamiento[105], decidió que lo mejor era deponer su odio por el momento hasta que el primer impulso de la fama y de la devoción del ejército se fuera debilitando, pues en aquel momento Agrícola gobernaba todavía Britania. 3

Así pues, entre efusivas expresiones manda que se decreten en sesión del Senado los honores triunfales[106], la gloria de una estatua y todo lo que se otorga en lugar del triunfo, y que se extiendan los rumores de que se reserva para Agrícola la provincia de Siria, vacante a la sazón[107] por la muerte del consular Atilio Rufo y reservada a los hombres más descollantes[108]. Mucha gente creyó que un liberto de su secretaría particular había llevado a Agrícola el 2
documento en el que se le confería el gobierno de Siria, con la orden de que se lo entregase si estaba en Britania; que este liberto, coincidiendo con Agrícola en el mismo estrecho del Océano, había regresado hasta Domiciano sin ponerse siquiera en contacto con aquél, suceso que pudiera ser cierto o tratarse de una invención inspirada en el carácter del Emperador. **40**

Agrícola, entretanto, había entregado a su sucesor una provincia 3
pacificada y segura. Y para que su entrada no se hiciera notar a causa de las numerosas personas que acudieran a saludarlo, evitados los cumplidos de sus amigos, llegó de noche a la Ciudad y al Palacio, tal como se le había indicado. Recibido con un breve beso[109] y, sin mediar palabra, se confundió con la turba de los
cortesanos. Pero para contrarrestar con otras virtudes su reputación 4
militar, difícil de digerir para los inactivos, llevó una vida de total tranquilidad y retiro, moderado en su comportamiento, afable, acompañado de uno o de dos amigos; de modo que la mayor parte de la gente, que acostumbraba a estimar a los grandes hombres por sus alardes, al ver y observar a Agrícola se preguntaban de dónde provenía su fama y pocos sabían comprenderlo.

Por aquellos días[110] fue acusado una y otra vez en ausencia **41**
ante Domiciano, y en ausencia fue absuelto. La causa de tal peligro no era ninguna acusación ni la querella de alguien que se sintiera perjudicado, sino la hostilidad del Príncipe para con las virtudes, su
gloria personal y la peor clase de enemigos, los que lo ensalzaban. 2
Sucedió para la nación una época que no permitía el que Agrícola permaneciera ignorado: tantos ejércitos perdidos por temeridad o cobardía de sus jefes en Mesia, Dacia, Germania y Panonia[111], tantos oficiales asaltados y capturados junto con tantas cohortes. Ya no estaban en peligro los límites del imperio ni las orillas de un río[112], sino los cuarteles de invierno de las legiones y la posesión del territorio conquistado. Enlazábanse así unas calamidades con
otras y el año entero se iba jalonando de luto y desastres, por lo que 3
la opinión pública reclamaba a Agrícola como jefe, comparando todos su fuerza, tenacidad y probado valor militar con la desidia y el
pánico de los otros. Está comprobado que los oídos de Domiciano 4
estaban siendo castigados por estos comentarios, pues sus mejores libertos por amor y fidelidad, los peores por maldad y envidia exasperaban a un Príncipe ya de por sí inclinado a lo peor. De este modo, Agrícola, impulsado por sus mismas virtudes tanto como por los defectos ajenos, se encaminaba velozmente hacia su gloria.

Llegó el año en el que se sorteaba el proconsulado de África y Asia, y la reciente muerte de Cívica[113] no dejaba de ser una advertencia para Agrícola ni para Domiciano un precedente. Algunos confidentes del Emperador asumieron la iniciativa de preguntar a Agrícola si estaba dispuesto a hacerse cargo de una provincia. De entrada y con gran disimulo alababan su sosiego y retiro; después ofrecían su apoyo para que se admitiera su renuncia; al final, tratando de disuadirlo claramente con intimidaciones, lo llevaron ante Domiciano. Éste, preparado para el disimulo y con **42**
afectada arrogancia, oyó los ruegos del que se excusaba y, tras dar 2
su conformidad, permitió que le diera las gracias; lo odioso de tamaño favor no le hizo sonrojarse. Sin embargo, no concedió a Agrícola el sueldo de procónsul[114], que se otorgaba habitualmente, y concedido ya a algunos por él mismo, bien ofendido porque Agrícola no se lo había pedido, bien por no dar la apariencia de
comprar lo que en realidad había prohibido. Es propio del humano 3
talante odiar a quien se lastima. El temperamento de Domiciano, proclive a la ira y tanto más implacable cuanto más velado en sus manifestaciones, era mitigado por la moderación y la prudencia de Agrícola, porque no provocaba ni a la fama ni a su destino con altanería ni con una vana presunción de independencia.

Sepan quienes acostumbran a admirar lo prohibido, que pueden 4
darse grandes hombres incluso bajo malos Príncipes; que la fidelidad y la modestia, si van acompañadas de trabajo y energía, pueden superar la gloria de muchos que, por abruptos caminos, se hicieron famosos con su muerte ostentosa, pero sin ningún provecho para la nación.

El final de su vida fue luctuoso para nosotros; triste para sus **43**
amigos y no exento de inquietud para los no allegados y los que no lo conocían. También el pueblo en general y ese otro siempre tan ocupado acudía continuamente a su casa y hablaban en las plazas y
en sus círculos. Al enterarse de la muerte de Agrícola, nadie se 2
alegró ni la olvidó pronto. Aumentaba la conmiseración el insistente rumor de que había sido envenenado. Yo no me atrevería a asegurar

algo de lo que no tengo pruebas suficientes. Pero a lo largo de su enfermedad fueron a visitarlo con mayor frecuencia de la habitual enviados del Príncipe, sus libertos más influyentes y sus médicos de más confianza, ya por verdadera preocupación, ya por obtener
información. Se sabe que en el día postrero, todas la vicisitudes del 3
moribundo eran comunicadas por correos[115] y nadie creía que tuviera prisa en escuchar lo que podía entristecerlo. Sin embargo, presentó una apariencia de dolor en su ánimo y en su rostro, por no intranquilizarlo ya su odio y porque disimulaba mejor el gozo que el miedo.

Leído el testamento de Agrícola, en el que nombraba coheredero 4
a Domiciano junto con su excelente esposa y su amantísima hija, bien podía verse que aquél se alegró, como si este honor supusiera una estima. Tan ciega y deformada por las constantes adulaciones estaba su mente que ignoraba que un buen padre no nombra heredero a un Príncipe sino cuando éste es malo[116].

Había nacido Agrícola el 13 de jimio, durante el tercer **44**
consulado de Gayo César. Murió a los cincuenta y cuatro años, el 23 de agosto del consulado de Colega y Priscino[117]. Si la posteridad
desea conocer también su figura, fue más bien de aspecto agradable 2
que imponente; ninguna fogosidad en el semblante: su rostro rebosaba atractivo. Fácilmente lo tendrías por un hombre honesto; con gusto, por un gran hombre. Desde luego, aunque arrebatado en
lo mejor de su vida, recorrió un largo camino en cuanto a la gloria. 3
Había adquirido la plenitud de los verdaderos bienes, que están en las virtudes[118], y, adornado con las galas del consulado y los honores del triunfo, ¿qué otra cosa le podía deparar su fortuna? No
gozaba con las riquezas excesivas, si bien le había correspondido 4
una posición desahogada. Hasta puede parecer afortunado, puesto que su hija y su esposa le sobrevivieron y él logró escapar del futuro con la dignidad intacta, la fama floreciente y con sus amigos y
allegados a salvo. Pues aunque no le fue posible llegar hasta la luz 5
de esta época felicísima y ver el Principado de Trajano, según nos auguraba ya en nuestros oídos con sus presagios y votos, al menos

fue un gran consuelo para su muerte prematura el haber escapado a aquellos últimos tiempos en los que Domiciano destrozó a la nación, no ya con treguas y momentos de respiro, sino sin cesar y como de un solo golpe.

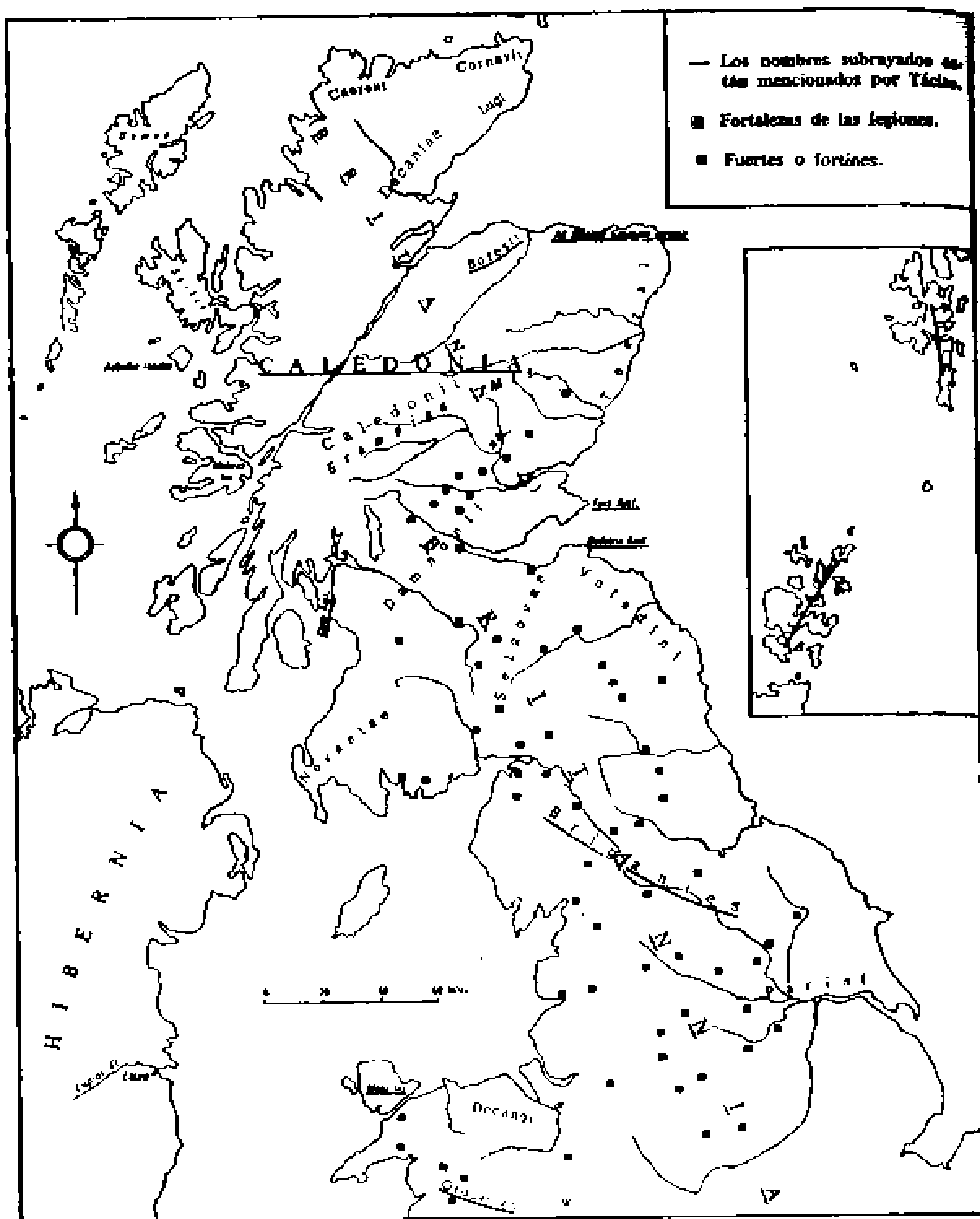
No vio Agrícola la Curia sitiada[119] ni el Senado rodeado por las **45**
armas, ni la muerte de tantos consulares en una misma matanza, ni los destierros y fugas de tantas mujeres de alcurnia. Hasta el presente no se contaba más que con una victoria de Caro Meció[120]; los graznidos de Mesalino[121] no salían del palacio Albano y Masa Bebio[122] era sólo un reo entonces. Después, nuestras propias manos llevaron a prisión a Helvidio[123]; nos impresionó la visión de
Maúrico[124] y Rústico, y Seneción nos bañó en su sangre inocente. 2
Nerón, al menos, apartó sus ojos y ordenó sus crímenes sin quedarse a presenciarlos; el aspecto más cruel de nuestras miserias bajo Domiciano era verlo y ser visto cuando nuestros suspiros se anotaban, cuando para hacer resaltar la palidez de tantos rostros bastaba aquel rostro cruel y enrojecido con el que se protegía contra cualquier manifestación del rubor.

¡Afortunado tú, Agrícola, no sólo por la grandeza de tu vida, 3
sino por la oportunidad de tu muerte! Tal como cuentan los que asistieron a tus últimas confidencias, afrontaste el instante decisivo firme y resignado, como si regalases al Príncipe una inocencia en la
parte que te correspondía. Pero a tu hija y a mí, aparte de la cruel 4
pérdida de un padre, nos aumenta la aflicción el no haber podido asistirte en tu enfermedad, aliviar tu agonía, saciamos con tu vista y tus abrazos. Al menos hubiéramos recogido tus recomendaciones y tus palabras y las hubiéramos grabado en el fondo de nuestro pecho. Éste es nuestro dolor, nuestra herida: haberlo perdido cuatro años antes por la circunstancia de una ausencia tan larga. ¡Oh el mejor de los padres! Todo lo tocante a tu decoro te sobró estando a tu lado tu amantísima esposa. Pero son insuficientes las lágrimas que por ti se vertieron y tus ojos echaron algo en falta la última vez que los abriste.

Si existe algún lugar para los manes de los justos, si, como **46**
pretenden los filósofos, las almas grandes no se extinguen con el
cuerpo, descansa en paz, y a nosotros, tu familia, llámanos desde la
inútil añoranza y los lamentos mujeriles hacia la contemplación de
tus virtudes, que no deben profanarse con quejas ni llantos. Mejor es
que te honremos con admiración y loa eterna y, si nuestras fuerzas 2
nos lo permiten, con tu imitación; éste es el auténtico honor, ésta la
piedad de los que te eran más íntimos. Esto es lo que aconsejaría a 3
tu hija y a tu esposa: que veneren la memoria del padre y del marido
repasando en su interior tus acciones y tus palabras y tratando de
retener la forma y figura del alma más que la del cuerpo, no porque
piense que deben prohibirse las imágenes esculpidas en mármol o
bronce, sino que los retratos de los hombres, al igual que sus rostros,
son frágiles y perecederos; la forma de la mente es eterna y no
puedes reproducirla con material y técnica ajenos, sino con tu propia
conducta.

Todo lo que amamos en Agrícola, todo lo que admiramos, 4
permanece y permanecerá eternamente en los corazones de los
hombres por la fama de sus hechos. El olvido ha sepultado a muchos
de los antiguos, como privados de gloria y de renombre. Agrícola,
entregado por la historia a la posteridad, sobrevivirá[125].


LAS·ISLAS·BRITANICAS
EN·TIEMPO·DE
JULIO·AGRICOLA
THULE
ORCADES
CALEDONIA
M. Grauplus (?)
BORESTI
Bodotria
Clota
Vxellodunum
HIBERNIA
BRIGANTES
Eboracum
MONA
Lindum
ORDOVICES
CORITANI
ICENI
SILVRES
DOBVNI
Verulamium
Camulodunum
TRINOVANTES
Londinium
DVMNONII
BELGAE
CANTII
Gallicum mare
GALLIA



Los nombres subrayados están mencionados por Tácito.
Fortalezas de las legiones.
Fuertes o fortines.
Cornavii
Caereni
Lugi
Smertae
Decantae
Boresti
CALEDONIA
Caledonii
Damnonii
Selgovae
Votadini
Novantae
Brigantes
HIBERNIA
Parisi
Deceangli

GERMANIA

INTRODUCCIÓN

Fecha de composición

El título más comúnmente aceptado para la *Germania* es el de *De origine et situ Germanorum*. También aparece como *De origine et situ Germaniae*.

Según Hutton[1], habría sido compuesta en el 98. Fijando la atención en el capítulo 37, en el que se habla del segundo consulado de Trajano (año 98), la discrepancia está en si tuvo lugar la composición al principio o al final de este año; con lo cual sería contemporánea del *Agrícola*. Según Paratore, lo único que hace el citado capítulo es fijar el término *ante quem*[2]: año 100, a lo que hay que objetar que también podría ser el 99, año en que volvió Trajano a Roma. Perret[3], por el contrario, opina que sería un término *post quem*; creemos que el contenido del capítulo lo único que expresa es el enfrentamiento entre la situación de Germania y los cimbros (año 640 desde la fundación de Roma) con la de su tiempo, lo que estaría relacionado con la intencionalidad de la obra. La opinión más generalizada es que habría diferencia de meses entre la aparición del *Agrícola* y de la *Germania*; si el *Agrícola* se publicó en el 98 o en enero del 99, la *Germania* lo sería el 99. El problema es que no contiene alusiones a la actualidad. Por el estilo, noticias y otros datos sí que parece posterior al *Agrícola*, lo que para autores como Paratore[4] es evidente, dada la concepción evolucionista a ultranza que mantienen sobre la totalidad de la obra tacítea.

Fuentes

Se piensa que las noticias contenidas en la *Germania* pudiera haberlas obtenido Tácito de forma directa, con ocasión de una posible permanencia en la Galia, Bélgica. Esto podría haber sucedido mientras su padre (o su tío) fue procurador de aquella provincia, dato que nos ha transmitido Plinio el Viejo, o bien cuando él mismo desempeñó algún cargo por aquella zona en la época que murió Agrícola, durante la que Tácito estuvo ausente de Roma. Ello se completaría con los relatos que escucharía de militares y mercaderes, al igual que en el *Agrícola*.

Entre las fuentes escritas, podemos citar al polígrafo sirio Posidonio, a Aufidio Baso (que guerreó contra los germanos), las *Historias* de Salustio, el libro 104 de Tito Livio…, pero la más importante con mucho es Plinio el Viejo, tanto en el relato de las guerras germánicas, como en las noticias de tipo general que figuran en su *Historia Natural*; incluso tenemos descripciones calcadas, como puede verse confrontando dos pasajes: *Germania* 1, frente a *N. H*. IV 79. Parece normal que utilizara a César; si es así, en algunos datos rectifica las informaciones de aquél.

Carácter e intención de la obra

Podemos seguir aquí también a Paratore[5], con lo que reuniremos las diversas teorías:

1.ª Un esbozo de las *Historias*; éste es el parecer de Arnaldi y Bongi en Italia. Parece poco probable que entre el esbozo y la gran obra transcurrieran nueve años o algo menos; amigos íntimos, como Plinio el Joven, tendrían que haber testimoniado este trabajo tan continuado; lo que sí nos parece verosímil es que se trate de un esbozo del conjunto de su obra histórica.

2.ª Un excurso de las *Historias*, a modo de un apéndice de una historia de Trajano, anunciada y no publicada, que se sepa; de esta opinión son eruditos de la categoría de Mommsen; sin embargo, por las mismas razones que en la hipótesis anterior, tampoco ésta parece acertada, aunque se encuentra más apoyada por detalles como la existencia de una digresión como la del libro V de las *Historias*, que se refiere a los judíos.

3.ª Una obra independiente. En este caso, ¿de qué tipo de obra se trata?: A) Política: ¿pretendía advertir a los romanos sobre un peligro germánico? ¿La advertencia iría dirigida especialmente a Trajano? ¿Querría incitar a Roma a una actitud concreta, ya fuera ofensiva o defensiva, frente a los germanos? El que no podamos arriesgamos a aceptar una solución u otra nos debe hacer pensar que ninguna es la acertada. Respecto al peligro, conviene caer en la cuenta de que Tácito nos habla de una zona de Germania donde precisamente no había problemas por aquel entonces, situándose los peligros en la parte ocupada por los cuados y los marcomanos. Algunos piensan que se trataría de justificar la conducta de Trajano, quien, nombrado ya Emperador tras la muerte de Galba, no acudió a Roma hasta que consiguió pacificar la zona de Colonia.

B) Obra de salón. Parece una teoría muy simplista. Podría, eso sí, haberle servido de entrenamiento; ya hemos aludido a ello a propósito de la primera teoría. Hacen pensar así los efectos literarios, tan abundantes y tan logrados a lo largo de sus cuarenta y seis capítulos, que los estudiosos del Renacimiento lo calificaron de *libellus aureus*.

C) Tratado étnico-geográfico. Ésta es la opinión, entre otros muchos, de Marín Peña. Paratore no la acepta; piensa que habría un manojo de intencionalidades, entre ellas la moralística: oponer la vida sana y las costumbres puras de los germanos a la degeneración de las costumbres y la descomposición social en Roma; el elogio del buen salvaje tal vez podría servir de estímulo a sus compatriotas, incluso frente al mismo peligro que podría suponer la existencia de unos pueblos de tan grandes cualidades en las mismas fronteras del

Imperio. La Germania resultaría un puente entre la Edad Clásica y el Medievo. En esta última suposición de Paratore influirían el moralismo propio de la tradición etnográfica helenística y la propensión de Tácito al catonismo.

No puede verse en la Germania una mera inserción en la tradición de la literatura etnográfica: efectivamente, hay una serie de lugares comunes, como la detallada relación de los diversos pueblos, la preocupación por las costumbres y el origen (véase el mismo título)… Pero hay también una brillante composición literaria, en la que, cierto es, puede apreciarse que Tácito acepta, como ley del género que cultiva, el desorden y la mezcolanza de datos y relatos, nacidos de la ineptitud de los primeros etnógrafos y que en Tácito aparece como una falsa espontaneidad. Tácito no es, por consiguiente, un mero seguidor de sus antecesores, a quienes sigue, parcialmente, en la «puesta en escena», pero utilizando un material ajeno a ellos y a la tradición literaria que impusieron.

El texto

Su historia aparece muy unida a la del *Diálogo*, por lo que, en parte, nos remitimos al lugar correspon⁝ diente.

Insistimos en que el arquetipo de los códices que citamos, el *Líber Hersfeldensis*, no se conserva.

Así que el *Vaticanas* 1.862; el *Leidensis Perizonianus* XVIII Q 21; el *Neapolitanus* IV C 21; el *Vaticanas* 1.518, todos ellos contienen la *Germania*, el *Diálogo* y un fragmento del «*de Viris Illustribus*» de Suetonio. El *Neapolitanus* incluye también los libros XI-XVI de los *Anales*, el I de las *Historias* y otras obras de menor importancia.

Un grupo de manuscritos alemanes (*Hummelianus, Monacensis* 5.307, *Vindobonensis* 711), que se creían procedentes de «deteriores» y mezclados con otras ramas, han sido objeto de mayor atención por parte de R. P. Robinson, quien los hace proceder directamente de una copia del *Hersfeldensis*. Deben quedar citados

aquí, puesto que su texto ha sido tenido en cuenta en la edición de Oxford, que hemos utilizado para la traducción.

Para la *Germania*, en concreto, es importante el *Aesinas*, y también lo era su copia, el *Toletanus*, que la perdió con la aparición del anterior.

Podemos anotar aquí (como en cualquiera de las otras dos obras) la teoría según la cual del arquetipo provendrían tres ramas:

X, integrada por el *Vaticanus* 1.862 y el *Leidensis*;
Y, integrada por el *Vaticanus* 1.518 y el *Neapolitanus*;
Z, integrada por el *Aesinas*, el *Toletanus* y alguno más.

Es decir, derivarían las tres del *Hersfeldensis*, mientras que la creencia que hemos observado, por lo general, es que el *Aesinas* no supondría una evolución paralela a ninguno de los otros manuscritos.

GERMANIA

El conjunto de la Germania[1] está separado de los galos, los 1
retos[2] y los panonios por los ríos Rin y Danubio; de los sármatas[3]
y dacios, por el recíproco miedo o por montañas; el resto lo ciñe el
Océano, que forma grandes penínsulas y abarca enormes
extensiones de islas[4]. Son conocidos desde hace poco algunos de
sus pueblos y reyes, con los que nos ha puesto en contacto la guerra.
El Rin, que nace en un pico es arpado e inaccesible de los Alpes 2
Réticos, tras desviarse suavemente hacia el O., une sus aguas con el
Mar del Norte. El Danubio se difunde a partir de una altura de poca 3
elevación y perfil suave del monte Abnoba[5] y recorre muchos
pueblos, hasta que rompe en el Mar Póntico por seis bocas; una
séptima queda absorbida por lagunas[6].

Estoy casi convencido de que los germanos son indígenas y que 2
de ningún modo están mezclados con otros pueblos, bien como
resultado de emigraciones, bien por pactos de hospitalidad, pues
quienes en otros tiempos querían cambiar de lugar, no lo hacían por
tierra, sino por mar, y desde nuestro mundo son escasas las naves
que se adentran en un Océano inmenso y, por decirlo así, hostil. 2
Además, aparte del peligro de un mar temible y desconocido, ¿quién
va a dejar Asia, África o Italia para marchar a Germania, con un
terreno difícil, un clima duro, triste de habitar y contemplar si no es
su patria?

Mediante antiguos cánticos, única forma de crónica e historia 3
que hay entre ellos, conmemoran al dios Tuistón, nacido de la tierra;
le atribuyen un hijo, Manno, origen de la raza, y, como fundadores,

otros tres a Manno, de cuyos nombres provienen los ingevones, que son los más próximos al Océano, hermiones los de la zona central e istevones los restantes. Algunos, amparados en la libertad que da lo 4
antiguo, afirman que fueron más los nacidos del dios y añaden más nombres de pueblos: marsos[7], gambrivios, suevos, vandilios; afirman que éstos son los nombres auténticos y antiguos; que, por el 5
contrario, el de Germania es reciente y su empleo es nuevo, puesto que a los primeros que, tras atravesar el Rin, expulsaron a los galos y ahora se llaman tungros, antes se les conocía como germanos; que, por tanto, el nombre de un pueblo, no de toda la nación, era el que había llegado a imponerse de tal manera que todos se llamaron germanos con un nombre prestado, tomado primero por el vencedor para infundir miedo y utilizado después por ellos mismos.

Hablan de que entre ellos hubo también un Hércules y, cuando **3**
van a entrar en combate, lo ensalzan en sus cantos como el más valiente entre los valientes. Tienen también otros cantos, con cuya entonación, que llaman «baritum»[8], enardecen los ánimos, y con el mismo canto predicen la suerte de la próxima lucha, pues causan terror o se atemorizan según el griterío de los guerreros, y parece aquél no tanto armonía de voces como de valor. Se busca, sobre todo, aspereza de sonido y ruido entrecortado, colocando los 2
escudos junto a la boca para que la voz, repercutida, aumente y salga más grave y más llena.

Por otra parte, algunos opinan que también Ulises arrojado hasta 3
este Océano en aquel largo y legendario vagar suyo, fue a parar a las tierras de Germania y fundó y dio nombre a Asciburgio[9], situada a orillas del Rin y habitada aún hoy; insisten en que se encontró tiempo ha un altar consagrado a Ulises en el mismo lugar, con el nombre de su padre Laertes, y que todavía existen ciertos monumentos y túmulos con, inscripciones en caracteres griegos en los confines de la Recia y la Germania. No está en mi ánimo el confirmar con argumentos ni refutar todo esto; que cada cual le 4
quite o dé crédito según su criterio.

Me adhiero a la opinión de que los pueblos de Germanía, al no **4**
estar degenerados por matrimonios con ninguna de las otras
naciones, han logrado mantener una raza peculiar, pura y semejante
sólo a sí misma. De aquí que su constitución física, en lo que es 2
posible en un grupo tan numeroso, sea la misma para todos: ojos
fieros y azules, cabellos rubios, cuerpos grandes y capaces sólo para 3
el esfuerzo momentáneo, no aguantan lo mismo la fatiga y el trabajo
prolongado, y mucho menos la sed y el calor fuerte; sí están
acostumbrados al frío y al hambre por el tipo de clima y de territorio
en los que se desenvuelven.

La tierra, aunque variada un tanto en su aspecto, está, en general, **5**
erizada de selvas[10] y echada a perder por los pantanos, más
húmeda por donde mira a las Galias, más ventosa hacia el Nórico[11]
y la Panonia. Bastante fértil, muy poco apta para árboles frutales;
abundante en ganado menor, pero de poco tamaño en su mayor 2
parte. Tampoco el ganado mayor tiene su estampa habitual o su
hermosa cornamenta: se dan por satisfechos con la cantidad, y éste
es su único y muy apreciado recurso. Los dioses, no sé si propicios o 3
airados, les negaron la plata y el oro, y, sin embargo, no me atrevería
a asegurar que no hay en Germania yacimientos de ambos metales,
pues ¿quién ha intentado buscarlos? Su posesión y uso no les afecta 4
como a otros: es cosa de ver el que las vasijas de plata, dadas como
regalo a sus embajadores y jefes, son tenidas en la misma poca
estimación que las hechas de tierra. Aunque los más cercanos a
nosotros, y debido al tráfico comercial, tienen aprecio al oro y la
plata, y conocen y prefieren ciertos tipos de nuestra moneda, los del
interior utilizan el sistema más sencillo y antiguo de la permuta de 5
mercancías. Les gusta la moneda vieja y ya conocida, como nuestros
denarios dentados y los que llevan grabada una biga[12]. Por otra
parte, prefieren la plata al oro, no porque les atraiga, sino porque su
mayor abundancia la hace más práctica para comprar mercancías
corrientes y de poco valor.

Tampoco les sobra el hierro, como se deduce del tipo de sus **6**
armas ofensivas. Pocos son los que utilizan espadas y lanzas

grandes; portan unas picas, en su lengua «frameas», con un hierro
estrecho y corto, pero tan afilado y manejable que con la misma
arma luchan cuerpo a cuerpo o a distancia, según la ocasión lo exija.
Mientras el jinete se limita al escudo y la «framea», los infantes, 2
desnudos o con un ligero sayo, lanzan a gran distancia armas
arrojadizas[13], algunos gran cantidad de ellas. Ninguna presunción
en su aspecto: adornan sólo los escudos con colores llamativos;
pocos tienen cotas; alguno que otro, casco de metal o de cuero. Los 3
caballos no sobresalen ni por su estampa ni por velocidad, ni se les
enseña, al modo nuestro, a realizar variados caracoleos; los llevan
en línea recta o con un solo giro a la derecha, formando un círculo
tan conjuntado que nadie se queda atrás. En términos generales, hay 4
más fuerza en el infante y por eso luchan mezclados y, al ser la
velocidad de los infantes apropiada y apta para la lucha ecuestre, se
los coloca en vanguardia: guerreros escogidos de toda la juventud;
está fijado también el número: hay cien de cada uno de los 5
poblados[14] y entre los suyos reciben este mismo nombre, así que lo
que al principio fue un número, ha pasado a ser una distinción de
honor.

La línea de combate se forma por grupos en cuña[15]; retroceder, 6
con tal que se vuelva a atacar, lo juzgan más prudencia que miedo.
Retiran los cuerpos de los suyos, incluso en los combates
comprometidos. El haber abandonado el escudo es la principal
vergüenza, y al que ha cometido tal afrenta no se le permite asistir a
los actos religiosos ni participar en las asambleas: muchos
supervivientes de las guerras pusieron fin a su infamia ahorcándose.

Eligen a los reyes de entre la nobleza y a los jefes por su valor. **7**
El poder para los reyes no es ilimitado ni arbitrario; los jefes, más
con el ejemplo que con autoridad, si actúan prestos, se dejan notar y
van en vanguardia, ejercen el mando por la admiración que 2
producen. Pero no está permitido castigar, ni atar, ni golpear; sólo
pueden hacerlo los sacerdotes, y no como castigo, no por mandato
del jefe, sino porque lo manda la divinidad, que, así lo creen, les
asiste cuando combaten. Llevan a la batalla ciertas efigies e 3

insignias sacadas de los bosques sagrados. Y tienen algo que es el principal incentivo de su valentía: no es la casualidad ni una agrupación fortuita la que forma el escuadrón o los pelotones, sino la familia y el parentesco. Tienen a su lado a sus seres queridos y
pueden oír el ulular de sus mujeres y los llantos de los niños; éstos 4
son los testigos más sagrados para cada cual, éstos son los que más les alaban. Acuden con sus heridas ante sus madres y esposas; ellas las repasan y examinan sin atemorizarse y llevan a los combatientes alimentos y ánimos.

Se conserva en el recuerdo que algunos ejércitos, cediendo ya y **8**
a punto de desfallecer, se rehicieron gracias a las mujeres, por la insistencia de sus ruegos y por la exhibición de sus pechos, mostrándoles el inminente cautiverio[16]; lo temen mucho más por la suerte de sus mujeres, hasta el punto de que se obtiene una lealtad más eficaz en las ciudades a las que se exige muchachas nobles
entre los rehenes. Es más, piensan que hay en ellas algo santo y 2
profético, por lo que no desprecian sus consejos ni desdeñan sus
respuestas. Vimos, en el reinado del divino Vespasiano, a Veleda[17], 3
considerada por muchos como una deidad, y en otro tiempo veneraron a Aurinia y a muchas otras, no por adulación ni por divinizarlas[18].

De los dioses, honran sobre todo a Mercurio, a quien consideran **9**
lícito hacer sacrificios con víctimas humanas en días fijos. Aplacan a Hércules y Marte con animales permitidos. Parte de los suevos
sacrifican también a Isis[19]. La causa y el origen de tal culto 2
extranjero no los sé a ciencia cierta, salvo que la propia imagen con figura de nave liburna[20] da a entender que se trata de una religión
importada. Por otra parte, no consideran digno de la grandeza de los 3
dioses encerrarlos entre paredes ni presentarlos bajo forma humana; les consagran bosques y arboledas y dan nombres de dioses a ese algo misterioso al que sólo ven con los ojos de su veneración.

Nadie les supera en observancia de auspicios y oráculos. El **10**
procedimiento de sus oráculos es sencillo: arrancan una rama a un árbol frutal, la cortan en trozos, y, tras señalarlos con ciertas marcas,

los esparcen al azar, según caen, sobre una tela blanca[21]. En 2
seguida el sacerdote de la ciudad, si se consulta oficialmente, o el
propio padre de familia si en privado, tras invocar a los dioses y
mirando al cielo, cogen tres trozos, de uno en uno, y los interpretan
conforme a la marca que se les ha hecho previamente. Si la 3
respuesta es desfavorable, ya no se hace ninguna consulta sobre el
mismo asunto en el resto del día; si es favorable, se exige la
confirmación de los auspicios.

También aquí es conocido el examinar los sonidos y el vuelo de
las aves. Pero también es peculiar de este pueblo recurrir a los
presagios y admoniciones de los caballos. Están cuidados a 4
expensas públicas en los mismos bosques y arboledas, blancos y no
alcanzados por ningún trabajo profano. El sacerdote y el rey o
príncipe de la ciudad[22] los acompañan tras uncirlos a un carro 5
sagrado y observan sus relinchos y su piafar. No hay otro auspicio
con mayor crédito no sólo para la plebe, sino también entre la
nobleza y los sacerdotes; piensan que, si ellos son los ministros de
los dioses, aquéllos[23] son sus confidentes.

Hay otro procedimiento para los auspicios, con el que intentan 6
averiguar el resultado de las guerras importantes: cogen por
cualquier medio a un guerrero del pueblo con el que luchan y le
hacen combatir con otro escogido de entre ellos mismos, cada uno
con las armas patrias; la victoria de uno o de otro se interpreta como
una premonición.

Los jefes deciden sobre los asuntos de menor entidad y todo el **11**
pueblo sobre los de mayor trascendencia, aunque los jefes deben
tratar con antelación incluso lo que es competencia de la plebe.

Si no acaece nada fortuito ni imprevisto, se reúnen en días fijos, 2
en novilunio o plenilunio: creen que éste es el momento más
propicio para acometer sus empresas. No llevan el cómputo del
tiempo por el número de días, como nosotros, sino por el de noches,
y así fijan y arreglan sus citas, como si la noche precediera al día.

Por la libertad de que gozan tienen el inconveniente de que no se 3
reúnen todos al mismo tiempo ni cuando se les convoca, sino que

pierden dos y hasta tres días por el retraso de los que van a reunirse.
Cuando el pueblo quiere, se congregan con sus armas. El sacerdote, 4
que entonces tiene también poder coercitivo, impone silencio. A
continuación, el rey o el príncipe, de acuerdo con su edad, nobleza, 5
prestigio guerrero y elocuencia, se hace oír, más por su ascendiente
para persuadir que por su poder para mandar. Si sus palabras no 6
agradan, las rechazan con gritos. Si agradan, agitan sus «frameas»:
el elogio con las armas es su mejor consenso.

En la asamblea pueden también acusar y promover juicios sobre **12**
delitos capitales. La diferencia de las penas proviene de los delitos:
cuelgan de los árboles a los traidores y desertores; a los cobardes,
malos guerreros y a los que cometieron deshonestidades los
sumergen en el fango de pantanos y les echan encima cañizo. La 2
diversidad del suplicio tiene por mira la conveniencia de mostrar a
todos los crímenes mientras son expiados y de ocultar, en cambio,
ciertos actos vergonzosos. Pero también para los delitos más leves
hay un castigo adecuado; los culpables son sancionados con la
entrega de cierta cantidad de caballos o de cabezas de ganado
menor. Parte de la multa va a parar al rey o a la comunidad[24];
parte, al demandante o a sus parientes.

En las mismas asambleas se eligen ciertos dignatarios, que 3
imparten justicia por distritos y aldeas; a cada uno de ellos les
asisten con su consejo y prestigio cien hombres del pueblo.

Llevan a cabo todos sus asuntos públicos y privados sin **13**
despojarse de las armas. Pero tienen la costumbre de que nadie las
tome antes de que la ciudad lo haya considerado apto para llevarlas.
Entonces, en la misma asamblea, alguno de los jefes, o el padre o
los parientes arman al joven con el escudo y la «framea»: ésta es
para ellos su toga, éste el principal ornato de su juventud. Hasta ese
momento se les considera parte de la familia; a partir de ahora, parte
de la Ciudad.

La condición noble de la familia o los grandes méritos de los 2
padres confieren, incluso a los más jóvenes, la estima del jefe; se
unen a otros más fornidos y de larga experiencia y no se

avergüenzan de que los vean entre sus acompañantes. Este mismo 3
séquito tiene también sus grados, de acuerdo con el juicio de aquel al que secundan. Hay una gran rivalidad entre los gregarios por conseguir el primer lugar ante el jefe, y los jefes pugnan por obtener el séquito más numeroso y esforzado. Ésta es su dignidad y su
fuerza: el estar siempre rodeado por un gran número de jóvenes 4
escogidos, lo que constituye una honra en la paz y una protección en la guerra. Y esta gloria y nombradla del que sobresale por el número y valor de su comitiva no sólo las mantiene entre su propio pueblo, sino en los estados vecinos. Se les solicita para las embajadas y se les honra con presentes; y con frecuencia deciden el resultado de las guerras con su sola fama.

En el campo de batalla es vergonzoso para el jefe verse superado **14**
en valor y vergonzoso para la comitiva no igualar el valor de su jefe. Pero lo infame y deshonroso para toda la vida es haberse retirado de la batalla sobreviviendo al propio jefe; el principal deber de fidelidad consiste en defender a aquél, protegerlo y añadir a su gloria las propias gestas: los jefes luchan por la victoria; sus compañeros, por el jefe.

Si la ciudad en la que nacieron comienza a embotarse por la paz 2
y la inacción, la mayoría de los jóvenes nobles buscan voluntariamente otros pueblos que se encuentren en guerra, porque para esta raza la tranquilidad es enojosa y destacan con mayor facilidad entre peligros, aparte de que no se puede mantener un gran séquito sino con acciones violentas y guerras. En efecto, obtienen de
la liberalidad del jefe aquel famoso caballo de guerra o bien aquella 3
conocida «framea» ensangrentada y vencedora. Y es que las comidas abundantes (aunque mal preparadas) constituyen su soldada. La fuente de su generosidad puede subsistir gracias a las
guerras y saqueos. No se les puede convencer para que aren la tierra 4
o esperen la cosecha tan fácilmente como para que provoquen al enemigo o se expongan a las heridas: es más, les parece de apocados y cobardes adquirir con sudor lo que puede lograrse con sangre.

Cuando no guerrean, se dedican algo a la caza, pero pasan la **15**
mayor parte del tiempo sin ocuparse de nada, entregados al sueño y
a la comida. Los más valientes y belicosos entregan el cuidado de la
casa, el hogar y los campos a las mujeres, ancianos y a los más
débiles de la familia, mientras ellos languidecen: sorprendente
versatilidad de carácter, que hace que los mismos hombres gusten
así de la ociosidad y odien la paz.

Las comunidades tienen la costumbre de llevar a sus jefes, 2
voluntaria e individualmente, algún animal o producto del campo, lo
que, recibido como homenaje, ayuda de paso a sus necesidades. 3
Sobre todo les gustan los regalos de los pueblos vecinos, que les son
enviados no sólo por cada individuo, sino incluso a título oficial:
caballos escogidos, excelentes armas, jaeces y collares. Actualmente
les hemos enseñado también a recibir dinero[25].

Es de sobra conocido que los pueblos germanos no habitan en **16**
ciudades; ni siquiera soportan que sus casas estén agrupadas.
Dispersos y separados, viven donde les haya complacido una fuente,
un campo o una arboleda.

No levantan sus aldeas como nosotros, con edificaciones juntas 2
y apoyándose unas en otras; cada cual deja un espacio libre en torno
a su casa, bien como remedio frente al peligro de incendio, bien por
desconocer la técnica de la construcción. Ni existe entre ellos el uso 3
de la mampostería o de las tejas: utilizan para todo un material
tosco, sin pretensiones estéticas u ornamentales. Cubren algunos
lugares con un estuco tan fino y brillante que semeja pintura y
dibujos de colores.

Tienen la costumbre de abrir cuevas subterráneas y ponen 4
encima gran cantidad de estiércol: refugio para el invierno y
almacén para las cosechas; este tipo de lugares suaviza el rigor de
los fríos y, si alguna vez llega el enemigo, saquea lo que está al
descubierto, pero lo oculto y enterrado les pasa desapercibido, o
bien precisamente el tener que buscarlo impide su descubrimiento.

Su vestimenta habitual es un sayo, sujeto con una hebilla, o, en **17**
su defecto, con una púa; sin más abrigo, se pasan todos los días a

cubierto, junto al fuego del hogar. Los más ricos se distinguen por
su vestidura, no flotante, como la de los sármatas y partos, sino
ajustada y que deja adivinar todos sus miembros. Llevan también 2
pieles de animales, sin cuidado los ribereños[26], con más esmero los
del interior, porque la falta de relaciones comerciales no les da otra
posibilidad de atavío. Eligen animales y entremezclan las pieles que
les quitan con pieles de otros que produce el Océano exterior y sus
desconocidas aguas.

La indumentaria de las mujeres no difiere de la masculina 3
excepto en que aquéllas van cubiertas más a menudo con mantos de
lino adornados con franjas de púrpura; la parte superior del vestido
no termina en mangas, dejando al descubierto el antebrazo, los
brazos y la parte contigua del pecho.

Sin embargo, el matrimonio es allí muy respetado y no podría **18**
alabarse más otro aspecto de sus costumbres. En efecto, son casi los
únicos bárbaros que se contentan con una sola mujer, excepto unos
pocos, quienes, no por su ardor amoroso, se ven solicitados para
muchas uniones por su condición de nobles. La mujer no aporta la 2
dote al marido, sino el marido a aquélla. Intervienen en la ceremonia
los padres V parientes y dan su aprobación a los presentes dótales
regalos que no tienen como fin el deleite femenino ni su uso como
adorno para la recién casada, sino que consiste en bueyes, un caballo
embridado y escudo con una «framea» y una espada. A cambio de 3
estos presentes es aceptada la mujer, quien, a su vez, regala a su
hombre algunas armas; a su juicio, éste es el mejor vínculo, éstos los
misterios sagrados, éstos los dioses del matrimonio. Para que la 4
mujer no se considere ajena al valor militar y a los avalares de la
guerra, bajo los auspicios del incipiente matrimonio se le advierte
que pasa a ser compañera de penalidades y peligros; que ha de
soportar y arriesgarse a lo mismo, tanto en paz como en guerra: esto
es lo que significan los bueyes, el caballo preparado y las armas
entregadas; así han de vivir, así han de llevar el papel de madres[27]:
lo que reciben han de entregarlo intacto y sin menoscabo a sus hijos,
para que lo reciban sus nueras y vaya a parar más tarde a sus nietos.

Viven, pues, envueltas en su recato, sin echarse a perder por 19
ningún atractivo de los espectáculos m por las provocaciones que
suscitan los banquetes. Hombres y mujeres desconocen por igual los
intercambios de cartas a escondidas. Para ser un pueblo tan 2
numeroso, los adulterios son escasos; su castigo es inmediato y
queda en manos de los maridos: en presencia de los parientes,
expulsan del hogar a la culpable, desnuda y con el cabello cortado, y
la conducen a latigazos por todo el poblado. No hay ningún perdón
para la honestidad corrompida; no podrá encontrar marido ni 3
valiéndose de su hermosura, juventud y riqueza. Nadie ríe allí los
vicios, y al corromper o ser corrompido no se le llama «vivir con los
tiempos». Mejores aún son aquellas tribus en las que sólo las
vírgenes se casan y se cumple de una vez por todas con la esperanza
y el deseo de ser esposa. Reciben un solo marido, a la par que un 4
solo cuerpo y una sola vida, a fin de que no haya lugar para otros
pensamientos ni para caprichos tardíos, y lo amen no como a un
marido, sino como al matrimonio.

Limitar el número de hijos o matar a un ganado[28] se considera 5
un oprobio, y más fuerza tienen allí las buenas costumbres que en
otros lugares las buenas leyes[29].

En todas las casas crecen desnudos y sucios, hasta alcanzar esos 20
miembros y contextura que nos causan admiración. Cada madre cría
a su hijo a sus pechos y no lo deja en manos de esclavas o nodrizas.
No puedes distinguir al amo del criado por las exquisiteces de su 2
crianza. Viven entre los mismos animales y en el mismo suelo hasta
que la edad separa a los hombres libres y su valía los distingue.

El deseo sexual es tardío en los jóvenes, y de ahí que su primera 3
virilidad quede intacta. Tampoco es muy precoz en las doncellas; la
misma lozanía y semejante desarrollo. De la misma edad y vigor
que el hombre con el que se casan, y los hijos reproducen la
robustez de sus progenitores. Los hijos de las hermanas gozan de la 4
misma consideración ante su tío que ante su propio padre[30].
Algunos estiman este lazo de sangre más sagrado y estrecho y lo
prefieren a la hora de recibir rehenes, pensando que ata con más

fuerza el ánimo y afecta a más miembros de la familia. Sin embargo, 5
los herederos y sucesores son los respectivos hijos y no hay
testamento. Si no hay hijos, los grados inmediatos en la sucesión son
los hermanos, tíos paternos y matemos. Su vejez está tanto mejor
atendida cuanto mayor es el número de parientes consanguíneos y
afines; la falta de descendencia no ofrece ninguna ventaja.

Es obligatorio asumir tanto las enemistades como las amistades **21**
del padre o del pariente. Pero no permanecen implacables, pues
incluso el homicidio se purga con un cierto número de cabezas de
ganado mayor y menor, y toda la familia se da por satisfecha, con
provecho público, puesto que las enemistades son más peligrosas en
un clima de libertad.

Ningún otro pueblo se entrega con mayor pasión a convites y a 2
relaciones de hospedaje. Se tiene como impiedad el negar albergue a
cualquier ser humano. Cada cual acoge con la mesa dispuesta según
sus posibilidades; cuando éstas se agotan, el que ha dado albergue
acompaña al otro y le muestra un nuevo hospedaje, se encaminan a
la casa más cercana, sin estar invitados. No importa. Son acogidos 3
con igual generosidad. En lo tocante al hospedaje nadie hace
distinción entre el conocido y el extraño. Es costumbre conceder lo
que pida al que se va y, viceversa, la misma posibilidad hay de
exigirle cualquier cosa.

Les gustan los regalos, pero no tienen muy en cuenta los que dan
ni quedan obligados por los que reciben[31].

Se lavan nada más salir del sueño, que prolongan hasta bien **22**
entrado el día; por lo regular, lo hacen con agua caliente, cosa lógica
entre quienes dura mucho el invierno. Ya lavados, toman el
alimento; cada cual tiene un sitio distinto y su propia mesa. Acto
seguido acuden armados a sus asuntos, y de la misma guisa con no
menor frecuencia a los banquetes. Para nadie es vergonzoso pasar el 2
día y la noche bebiendo continuamente. Las riñas, como es natural
entre gente muy dada a la bebida, concluyen pocas veces con
insultos y más a menudo con muertes y heridas. Pero en los 3
banquetes también deliberan sobre la reconciliación de los

enemigos, sobre el establecimiento de alianzas familiares, elección
de los jefes, sobre la paz y la guerra, porque en ninguna otra ocasión
está el ánimo más abierto para los pensamientos sinceros o más
enardecido para los más trascendentes. Gente nada astuta y sin 4
doblez, abre todavía más los secretos de su corazón por el ambiente
relajado que proporciona el lugar; la mente de todos permanece
franca y sin velos. Se continúa al día siguiente y las pautas generales
de cada momento quedan a salvo; deliberan cuando no saben fingir,
deciden cuando no pueden errar.

Beben un líquido que obtienen de la cebada o del trigo y que, al **23**
fermentar, adquiere cierta semejanza con el vino. Los ribereños
compran también vino. Su alimentación es sencilla: frutos silvestres,
carne fresca de caza o leche cuajada; se quitan el hambre sin
complicaciones ni refinamientos. Frente a la sed, no mantienen igual
moderación; si favoreces su embriaguez suministrándoles cuanto 2
deseen, se les vencerá por sus vicios no menos fácilmente que con
las armas.

El tipo de espectáculos es uno sólo y el mismo en todas las **24**
reuniones: jóvenes desnudos, para quienes esto constituye una
diversión, se arrojan de un brinco entre espadas y amenazadoras
«frameas»[32]. La práctica les ha proporcionado técnica; la técnica, 2
belleza; pero no los mueve el lucro o la recompensa: el placer de los
espectadores es el premio a su juego por peligroso que sea. Sobrios 3
y formales, practican los juegos de azar con tanta temeridad a la
hora de ganar o perder que, cuando ya no les queda nada, se juegan
su libertad y su persona en un desesperado y definitivo envite. El 4
vencido afronta una esclavitud voluntaria; por más joven y fuerte
que sea, se deja atar y vender; tal es su obstinación en este
lamentable asunto. Pero ellos lo consideran fidelidad a sus
compromisos. Se deshacen de los esclavos de esta condición
vendiéndolos, y así se libran al mismo tiempo del bochorno de tal
victoria.

No utilizan a los demás esclavos encomendándoles funciones **25**
domésticas concretas, como hacemos nosotros. Cada cual lleva su

casa y sus penates. El señor impone la entrega de cierta cantidad de trigo o de ganado o de tela, como si fuera un colono, y el esclavo
acata estas condiciones. La mujer y los hijos realizan las restantes 2
tareas de la casa. Es poco frecuente azotar al esclavo y someterlo a cadenas y a trabajos penosos. Suelen matarlos no para dar ejemplo de disciplina y muestras de rigor, sino en un acceso de ira, como si se tratase de un enemigo, aunque en este caso el homicidio queda impune[33].

Los libertos no están muy por encima de los esclavos; es raro 3
que tengan influencia en la casa; nunca en la vida pública[34], excepto en las naciones de régimen monárquico: allí se remontan por encima de los ciudadanos libres y de los nobles; en los demás pueblos, la condición inferior de los libertos es prueba de su libertad.

Desconocen el ejercer el préstamo y el aumentarlo hasta la **26**
usura, y así se mantiene tal situación mejor que si estuvieran prohibidos. Van ocupando todos por turnos la superficie cultivable, según el número de agricultores, y se la reparten de acuerdo con su condición social. La gran extensión de sus campiñas facilita tal
reparto. Cambian anualmente de terreno y aún sobra campo. Por 2
este motivo, su esfuerzo no está a la altura de la riqueza y abundancia del suelo; así que no plantan árboles frutales, ni reservan espacios para prados, ni riegan huertas; sólo exigen a la tierra su
mies. De ahí que no distingan en el año los cambios que 3
corresponden a nuestras divisiones: el invierno, la primavera y el verano tienen para ellos un significado y un vocablo; del otoño ignoran tanto el nombre como sus dones.

Ninguna pompa en sus funerales: procuran sólo que los cuerpos **27**
de los hombres ilustres se quemen con leña de una determinada
clase. No hacinan vestidos ni perfumes sobre el montón de la pira; 2
cada cadáver conserva sus armas; a las llamas de algunos se le añade también su caballo. Un cúmulo de césped forma el sepulcro. Rechazan el adorno laboriosamente trabajado de los monumentos, por considerarlo una carga pesada para el difunto. Abandonan

pronto los lamentos y las lágrimas, no así el dolor y la tristeza. Para las mujeres es decoroso llorar; para los hombres, mantener el recuerdo.

Éstos son los datos de tipo general que hemos recogido sobre el 3
origen y las costumbres del conjunto de los germanos. A continuación trataré de referir las instituciones y los usos de cada nación, en la medida en que difieran unos de otros, y qué pueblos, procedentes de Germania, han emigrado a las Galias.

El divino Julio, la máxima autoridad, nos transmite que los galos **28**
fueron más fuertes en otra época, y por ello se puede creer que penetraron incluso en Germania, pues ¡cuán poco era un no para impedir que cualquier nación, si se encontraba con fuerzas, ocupase y cambiase de unos asentamientos hasta entonces comunes y sin separar por ningún poder soberano!

Asi pues, los helvecios ocuparon el territorio que hay entre la 2
selva Hercinia[35] y los ríos Rin y Meno, y el de más allá, los boyos, pueblos ambos de la Galla. El nombre de bohemios subsiste y atestigua la vieja tradición del lugar, aunque los habitantes sean otros[36].

Pero si los araviscos emigraron a Panonia desde el territorio de 3
los osos[37], nación germana, o los osos desde el de los araviscos a Germania, si tenemos en cuenta que poseen aún la misma lengua, instituciones y costumbres, no puede saberse a ciencia cierta, puesto que antiguamente los bueno y lo malo de ambas orillas era común a causa de una pobreza y libertad similares.

Los tréveros[38] y los nervios son excesivamente vanidosos en 4
sus pretensiones de un origen germano, como si intentaran evadirse de su semejanza con los indolentes galos mediante esta gloria genealógica. Pueblos germanos sin duda alguna habitan en la misma orilla del Rin: vangiones, tribocos y németes[39].

Ni siquiera los ubios[40], aunque alcanzaron la dignidad de ser 5
colonia romana y prefieren que se les llame agripinenses, del nombre de su fundador[41], se avergüenzan de su origen, habiendo pasado el río en otro tiempo y siendo instalados sobre la misma

orilla del Rin para poner a prueba su fidelidad y con el fin de defender aquélla, no para ser vigilados.

Los batavos, que se distinguen por su valor entre todos estos pueblos, no ocupan una gran zona de la orilla, aunque habitan también una isla del Rin[42]. Eran antaño una tribu de los catos que emigró, por culpa de una revuelta interna, a las sedes en las que pasarían a formar parte del imperio romano. Conservan la distinción y la señal de la antigua alianza, pues no son humillados con tributos, ni los arruina el publicano; exentos de cargas y contribuciones, quedan reservados para utilizarlos en combate, como si fueran lanzas y armaduras. **29**
2

En la misma situación de obediencia están los matiacos[43], pues la grandeza del pueblo romano ha extendido el respeto a su imperio más allá del Rin y de sus antiguos confines. Y aunque viven en su orilla en lo tocante a su asentamiento y fronteras, están con nosotros en espíritu y pensamiento, semejantes en el resto a los batavos, salvo que son más temperamentales por el suelo y clima de su país. 3

Aunque se hayan asentado al otro lado del Rin y del Danubio, no veo razón para incluir entre los pueblos de Germania los que trabajan los campos Decumates[44]: deshecho de toda la Galia y audaces en su pobreza, ocuparon un suelo de propiedad incierta; más tarde, trasladada la frontera y adelantadas las guarniciones, se convierten en avanzada del imperio y en parte de una provincia. 4

Más allá de éstos, tienen los catos sus primeros asentamientos a partir de la selva Hercinia, en una zona no tan llana y pantanosa como la de los demás pueblos por los que se extiende la Germania; a lo largo de una formación de colinas, que luego se van haciendo más escasas, la selva Hercinia acompaña a los catos como algo propio, pues acaba donde ellos acaban. Pueblo de cuerpo más robusto, miembros enjutos, de semblante amenazador y con mayor fuerza de ánimo. Para lo que son los germanos, tienen mucha capacidad de raciocinio y habilidad. Invisten como jefes a gente escogida, saben escuchar a tales jefes, guarda cada uno su puesto, reconocen las oportunidades, refrenan sus impulsos, distribuyen las tareas diurnas, **30**
2

se atrincheran durante las noches; incluyen la fortuna entre las cosas dudosas, el valor entre las seguras y —cosa muy rara y que sólo
puede lograrse con la disciplina romana— esperan más del jefe que 3
del ejército. Toda su fuerza está en la infantería, a la que cargan, aparte de sus armas, con herramientas y provisiones. Otros pueblos parece que van al combate; los catos van a la guerra. Son raros los golpes de mano y la lucha improvisada. Corresponde a las fuerzas de a caballo obtener una victoria rápida y retirarse con la misma rapidez. La velocidad guarda relación con el miedo; la lentitud es más propia de la firmeza.

Una usanza poco frecuente entre los restantes pueblos germanos **31**
y que se debe a la valentía individual se convierte en los catos en algo comúnmente aceptado: cuando llegan a la adolescencia, se dejan crecer el pelo y la barba y sólo tras haber matado a un enemigo se despojan de este adorno facial ofrecido y consagrado al
valor. Sobre la sangre y los despojos descubren su frente y sólo 2
entonces creen haber pagado el precio de su nacimiento y ser dignos de su patria y de sus padres. Los cobardes y malos guerreros
continúan con su feo aspecto. Los más valientes se colocan, además, 3
un anillo de hierro (cosa ignominiosa para esta gente) y lo llevan como una atadura hasta que se liberan de ella con la muerte de un
enemigo0[45]. Este hábito gusta a la mayoría de los catos, y al enve 4
jecer aún conservan este distintivo, que es objeto de admiración para los enemigos y para los suyos. En ellos está la iniciativa de todos los combates. La suya es siempre la primera línea, de extraño aspecto, y
ni siquiera en la paz adoptan maneras más suaves. Ninguno posee 5
casa, campo o alguna ocupación; siempre que llegan a casa de alguien, se les alimenta; pródigos de lo ajeno, menosprecian lo suyo, hasta que la vejez, con su debilidad, los hace incapaces para afrontar tan duras pruebas de valor[46].

Próximos a los catos, los úsipos y los tencteros habitan las zonas **32**
del Rin[47] donde su cauce ya se ha afianzado y constituye una
frontera suficiente. Los tencteros, aparte de la común gloria 2
guerrera, sobresalen por la destreza de su arte ecuestre. No es mayor

la fama de los infantes en los catos que la de los jinetes para los tencteros. Así lo establecieron sus antepasados y así lo mantienen 3
sus descendientes. De este tipo son los juegos infantiles y las competiciones juveniles; incluso los ancianos continúan practicándo 4
lo. Los caballos se transmiten junto con los esclavos, los penates y los derechos sucesorios; no los obtiene e hijo primogénito, como los demás, sino el más arriesgado y el más aventajado en la guerra.

Junto a los tencteros se hallaban en otro tiempo los brúcteros. Se **33**
cuenta que los carnavos y angrivarios[48] emigraron allí, tras ser expulsados los brúcteros y exterminados de raíz por una coalición de las naciones vecinas, bien por odio a su orgullo, bien por el incentivo del botín, o bien por una cierta protección de los dioses 2
para con nosotros, pues ni siquiera nos hurtaron el espectáculo de la batalla. Cayeron más de sesenta mil, y no por las armas romanas sino por deleite de nuestros ojos, lo que supone un triunfo más brillante. ¡Ojalá permanente y se mantenga en estas naciones si no el afecto hacia nosotros, si, al menos el odio entre ellas, puesto que a los atormentados destinos del imperio nada mejor puede proporcionar Fortuna que la discordia entre sus enemigos!

Los dulgubnios, los casuarios[49] y otros pueblo menos **34**
conocidos cierran por la espalda a los angrivarios y carnavos; los frisios[50] los limitan por la parte frontal. La denominación de frisios mayores y meno proviene de su diferente potencial. Ambas naciones se hallan bordeadas por el Rin hasta llegar al Océano y abarcan también inmensos lagos, surcados incluso por flotas romanas[51]. Es
más, por esa zona hemos explorado el mismo Océano[52]. La fama 2
ha divulgado que subsisten todavía las columnas de Hércules, bien porque estuvo Hércules allí, bien porque parecemos estar de acuerdo en atribuir a su gloria todo lo que de grandioso haya en cualquier
parte. Y no le faltó audacia a Druso Germánico[53], sino que el 3
Océano impidió sus indagaciones sobre él y sobre Hércules. Nadie lo intentó con posterioridad; y ha parecido más piadoso y reverente creer en los hechos de los dioses que conocerlos a ciencia cierta.

Hasta aquí nuestras noticias sobre Germania en su parte 35
occidental. Luego se desvía hacia el N. formando un gran arco[54]. Lo primero que encontramos es la nación de los caucos, que, aunque comienza a partir de los frisios y ocupa parte de la costa, se extiende a lo largo de los flancos de todos los pueblos que acabo de citar[55], hasta alcanzar el país de los catos, formando un entrante. Tan
inmensa extensión de tierras no sólo la ocupan, sino que la abarrotan 2
los caucos, el más noble pueblo entre los germanos y que prefiere
defender su grandeza con la justicia. Sin ambiciones ni violencias, 3
en paz e independientes, no provocan guerra alguna, no saquean ni se dedican a robos ni a rapiñas. La mejor prueba de su valor y fuerza
es que no pretenden mantener su superioridad con la injusticia. Sin 4
embargo, todos tienen sus armas dispuestas y, si la situación lo requiere, un ejército de muchos hombres y caballos. Su fama es la misma cuando están en paz[56].

En el costado de los caucos y de los catos, los queruscos[57], al 36
no ser hostigados, alimentaron una paz excesiva y enervante. Y esto fue más agradable que tranquilizador, porque en medio de ambiciosos y potentes la seguridad que se mantiene es falsa; cuando
la violencia aparece, la moderación y la honradez son conceptos que 2
se apropia el vencedor. Así, a quienes antes se llamaba los buenos y justos queruscos, ahora son tachados de indolentes y necios. La
fortuna se convirtió en sabiduría para sus vencedores los catos. 3
Arrastrados por la ruina de los queruscos, también los fosos[58], pueblo vecino, participan de su desgracia, aunque en los tiempos felices habían sido inferiores.

Los cimbros[59], próximos al Océano, ocupan justamente el 37
saliente de la Germania. Pequeña nación en la actualidad, aunque de pasado glorioso. Subsisten amplios vestigios de su antigua fama: espacios destinados a campamentos en ambas orillas, por cuya extensión se puede calcular aún hoy la magnitud y fortaleza de aquel pueblo y dar credibilidad a un éxodo tan grande.

Corría el año 640 de nuestra Ciudad[60] cuando por vez primera 2
se oyeron los hechos de armas de los cimbros, durante el consulado

de Cecilio Metelo y Papirio Carbón. Si contamos desde entonces
hasta el segundo consulado del emperador Trajano, tenemos un total
de casi doscientos diez años: ¡tanto va tardando Germania en ser
sometida! En un período tan extenso se han producido mutuos y 3
abundantes reveses. Ni el Samnio, ni los cartagineses, ni Hispania o
las Galias, ni siquiera los partos, nos han suministrado tantas
lecciones. Sin duda, la libertad de los germanos nos cuesta más cara
que el despotismo de Arsaces. En efecto, ¿qué otro trastorno, a no 4
ser la muerte de Craso, nos ha causado el Oriente, sometido por
Ventidio[61] y que perdió, por su parte, a Pácoro? Los germanos, en 5
cambio, además de derrotar o capturar a Carbón, Casio, Escauro
Aurelio, Servilio Cepión y Máximo Manlio, arrebataron al tiempo
cinco ejércitos consulares al pueblo romano; incluso lo mismo
sucedió al César y a Varo y sus tres legiones[62]. Si bien los derrotó
Gayo Mario en Italia, el divino Julio en la Galia y Druso, Nerón y
Germánico en su propio territorio, no fue sin sufrir, a su vez,
pérdidas. Posteriormente, las grandes amenazas de Gayo César
cayeron en el ridículo[63]. Hubo después paz, hasta que, con ocasión 6
de nuestras disensiones y guerras civiles, tras asaltar los cuarteles de
invierno de las legiones, trataron también de invadir las Galias y de
nuevo fueron rechazados. En los últimos tiempos, más que victorias
nos han dado excusa para que celebremos triunfos[64].

Debo hablar ahora sobre los suevos[65] que no son un solo **38**
pueblo, como ocurre con los catos y tencteros. Ocupan la parte más
extensa de Germania y se diferencian por sus respectivos nombres
nacionales, aunque se les llama comúnmente suevos. Es típico de 2
esta raza peinarse el pelo hacia un lado y sujetárselo por debajo con
un moño; de esta manera, los suevos se diferencian de los restantes
germanos y los suevos libres de os esclavos. En otros pueblos se da
también, aunque raramente y durante la edad juvenil, ya por algún
Putesco con los suevos, o, lo que sucede con más frecuencia, por 3
mimetismo. Los suevos, hasta que encanecen, cardan sus hirsutos
cabellos y es frecuente que los lleven atados en lo alto de la cabeza. 4
Los próceres llevan el pelo de forma más rebuscada. Tal es su

preocupación por la estética; aunque inofensiva, por cuanto no se adornan para amar o ser amados sino para aparentar una mayor estatura a los ojos de los enemigos e infundir así terror al entrar en combate.

A los semnones[66] los tienen por los más antiguos y nobles de **39**
los suevos, y la creencia en tal antigüedad queda confirmada por su 2
religión. En una época fija se reúnen a través de embajadas las tribus
de igual denominación y de la misma sangre en una selva
consagrada por los augurios de los antepasados y por un miedo
arraigado, e, inmolando oficialmente a un hombre, celebran los
horribles preámbulos de su bárbaro rito. Existe otra manifestación
de temor hacia el bosque sagrado: nadie entra en él a no ser atado, 3
para demostrar su inferioridad y subordinación al poder de la
divinidad; si por un azar llega a caer, no se permite levantarlo ni que
se incorpore; tiene que salir revolcándose. Todas estas
supersticiones se dirigen a lo mismo, afirmar que allí está el origen
de la nación, allí el dios señor de todo, y que lo demás está sometido
y le obedece.

La riqueza de los semnones aumenta su prestigio; habitan en cien poblados[67], y este potencial humano hace que se crean la cabeza de los suevos.

Lo exiguo de su población, por el contrario, es lo que ennoblece **40**
a los longobardos[68]: rodeados por numerosas y potentes naciones,
se mantienen incólumes combatiendo y arrostrando peligros, no por
pactos de obediencia. A continuación, protegidos por ríos o selvas,
están los reudignos, los aviones, los anglios[69], los varinos, los
eudoses, los suarines y los nuitones. Nada notable hay en cada uno 2
de éstos, excepto que rinden culto común a Nertho[70], es decir, a la
Madre Tierra, y piensan que interviene en los asuntos humanos y
que se traslada de pueblo en pueblo. En una isla del Océano hay un 3
bosque santo y en él un carro consagrado cubierto con un velo. Sólo
se permite tocarlo a un sacerdote. Éste siente la presencia de la diosa
en el santuario y, con gran veneración, acompaña a aquélla, que va

conducida por un tiro de vacas. Los días son alegres entonces, y
festivos los lugares a los que se digna acudir y alojarse.

No emprenden guerras, no toman las armas, que permanecen 4
todas clausuradas. Sólo entonces se conoce la paz y el sosiego, y se
les aprecia, hasta que el mismo sacerdote devuelve al templo a la
diosa, saciada ya de su contacto con los mortales. Instantes después 5
se lavan en un lago retirado el vehículo, el velo y, si se quiere creer,
la misma divinidad. Cooperan unos esclavos, a los que engulle
inmediatamente el mismo lago. De aquí el antiguo terror y la santa
ignorancia respecto de aquello que sólo ven los que al punto han de
morir.

Esta facción de los suevos se extiende hasta la parte más interior **41**
de Germania; más cerca de nosotros (sigamos ahora el curso del
Danubio, como antes el del Rin) está la tribu de los hermunduros[71],
fiel a los romanos; por esta razón, son los únicos de los germanos
que mantienen relaciones comerciales, no sólo en la orilla, sino
tierra adentro, en la más espléndida colonia[72] de la provincia de la 2
Recia. Pasan la frontera por doquier y sin guardianes, y, mientras
que a los demás pueblos les mostramos sólo las armas y los
campamentos, a éstos les abrimos nuestras casas y fincas, porque no
las ambicionan. Entre los hermunduros nace el Elba, río otrora
famoso[73] y conocido; hoy apenas se le menciona.

Próximos a los hermunduros viven los naristos y, a continuación, **42**
los marcomanos y los cuados[74]. La gloria y el potencial más
importante pertenecen a los marcomanos, e incluso su mismo
territorio lo conquistaron valientemente tras derrotar en un tiempo a
los boyos. No desmerecen la raza los naristos y cuados. Y ésta es,
por así decirlo, la fachada de la Germania en la zona que la bordea
el Danubio. Los marcomanos han conservado hasta nuestra época 2
reyes de su propia nación, noble linaje de Maroboduo[75] y Tudro
(ahora soportan monarcas extranjeros), pero la fuerza y el poder de
sus reyes proviene de la autoridad de Roma; raras veces reciben
nuestro apoyo militar; más frecuentemente de tipo económico,
aunque no por ello son menos poderosos.

Hacia atrás, los marsignos, cotinos, osos y buros[76] limitan a los **43**
marcomanos y cuados por su parte posterior. De éstos, los
marsignos y buros recuerdan a los suevos por su lengua y
costumbres; la lengua gala de los cotinos y la panónica de los osos
demuestra que no son germanos; también el que estén sometidos a
tributos. Los sármatas les imponen parte de tales tributos; parte, los 2
cuados, como si fueran extranjeros; los cotinos, para mayor
vergüenza, trabajan incluso minas de hierro.

Todos estos pueblos se asentaron en algunas llanuras, pero sobre
todo en desfiladeros y cimas de montañas. Una cadena de montes
separa y divide Suevia[77], al otro lado de la cual viven muchos 3
pueblos, entre los que el nombre de los ligios es el más extendido y
comprende muchas tribus. Bastará nombrar a las más poderosas:
harios, helvecones, manimos, helisios, naharvalos. En el territorio de
los naharvalos es notorio un bosque perteneciente a una añeja 4
religión. La preside un sacerdote con atavío femenino, pero, según
una interpretación romana, recuerdan a los dioses Cástor y Pólux.
Tal es la esencia de esta divinidad; su nombre, Alcis; ninguna
imagen, ninguna huella de creencia extranjera; sin embargo, se les
venera como a dos hermanos, como a dos jóvenes.

Por lo demás, los harios[78], aparte de su fuerza, en la que 5
superan a los pueblos citados, siendo feroces como son, favorecen su ferocidad con artimañas y aprovechando las ocasiones: con escudos negros y cuerpos untados, escogen noches muy oscuras para sus combates e infunden terror con el solo miedo que produce su aspecto de ejército espectral, sin que ningún enemigo soporte esa visión inusitada y como de otro mundo, pues en todas las batallas los primeros en ser vencidos son los ojos.

Tras los ligios están los gotones[79]; con régimen monárquico, con una sujeción algo mayor que la de los restantes pueblos germanos, aunque no tanto como para suprimir su libertad. A continuación, nos encontramos por la parte del Océano a los rugios y lemovios. Típicos de todos estos pueblos son los escudos redondos, las espadas cortas y la sumisión a sus reyes.

A partir de aquí comienzan los estados de los suyones, en el mismo Océano[80], que basan su poderío en su flota, aparte de hombres y armas. La forma de sus naves se distingue por tener proa en los dos extremos, con lo que disponen siempre de un frente apto para el abordaje. No maniobran con velas ni incorporan a sus costados filas de remos; el aparejo va suelto, como en algunos ríos, y se puede enfilar en una dirección u otra, según la circunstancia lo requiera. **44**

Tienen en gran consideración la riqueza y por eso manda uno solo, sin ninguna traba, y están obligados a obedecerle sin reservas. No tienen sus armas a la 3 disposición de todos, como el resto de los germanos, sino guardadas y con vigilante, precisamente un esclavo, porque el Océano impide las incursiones repentinas de enemigos y, en cambio, una tropa de hombres armados puede provocar fácilmente desórdenes; en realidad, el no poner al cuidado de las armas a un noble, un libre o siquiera un liberto redunda en interés del rey. 2

Tras los suyones[81] hay otro mar: en calma, casi inmóvil[82]; se cree que rodea y clausura el orbe de las tierras, porque el último resplandor del sol al ponerse dura hasta el amanecer, y tan brillante que difumina las estrellas. La credulidad añade que se puede escuchar su sonido al emerger y que se ven las figuras de sus caballos y los rayos de su cabeza. Hasta aquí, y sólo en eso son ciertos los rumores, llega el mundo. **45**

Y bien, la costa derecha del mar suevo[83] baña a los pueblos estíos, que tienen los ritos y costumbres de los suevos; su lengua está más próxima a la británica[84]. Veneran a la madre de los dioses. 2
Como distintivo de su religión, portan amuletos en forma de jabalíes. Esto asume el papel de las armas y de la protección de los hombres, y proporciona seguridad al devoto de la diosa, aun en medio de los enemigos. Es raro el uso del hierro, frecuente al de 3
palos. Cultivan el trigo y otros productos con una paciencia inhabitual en la desidia característica de los germanos. Pero exploran también el mar y son los únicos que buscan el ámbar, al 4

que llaman «gleso» y que recogen en las zonas de bajura y en la
misma orilla[85]. Pero no han investigado ni averiguado, como 5
bárbaros que son, cuál es su naturaleza y su proceso de formación;
es más, durante largo tiempo yacía entre los demás residuos
arrojados por el mar, hasta que nuestra afición al lujo le dio fama.
Ellos no lo utilizan para nada: se recoge en bruto, se transporta sin
refinar y se extrañan cuando reciben dinero a cambio. Podría 6
pensarse, no obstante, que es un exudado de los árboles, pues
muchas veces dejan transparentar ciertos animales terrestres y
también volátiles, que, engullidos en una sustancia líquida, quedaron
aprisionados al solidificarse ésta. Tal como sucede en regiones 7
apartadas de Oriente, donde los árboles destilan incienso y bálsamo,
podría creerse que hay bosques y arboledas muy productivas en las
islas y tierras del Occidente, con sustancias que, exudadas y licuadas
por los cercanos rayos del sol, van a parar al mar próximo y, por la
fuerza de las tempestades, terminan depositándose en las costas de 8
enfrente. Si se intenta averiguar la naturaleza del ámbar aplicándole
fuego, arde como una tea produciendo una llama grasienta y
olorosa; acto seguido se reblandece, como la pez o la resina.

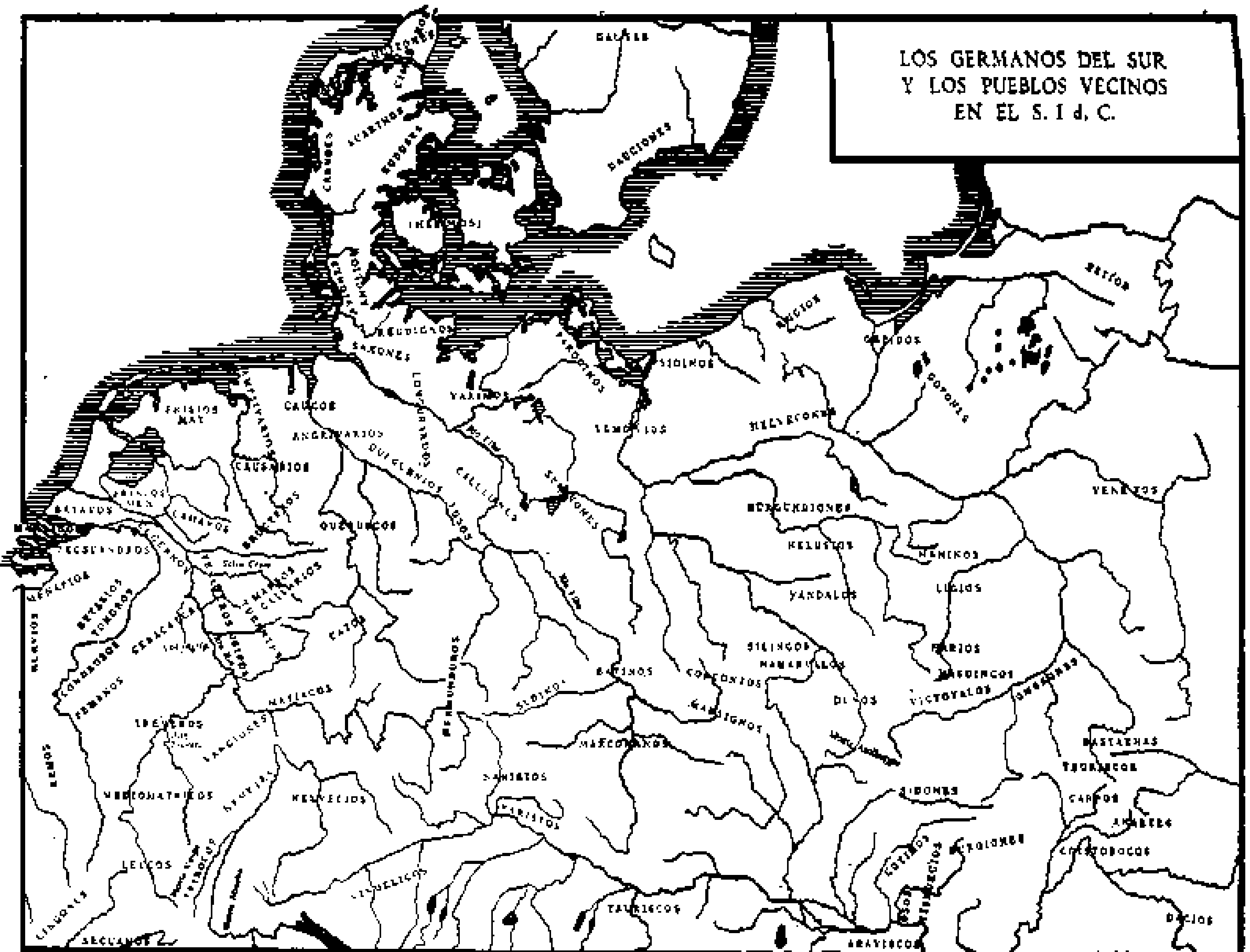
9 Los pueblos de los sitones[86] siguen a los suyones; semejantes en todo, se diferencian sólo en que, reina una mujer: en tan gran medida degeneran no sólo respecto de su libertad, sino hasta de la misma esclavitud.

Ésta es el confín de Suevia. No sé si incluir entre los germanos o **46**
los sármatas a los pueblos de los peucinos, vénetos y fenos[87]; aunque los peucinos, a los que algunos llaman bastarnas, actúan como los germanos en lengua, costumbres, asentamientos y modo de construir sus casas; la suciedad es patrimonio de todos, y la indolencia lo es de los notables; a causa de enlaces matrimoniales con los sármatas acaban por adquirir un aspecto desagradable, parecido al de éstos.

Los vénetos han tomado mucho de sus costumbres, pues 2
recorren saqueando todo el territorio de bosques y montes que se levanta entre peucinos y fenos. A éstos, en cambio, se los cuenta

más bien entre los germanos, porque fijan sus domicilios, llevan escudos y les gusta utilizar las piernas con rapidez, todo lo cual es diferente de los sármatas, que viven en carros y caballos. Hay en los
fenos un salvajismo asombroso y una pobreza detestable: ni armas, 3
ni caballos, ni hogares; hierba para alimentarse, pieles para vestirse, el suelo para dormir; toda su esperanza en las flechas, que, a falta de hierro, llevan un hueso afilado en la punta. La caza proporciona alimento lo mismo a hombres que a mujeres, pues éstas les acompañan a todos los sitios y reclaman su parte en el botín. Los
niños no tienen otro refugio frente a las fieras y lluvias que la 4
cubierta de ramas entrelazadas; allí acuden también los jóvenes y es
protección para los ancianos. Pero piensan que así y todo es mejor 5
que sufrir en los campos, trabajar en las casas y mantener siempre expuestas sus propias fortunas y las ajenas entre la esperanza y el miedo. Tranquilos de cara a los hombres y los dioses, han conseguido algo muy difícil: no echar en falta ni siquiera el deseo.

Lo demás es ya legendario: que los helusios y oxiones tienen 6
rostro y rasgos humanos, cuerpos y miembros de animales[88]. Lo dejaremos en el aire, como algo no comprobado.


LOS GERMANOS DEL SUR
Y LOS PUEBLOS VECINOS
EN EL S. I d. C.
SAXONES
LONGOBARDOS
CAUCOS
ANGRIVARIOS
QUERUSCOS
CATOS
HERMUNDUROS
MARCOMANOS
SEMNONES
HELVECONES
BURGUNDIONES
VANDALOS
LUGIOS
VENEDOS
GOTONES
BASTARNAS
DACIOS
ARAVISCOS
TAURISCOS
HELVECIOS
SECUANOS
LINGONES
REMOS
NERVIOS
MENAPIOS
BATAVOS
FRISIOS MAY.
CAUSARIOS
VARINOS

DIÁLOGO SOBRE LOS ORADORES

INTRODUCCIÓN

Paternidad del «Diálogo»

Es una cuestión muy controvertida desde hace muchos años. Diversas obras y gran número de artículos de revistas especializadas propugnan o rechazan la paternidad tacítea. En la segunda alternativa, las razones que más se aducen son las de estilo. En efecto, en una primera lectura, unida a la de las otras dos obras llamadas menores, parece observarse un habla diferente. A esto se han opuesto estudiosos del tema arguyendo que se trataría de una obra de juventud; más bien pensamos en lo contrario, como pretendemos defender en el capítulo siguiente.

En realidad, como dice Marín Peña, «la diversidad puede ser un efecto artístico e intencional». Esto es muy cierto. Recuérdese la *Germanía*: en el caso de que los datos aportados por Tácito pudieran ser originales, en cuanto a la *mise en scène* es muy verosímil que se hubiera insertado en la tradición etnográfica, que ya había creado su propio estilo. ¿Qué tiene, pues, de particular que haga lo mismo con una obra en la que va a hablar, entre otras cosas, precisamente de oratoria? Más aún, él era un orador de reconocida fama y tendría más facilidad en este caso que en el de la *Germania*; su ductilidad no hace más que confirmar que Tácito es un extraordinario escritor.

Por otra parte, hemos dicho «una primera lectura», porque, si se recorre la obra con más atención, veremos que hay continuas semejanzas de estilo; en lugar de señalarlas (ya lo han hecho

numerosos filólogos), volvemos a recomendar al lector que trate de hallarlas por sí mismo.

Por lo que respecta al contenido, nos limitaremos, de momento, a señalar un punto muy significativo: la distribución entre paz y mala oratoria, turbulencias y elocuencias magníficas, se encuentra en el mismo nivel que la eterna contradicción entre paz y orden, citada en nuestra Introducción General, cuando nos fijábamos fundamentalmente en sus obras históricas. Es más, los pensamientos en torno a este problema aparecen más sedimentados en el *Diálogo*.

Definitivo parece el que todos los códices lo dan como autor, y este dato es tanto más fidedigno cuanto que Tácito era conocido como historiador; el toparse con otro tipo de obra podría haber confundido a cualquier copista.

Reseñemos, para terminar, que Paratore[1] atribuye el *Diálogo* a Titinio Capitón, basándose en las cartas de Plinio (V 8, y, sobre todo, I 17) dirigidas a este personaje.

Fecha de composición y publicación

En 1, 2, dice: «a los que oí tratando esta misma cuestión siendo yo muy joven». Recordemos que Tácito nació entre el 54 y el 57, tal vez en el 55. Si confrontamos este pasaje con el 17, 3 («sexta etapa de este feliz Principado, en la que Vespasiano ejerce su labor bienhechora…»), podemos sacar la conclusión de que la aludida conversación habría tenido lugar hacia el 75, es decir, tendría Tácito unos veinte años.

Pues bien, creemos que tuvo que pasar un espacio de tiempo lo suficientemente amplio como para justificar el que «necesite memoria y recuerdo», y esa expresión, ese «matiz de nostalgia», como dice Bardon, del «siendo yo muy joven». Igualmente, por lo que respecta a la fecha aproximada de la composición, Bardon[2] establece, creemos que con sólidos argumentos, que el *Diálogo* es

posterior a la *Institución Oratoria* de Quintiliano; si para ésta se ha establecido entre el 93 y el 96, para el *Diálogo* podría señalarse hacia el 97. En efecto, muchos estudiosos la señalan como contemporánea de las otras dos obras menores, aunque algo anterior, por razones de estilo; ya hemos visto cómo este tipo de razones no son válidas, aparte de que en este caso la rapidez con que habría evolucionado nuestro autor sería asombrosa.

Lo que sí pueden descartarse son fechas claramente anteriores, como el 81, sostenida por otros autores (como Gudeman). Pensamos que el 97 sería un término *post quem*. Syme[3] propone una entre el 101 y el 102, que coincidiría con el consulado de Fabio Justo, al que se dirige en el exordio de la obra, y otros autores llegan hasta el 107; se basan fundamentalmente en razones históricas: el criticar a ciertos delatores sería más factible cuanto más lejana quedara la época de Domiciano y los Flavios; igual argumento, aunque al revés, utiliza Bornecque para situar la obra en el 81; observemos que en un caso o en otro habría que referirse a la publicación.

Nosotros creemos más acertado aducir razones de contenido. Ya hemos dicho, e insistiremos en ello, que los juicios emitidos a lo largo de la obra, tanto literarios, como sociales y políticos, hacen pensar en una obra de madurez, quizá no posterior a las *Historias* (hacia el 106), pero sí posterior a la *Germania* y al *Agrícola*. La publicación, así las cosas, podría haber sido inmediata.

Los interlocutores

Materno, gran abogado, intenta dar otro rumbo a su vida; se ha llegado a decir que es el portavoz de las ideas de Tácito; si no de todas las ideas, sí refleja su encrucijada vital.

Mesala, hábil abogado en su tiempo, aunque defensor de la antigua elocuencia, también reflejaría las ideas de Tácito.

Marco Apro, de las Galias, tal vez tribuno de Claudio en Britania. También nos hace entrever algo de Tácito. En definitiva, en el desgarro que nuestro autor siente a una cierta edad, los diversos fragmentos toman vida en esta obra, cada cual por su lado.

Julio Secundo, discípulo del famoso orador Floro y amigo de Quintiliano. Se piensa que su intervención corresponde a la laguna existente entre el capítulo 35 y el 36; podría ser que no hubiera participado oralmente.

Estructura y asunto de la obra

La introducción y, sobre todo el final, son muy breves. Tras una comparación entre la poesía y la oratoria, defendidas, respectivamente, por Materno y Apro, acude Mesala a casa del primero y establece claramente que la oratoria está en decadencia; Apro lo rebate; cuando Mesala va a responderle, Materno le invita a que hable sobre las causas del declive, lo que ocupa menos de quince capítulos, cosa extraña si éste fuera el tema de la obra. Pero no lo es. Vamos a hablar de ello sin ahondar demasiado, dada su enorme complejidad.

Kennedy nos transmite las ideas siguientes[4]: 1) Cuando no hay democracia real, hay que encubrir tal situación con palabras; la oratoria se aplica, incluso, a otras formas de la literatura; la expresión literaria se complica, porque no se puede hablar con claridad. 2) En el Imperio no hay *aemulatio*, sino *imitatio*; a los niños hay que entrenarlos para medrar, de acuerdo con la nueva situación política. 3) Todo se ha burocratizado e institucionalizado; la oratoria ha perdido fuerza, al no estar en contacto con la realidad.

Bonner insiste en los factores políticos, pero orientándolos hacia un campo ya puramente literario-social[5]. Ya nos advierte la norteamericana Fantham[6] que el cargar toda la responsabilidad en un régimen político concreto no es muy acertado.

El examen que García Calvo[7] hace sobre las circunstancias históricas de la producción poética y literaria es muy revelador. Recomendamos leerlo con detenimiento y fijarse especialmente en las páginas 26-28. Nosotros nos atreveríamos a establecer aquí el principio de que la oratoria muere en cuanto se fija por escrito; ya no se practica la de antes; se la estudia, con lo cual se va a producir otra distinta, que ya no sería tal oratoria, sino un género o subgénero nuevo y, como consecuencia, se introduce en las mentes la tendencia a incluir todo lo que nos tropecemos en alguna casilla. Pues bien, esto es lo que quiere decir Materno: que el hombre es plural e irreductible por naturaleza; que el Poder se encuentra muy incómodo, si ello es así; hay que burocratizarlo todo, por tanto, y crear una oratoria adecuada; suprime la escuela de la vida y crea una convencional e institucionalizada.

Pero Tácito, ¿qué pensaba? Porque las críticas de Apro a Cicerón, por ejemplo, no son rebatidas por ninguno de los presentes. ¿Tampoco estaba de acuerdo con la literatura anterior, con toda la situación anterior? Pero ya vimos que eso no es todo. Bardon[8] se pregunta: «¿Se puede hablar del pensamiento de Tácito apoyándose en el *Diálogo*? Los personajes se enfrentan dialécticamente unos a otros. Las discusiones sobre si Secundo habría intervenido en la laguna entre el capítulo 35 y el 36 hacen ver las contradicciones de la obra.» Nosotros añadiríamos que las contradicciones están en el mismo Tácito. Llegado a un momento determinado de su carrera por la vida (no somos partidarios de la dicotomía de Bardon arte/vida), se autocuestiona sobre la eficacia de su propia existencia. Se ha dicho que sigue a Platón en el presentar una serie de temas en forma de diálogo; creemos que hay algo más: esa forma sería una reproducción de su dialéctica interna; su unidad anímica desgarrada queda fragmentada en los variados personajes de la conversación en esa de Materno. Por tanto, podríamos responder a Bardon diciendo que, aunque el *Diálogo* tal vez no sea la obra clave de Tácito desde el punto de vista literario, sí es la más sugerente para reconstruir su

mentalidad. Y lo que queda más claro es que su composición requiere una cierta madurez en el autor.

El texto

El arquetipo es el *Codex Hersfeldensis*, descubierto en el siglo XV, pero al parecer escrito en el XIII. De transcripciones desaparecidas de este códice provienen seis manuscritos importantes: 1) El *Vaticanus* 1.862: contiene la *Germania*, un fragmento de Suetonio y el *Diálogo*. 2) El *Leidensis Perizonianus*, que coincide con el anterior en puntos en que los demás difieren; el mismo contenido, aunque aquí el *Diálogo* figura el primero. 3) El *Vaticanus* 1.518: una biografía de Horacio, un comentario de Porfirio, un fragmento de Suetonio, el *Diálogo* y la *Germania*. 4) El *Farnesianus* o *Neapolitanus*: contiene los libros XI al XVI de los *Anales*, las *Historias*, el *Diálogo*, la *Germania* y un fragmento de Suetonio. 5) El *Ottobonianus* 1.455: se creía copia del anterior y hoy se considera independiente. 6) El *Vaticanus* 4.498: el fragmento de Suetonio, el *Agrícola*, el *Diálogo* y la *Germania*, tiene el mismo origen que el Farnesianus. Puede añadirse el *Vindobonensis* 711, del que consta un parentesco estrecho con el *Ottobonianus*.

DIÁLOGO SOBRE LOS ORADORES

A menudo me preguntas, Justo Fabio, por qué, mientras los **1**
siglos pasados florecieron con el ingenio y la gloria de tantos
oradores eminentes, nuestra época, abandonada y privada del
renombre de la elocuencia, a duras penas conserva siquiera el
nombre mismo de orador; pues no catalogamos así sino a los
antiguos; en cambio, a los hombres elocuentes de ahora se les llama
abogados, patronos o cualquier otra cosa antes que oradores.
Responder a tus insistentes preguntas y asumir el peso de una 2
cuestión tan importante que tendría que pensarse mal sobre mi
inteligencia, si no puedo conseguirlo, o sobre mi criterio, si no
quiero, a tal cosa, digo, no me atrevería si tuviera que exponer mi
opinión y no me bastase con repetir la conversación de hombres
muy elocuentes para lo que hay en nuestra época, a los que oí
tratando esta misma cuestión siendo yo muy joven. Y así, no
necesito inteligencia, sino memoria y recuerdo para, sin alterar el 3
orden de la discusión, reproducir ahora con las mismas divisiones y
sistemática los pensamientos sutiles, expuestos con autoridad, que
escuché a unos hombres muy ilustres y que aportaban opiniones
diversas, aunque todas ellas plausibles, conforme se lo dictaba la
inteligencia y carácter de cada cual. Desde luego, no faltó quien 4
sostuviera la postura contraria y, tras criticar y burlarse claramente
de lo pasado, antepusiera la elocuencia actual al talento de los
antiguos.

Al día siguiente de haber leído en público Curiacio Materno su **2**
Catón[1], como anduviérase comentando que había ofendido a los
poderosos, porque —decían— en el argumento de la tragedia había

pensado sólo como Catón, olvidándose de sí mismo, y como quiera
que este asunto era el tema de muchas conversaciones en la ciudad,
fueron a visitarlo a su casa Marco Apro y Julio Secundo, talentos los
más famosos de nuestro foro por aquel entonces. Entusiasmado
escuchaba yo a ambos en los juicios y los seguía en su actividad
privada y pública, con enorme afición por instruirme y con cierto
ardor juvenil por empaparme de sus conversaciones familiares, de
sus discusiones y de sus más reservados ejercicios oratorios, aunque
muchos opinaban malintencionadamente que Secundo tenía poca
capacidad de improvisación y que Apro había logrado fama de
elocuente más por sus dotes naturales que por formación y estudios. 2
En realidad, Secundo era de estilo correcto, conciso y, en la medida
de lo posible, fluido. Apro, por su parte, dotado de gran erudición,
no desconocía, sino que despreciaba, la cultura literaria, entendiendo
que conseguiría una mayor gloria para su quehacer y esfuerzo si su
ingenio se manifestaba sin el apoyo de técnicas ajenas.

Así pues, cuando entramos en el dormitorio de Materno, lo **3**
sorprendimos sentado y con un libro entre las memos; el mismo que
había leído el día anterior.

Entonces Secundo le dijo: «Materno, ¿no te dan miedo, en 2
absoluto, las habladurías de los mezquinos, y no te impiden apreciar
incluso las molestias que ha ocasionado tu *Catón*? ¿O cogiste ese
libro precisamente para revisarlo con más esmero y una vez
eliminado todo lo que dio pábulo a una torcida interpretación, dar a
conocer un *Catón*, si no mejor, sí, en todo caso, menos
comprometido?» A lo que aquél contestó: «Cuando lo leas, 3
comprenderás lo que Materno se debe a sí mismo y podrás
reconocer lo que oíste. Porque si Catón ha omitido algo, lo dirá
Tiestes en una próxima lectura, pues ya le he dado estructura y
forma en mi cabeza a esta tragedia. Por eso me apresuro a poner a
punto la edición de este libro, para que, eliminada la preocupación
por este primer asunto, pueda dedicarme con todo mi esfuerzo a
nuevos proyectos.»

«¿Hasta tal punto no te hastían esas tragedias —intervino Apro 4
— que, dejando a un lado los afanes por los discursos y las causas judiciales, consumes todo tu tiempo, hace poco en *Medea* y ahora en *Tiestes*, mientras que los procesos de tantos amigos, las clientelas de tantas colonias[2] y municipios te reclaman en el foro, a los que a duras penas darías abasto, incluso sin haberte buscado por tu cuenta una nueva ocupación, el añadir a las leyendas de los griegos a Domicio[3], y a Catón, es decir, hechos de nuestra historia y nombres romanos?».

Materno respondió: «Me desconcertaría esta severidad tuya, si la **4**
frecuente y asidua discusión entre nosotros no la hubiera convertido ya casi en costumbre. Pues ni tú dejas de atacar y de hostigar a los poetas y yo, a quien echas en cara el abandonar la abogacía, ejerzo
este diario patrocinio de defender frente a ti la labor poética. Me 2
alegro más, por tanto, de que se nos haya ofrecido la oportunidad de un juez que me prohíba hacer versos en el futuro o, lo que deseo ya hace tiempo, me induzca con su propio prestigio a que, abandonando las limitaciones de las causas judiciales, en las que he sudado lo suficiente y más, cultive aquel género literario más noble e ilustre.»

«Pues yo —dijo Secundo—, antes de que Apro me recuse como **5**
juez, haré lo que acostumbran los jueces honestos y escrupulosos: excusarme de entrar a conocer sobre aquellos asuntos en los que una
de las partes goza manifiestamente de sus preferencias. Pues ¿quién 2
ignora que, por una vieja amistad y por la asiduidad de nuestras relaciones, nadie está más compenetrado conmigo que Saleyo Baso[4], hombre excelente y poeta extraordinario? Es más, si el acusado es el arte poética, no veo otro reo más acaudalado.»

«Esté tranquilo Saleyo Baso —respondió Apro—, lo mismo que 3
cualquier otro que cultive la afición por la poesía y busque la gloria que proporcionan los versos, aunque no puedan promover litigios. Por mi parte, dado que podemos contar con un árbitro para esta causa, no permitiré que Materno sea defendido en consorcio, sino que, de entre todos, voy a acusarle sólo a él, porque, con dotes

innatas para la expresión recia de la oratoria, con las que puede adquirir y conservar amistades, ganarse agradecimientos, atraerse provincias enteras[5], desatiende una tarea que no se puede comparar con ninguna otra en nuestra ciudad; ni por su eficacia utilitaria, ni por el gozo, si nos limitamos a su índole placentera, ni por la dignidad que comporta, ni por la belleza, si se atiende a la fama en Roma, ni por su prestigio, si lo que se pretende es la notoriedad en todo el Imperio y en todas las naciones. Pues si todos nuestros 4
proyectos y actuaciones han de estar dirigidos a la utilidad de la vida, ¿qué hay más seguro que ejercitar ese arte con cuyas armas, siempre dispuestas, proporcionas protección a los amigos, ayuda a terceros, salvación a los que peligran e, incluso, miedo y terror a los envidiosos y enemigos, y, por tu parte, estás siempre seguro y como protegido por un poder y autoridad permanentes?

»Su fuerza y utilidad se descubren en las situaciones favorables 5
por el refugio y defensa que presta a los demás. Pero si es nuestro propio peligro el que resuena sobre nuestras cabezas, no hay coraza ni espada que sea más firme defensa en la batalla que lo es la elocuencia para el reo que se halla en peligro; instrumento de defensa y ataque al tiempo, con el que, indistintamente, puedes repeler un ataque y contraatacar en el tribunal, en el senado, o ante el príncipe. ¿Qué otra cosa opuso hace poco Eprio Marcelo[6] a los 6
senadores que le eran hostiles sino su elocuencia? Ceñido con ella y desafiante, pudo burlarse de la filosofía de Helvidio, elocuente, desde luego, pero a la que le faltaba experiencia y práctica en ese tipo de confrontaciones. No necesito insistir sobre su utilidad, aspecto en el que, creo, mi amigo Materno no va a contradecirme en absoluto.

»Voy a referirme ahora al placer que produce la elocuencia digna **6**
de un buen orador; su deleite no surge en algún momento aislado[7],
sino casi todos los días y a casi todas las horas. Desde luego, para un 2
ánimo libre, sincero y naturalmente dispuesto para los placeres honestos, ¿qué otra cosa más dulce que ver su casa siempre llena y concurrida por la afluencia de los hombres más eminentes, y saber

que esta situación no se debe a su dinero ni a su falta de descendencia[8] ni a que ocupe un cargo oficial, sino a sí mismo? Es más, los mismos ancianos sin herederos, los ricos y los poderosos acuden con frecuencia a un hombre joven y pobre para confiarle sus propios problemas o los de sus amigos. ¿Es que de entre los placeres 3
que proporcionan las riquezas cuantiosas y las grandes influencias hay alguno tan importante como el ver a hombres con experiencia y edad y favorecidos por el respeto general confesando, en medio de la mayor abundancia, que no poseen lo mejor de todo?

»Y luego, ¡qué comitiva de togados[9] al salir de casa! ¡Qué 4
impresión al aparecer en público! ¡Qué respeto se le dispensa en los tribunales! ¡Qué alegría el levantarse y permanecer de pie en medio de un grupo de hombres callados y que dirigen sus miradas hacia él sólo! ¡Congregar al pueblo y formar en derredor un círculo de oyentes que recogen cualquier sentimiento que el orador haya querido inspirar!

»Y sólo enumero de entre los gozos de la palabra los muy 5
conocidos y evidentes incluso a los ojos de los profanos. Aquellos otros íntimos, conocidos únicamente por los propios oradores, son los más inefables. Si se pronuncia un discurso cuidado y meditado, hay una cierta gravedad y serenidad en el gozo, como ocurre con el discurso mismo. Si se expone, no sin alguna alteración de ánimo, un nuevo y reciente trabajo, la misma inquietud aumenta el valor del resultado y potencia el placer del éxito.

»Pero el principal atractivo está en la audacia y hasta en la 6
temeridad de la improvisación, pues en el terreno del intelecto, como en el campo, aunque es agradable lo que se siembra y se cultiva largo tiempo, con todo, es más placentero lo que nace espontáneamente.

»Por lo que a mí se refiere, debo decir que el día en que se me 7
confirió el laticlavo o aquél en que, siendo hombre nuevo[10], y nacido en una ciudad en absoluto favorable, obtuve la cuestura, el tribunado o la pretura, no fueron tan alegres como aquellos en los que, en la medida de mis cortas facultades oratorias, me es dado

defender con éxito a un reo, exponer felizmente mi informe ante los
centúmviros[11], o proteger y defender ante el príncipe[12] a los
propios libertos y procuradores imperiales[13]. Me parece entonces
que me elevo por encima de los tribunados, preturas y consulados; 2
que poseo lo que, si no tiene su origen en otra parte, ni se concede
por decreto ni llega gracias a las influencias.

»Pues bien, ¿qué arte proporciona una fama y un elogio que 3
puedan ser comparados con la gloria de los oradores? ¿No son
ilustres en la Ciudad no sólo entre los que andan absorbidos por sus
asuntos y ocupaciones, sino incluso entre la gente desocupada y
entre los jóvenes con tal que posean un carácter noble y una recta 4
esperanza en ellos mismos? ¿Qué nombres son los que inculcan
primero los padres a sus hijos? ¿A cuáles otros llaman por su
nombre cuando pasan por la calle y los señalan con el dedo, incluso
la gente ignorante y ese pueblo que viste túnica[14]? Hasta los
forasteros y peregrinos[15], tan pronto como llegan a la Ciudad,
buscan y desean, yo diría, reconocer a aquellos de los que ya han
oído hablar en sus municipios y colonias respectivas.

»Me atrevería a sostener que este Eprio Marcelo, del que he **8**
hablado hace un momento, y Crispo Vibio[16] (uso más
gustosamente ejemplos nuevos y recientes que lejanos y borrados
del recuerdo) no son menos importantes en las regiones más
apartadas de la tierra que en Capua o en Vercelli, donde se dice que
nacieron. Y no les proporcionan esta fama doscientos millones de 2
sestercios al uno y trescientos al otro (si bien es verosímil que hayan
adquirido tales sumas por la gratificación a su elocuencia), sino la
elocuencia misma, cuyo numen y fuerza divina ha dado a conocer a
lo largo de los tiempos muchos ejemplos acerca de qué fortuna
pueden alcanzar con la fuerza de su talento los hombres; pero éstos,
como he dicho antes, los tenemos muy cerca y pueden conocerse, no
de oídas, sino con nuestros propios ojos. En efecto, cuanto más 3
humilde e ínfimo fue su nacimiento y cuanto más notable fue la
pobreza y lo precario de la situación que los rodeó al nacer, tanto
más ilustres son sus ejemplos para demostrar la utilidad de la

oratoria, porque sin apoyo en su linaje, sin fortuna que los respalde, sin sobresalir ninguno de los dos por sus hábitos y nada favorecido uno de ellos por su aspecto físico, son durante muchos años ya los más influyentes de la ciudad y, mientras quisieron, los príncipes del foro, y ahora son los primeros en la amistad del César, tienen todo en sus manos y son apreciados por el mismo príncipe con un especial respeto, porque Vespasiano, anciano venerable[17] y que no se ofende nunca con la verdad, se dio perfecta cuenta de que, mientras sus restantes amigos se apoyaban en lo que habían recibido de él mismo y en lo que estaba dispuesto a acumular en ellos mismos o destinar a otros, Marcelo y Crispo hablan aportado con su amistad lo que no habían recibido, ni podía serlo, del Príncipe.

»Entre tantas y tan estimables ventajas ocupan un lugar 4
insignificante los medallones[18], las inscripciones de elogio y las estatuas[19], objetos que, de todas formas, no se desdeñan, por supuesto, en igual grado que las riquezas y los bienes, de los que encuentras más fácilmente detractores que gente que los desprecie. En cualquier caso, podemos ver cargadas de honores, distinciones y riquezas las casas de quienes, desde el comienzo de su juventud, se entregaron a las causas forenses y a su afición por la oratoria.

»Las poesías y los versos, en los que Materno desea consumir **9**
toda su vida (de ahí, en efecto, ha arrancado toda la conversación),
ni proporcionan a sus autores dignidad alguna ni acrecientan su
bienestar material; consiguen, eso sí, un placer efímero, una loa
inútil e infructuosa. Aunque tus oídos, Materno, rechacen esto y lo 2
que voy a decir ahora, ¿a quién beneficia el que en tus obras un
Agamenón o un Jasón hablen elocuentemente? ¿Quién, en su
consecuencia, vuelve a su casa defendido y sintiéndose obligado
para contigo? ¿Quién acompaña hasta su casa, saluda o sigue a todas
partes a nuestro común amigo Saleyo, excelente poeta, o, si es éste
un título más honroso, un ilustrísimo vate?[20].

»A buen seguro que si un amigo o pariente suyo, si él mismo 3
incluso llega a verse envuelto en algún compromiso, recurrirá a Secundo, aquí presente, o a ti, Materno, pero no porque eres poeta ni

para que hagas versos en su honor; y es que éstos nacen en la propia
casa de Baso, hermosos y atractivos, sin duda, pero cuyo resultado
consiste en que, tras estar durante todo un año día tras día y gran
parte de las noches forjando y puliendo hasta conseguir componer
un solo libro, encima se ve obligado a rogar y andar con zalamerías
para encontrar quien se digne escucharlo y ni siquiera esto le sale
gratis, pues debe tomar prestada una casa, preparar una sala, alquilar
las sillas y repartir las invitaciones. Y aunque la lectura obtenga un 4
muy feliz resultado, toda la alabanza se limita a uno o dos días,
como cortada en hoja o arrancada en flor, antes de tiempo, sin llegar
a dar fruto seguro ni duradero; ni de ello se obtiene amistad,
clientela o gratitud que permanezca en el ánimo de nadie, sino un
griterío impreciso, elogios estériles y gozo pasajero. Recientemente 5
hemos alabado, como admirable y excelente que era, la generosidad
de Vespasiano, porque había donado a Baso quinientos mil
sestercios. Hermoso es esto, sin duda, merecer la indulgencia del
príncipe gracias al propio talento. Sin embargo, ¡cuánto más bello
es, si así lo exige la situación económica, halagarse a sí mismo,
ganarse la protección de su propio genio[21], poner sólo a prueba la
propia generosidad! Añade el que los poetas, si es que pretenden
elaborar y conseguir algo digno, deben dejar el trato con los amigos
y los atractivos de la Ciudad, abandonar las demás ocupaciones y,
como ellos mismos dicen, retirarse a bosques y sotos[22], es decir, a
lugares solitarios.

»Ni siquiera la buena reputación y la fama, únicos logros a los **10**
que se someten y que, según propia confesión, son el único premio a
todos sus esfuerzos, acompañan por igual a los poetas que a los
oradores, pues nadie conoce a los poetas sin relieve y pocos a los
buenos. ¿Cuándo llega a todos los rincones de la Ciudad la noticia 2
de esas extraordinarias lecturas? Y no digamos de su difusión en un
número tan grande de provincias. ¿Cuántos de los que llegan de
Hispania o de Asia —por no hablar de nuestros paisanos, los galos
— preguntan por Saleyo Baso? E incluso, si lo hacen, una vez lo
han visto, se marchan tan satisfechos, lo mismo que si hubieran

contemplado alguna pintura o estatua. Y no quiero que se interpreten
mis palabras como si pretendiera apartar de la poesía a los que su 3
naturaleza les negó aptitudes oratorias, si pueden entretener sus
ratos libres con estas aficiones y, de paso, introducir su nombre en
las conversaciones de todos.

»Considero sagrada y digna de respeto toda la literatura en cada 4
una de sus manifestaciones; no sólo vuestro coturno[23] o la
sonoridad de un canto heroico, o, en el otro extremo, la gracia de la
lírica, los juegos de los elegiacos, la acritud de los yambos, las
bromas de los epigramas, cualquier otro género literario, en fin, creo
que debe anteponerse a la práctica de las demás artes. Pero el 5
motivo de mi discusión contigo, Materno, es que, aunque tus dotes
te llevan hasta la misma cima de la elocuencia, prefieres desviarte y,
aun siendo capaz de alcanzar lo más alto, te detienes en lo más
intrascendente. Si hubieras nacido en Grecia, donde también es
honroso practicar los juegos deportivos, y si los dioses te hubieran
concedido la fuerza de un Nicóstrato[24], no permitiría que aquellos
músculos potentes y destinados a luchar perdieran su potencia con la
suavidad del lanzamiento de la jabalina o el disco; pues bien, del
mismo modo te reclamo desde las salas de lectura y los teatros[25] al
foro y los pleitos, a las auténticas luchas; sobre todo porque ni
siquiera puedes recurrir a aquello a lo que se acogen muchos, que la
actividad poética se presta menos a la ofensa que la de los oradores. 6
La fuerza de tus extraordinarias aptitudes hierve y se desborda, y
ofendes, no por un amigo sino, lo que es más peligroso, por Catón.
Y no pueden excusar la ofensa las obligaciones de tu oficio o tu
profesionalidad como abogado, o el ímpetu de un parlamento casual
y repentino; da la sensación de que has elegido premeditadamente
un personaje notable y que hablará con todo el peso de su prestigio. 7
Creo adivinar la posible respuesta: que de ahí provienen las grandes
adhesiones, el que esto es lo que, sobre todo, se elogia precisamente
en las salas de lectura y en seguida está en boca de todos. Elimina,
por consiguiente, la excusa de la tranquilidad y la ausencia de
riesgo, puesto que te estás buscando un enemigo superior a ti. Ya

tenemos bastante con intervenir en las controversias privadas y 8
actuales, en las que, si alguna vez es inevitable ofender los oídos de los poderosos por un amigo en peligro, podemos hallar respaldo para nuestra lealtad y excusa a nuestra franqueza.»

Tras haber dicho Apro estas cosas, según su costumbre, con **11**
mucha fogosidad y con el rostro crispado, habló Materno en tono apacible y sonriendo: «Me disponía a acusar a los oradores empleando un tiempo no menor que el de Apro para alabarlos, pues pensaba que, al terminar con el elogio de aquéllos, atacaría a los poetas y echaría por tierra la afición a los versos; pero me ha suavizado la situación con cierta habilidad, concediendo que hagan versos los que no pueden defender pleitos.

»Yo, por mi parte, así como al intervenir en litigios puedo 2
conseguir y lograr, tal vez, algo con esfuerzo, así también inicié con buen pie el camino de la fama con la lectura de mis tragedias, puesto que, evidentemente, con mi *Nerón*[26] quebranté el poder de Vatinio[27], deshonesto y profanador de lo más sagrado de la cultura; en la actualidad, si hay en mi persona algo de reputación y nombre, pienso que se ha conseguido más por la fama de mis versos que por
la de mis discursos. He decidido ya apartarme de las fatigas del foro 3
y no añoro esos cortejos al salir de mi casa ni la multitud que acude a saludarme, ni tampoco esos bronces y medallones que, sin yo quererlo, irrumpieron en mi casa. La inocencia protege la situación
social y la tranquilidad personal más que la elocuencia. Y no temo 4
tener que hablar en el senado, si no es con ocasión de un conflicto ajeno.

»En cuanto a los bosques y espesuras e incluso aquella vida **12**
retirada que censuraba Apro, me causan tan gran deleite que cabría enumerar entre los principales frutos de mis versos el que no los compongo en medio del estrépito, ni con el litigante sentado a la puerta, ni entre la suciedad y lágrimas de los acusados, sino que mi
ánimo se retira a lugares puros y sin maldad, y disfruta en esas 2
santas moradas. Ésta es la cima de la literatura[28], éste es su santuario. Con este aspecto y atavío se introdujo por vez primera

para bien de los mortales en aquellos pechos castos y sin contaminar por vicio alguno. Así es como hablaban los oráculos. Pues la modalidad de esta elocuencia lucrativa y sanguinaria[29] es reciente, nacida de la depravación de las costumbres y, así lo decías tú, Apero, utilizada como arma ofensiva.

»Aquel afortunado siglo, y para hablar a nuestro estilo, aquel 3
tiempo áureo, desprovisto de oradores y acusaciones, era abundante en poetas y vates para cantar los hechos gloriosos, no para defender
las acciones nefastas. Nadie tenía una mayor gloria o un puesto de 4
privilegio más elevado que ellos; primeramente, ante los dioses, cuyas respuestas, se decía, interpretaban, y también que asistían a sus banquetes; después, ante aquellos famosos hijos de dioses y ante los reyes santos, entre los que no hemos oído nombrar a ningún
causídico, sino a Orfeo y a Lino[30] y, si quieres remontarte más 5
lejos, al mismo Apolo. Pero si esto te parece legendario e imaginario en exceso, me concederás, Apro, que Homero obtiene entre la posteridad un puesto no menor que Demóstenes, y que la fama de Eurípides o Sófocles no se encuentra en unos límites más estrechos
que la de Lisias o Hipérides[31]. Hoy por hoy, encontrarás más 6
detractores de la gloria de Cicerón que de la de Virgilio; y ningún libro de Asinio o Mesala es tan célebre como la *Medea* de Ovidio o el *Tiestas* de Vario.

«Tampoco temería comparar la suerte de los poetas y aquel su **13**
afortunado trato con las Musas[32] con la vida desasosegada y tensa de los oradores. Puede que las luchas y sus propios peligros los promuevan hasta el consulado; yo prefiero el retiro tranquilo y seguro de Virgilio[33], situación en que no careció, sin embargo, de ascendiente a los ojos del divino Augusto ni de fama entre el pueblo
de Roma. Testimonio de ello son las cartas de Augusto, testigo 2
también el mismo pueblo, que, al escuchar unos versos de Virgilio en el teatro, se levantó como un solo hombre y, hallándose a la sazón presenciando el espectáculo, le rindió homenaje, como podría hacerlo con Augusto.

»Ni tampoco, en nuestra época, Secundo Pomponio[34] cedería a 3
Afro Domicio[35] en consideración social ni en la solidez de su
fama. Pues ese Crispo y ese Marcelo, cuyos ejemplos me propones, 4
¿qué tienen de apetecible en su suerte?: ¿que temen o se les teme;
que siendo objeto de súplicas diariamente, les odian los mismos a
los que favorecen; que, obligados por toda clase de adulaciones,
nunca aparecen suficientemente siervos a los ojos de los que
mandan ni suficientemente libres a los nuestros? ¿Qué clase de
supremo poder es el suyo? El de los libertos imperiales suele estar al
mismo nivel.

»En cambio a mí, alejado de las angustias, de las preocupaciones 5
y de la obligación de hacer a diario algo contra mi voluntad,
llévenme las "dulces Musas", como dice Virgilio, a aquellas
moradas santas, a aquellas fuentes, donde no tenga que afrontar por
más tiempo, tembloroso, el foro insensato y resbaladizo y la 6
popularidad agotadora. No me perturbará el griterío de los que van a
saludarme, ni tampoco el liberto jadeante; ni intranquilo por el
futuro, tendré que otorgar testamento como garantía[36]; ni quiero
poseer más de lo que pueda dejar a quien yo quiera; y "cuando me
llegue el día señalado por el destino", me gustará que mi imagen en
el túmulo no sea triste ni siniestra, sino alegre y coronada de flores;
y que nadie presente propuesta alguna en el senado ni suplique al
emperador para perpetuar mi memoria.»

Apenas había terminado Materno, con fogosidad y como **14**
inspirado, cuando entró en su habitación Vipstano Mesala y,
sospechando por la tensa expresión de los contertulios que tenían
entre manos un tema muy importante, exclamó: «¿Os he
interrumpido en un mal momento, deliberando sobre algún asunto
reservado o preparando algún caso judicial?»

«No, en absoluto —dijo Secundo—; es más, por mi gusto podías 2
haber llegado mucho antes; te hubiera deleitado la muy cuidadosa
disertación de nuestro querido Apro, con la que ha exhortado a
Materno a que emplee todo su talento y esfuerzo en la abogacía, y la
refutación de Materno en favor de sus versos, entusiasta y tal como

conviene a la defensa de los poetas, bastante atrevida y más cercana al lenguaje de la poesía que al de la oratoria.»

«Indudablemente —dijo Mesala—, tal conversación me habría 3
producido un enorme placer. Y me seduce el hecho mismo de que vosotros, personas tan distinguidas y los mejores oradores del momento, ejercitéis vuestro talento no sólo en los asuntos forenses y en ejercicios declamatorios, sino que acometáis también cuestiones de esta clase, que, además de alimentar vuestro intelecto, proporcionan un muy alegre pasatiempo de erudición literaria no sólo a vosotros, que mantenéis tales discusiones, sino a aquellos a
cuyos oídos puedan llegar. Con estas premisas, entiendo, a fe, que se 4
elogia en ti, Secundo, el que, al componer la biografía de Julio Africano[37], hayas infundido en la gente la esperanza de que aparecerán muchos libros de interés similar; y no menos elogiable es en Apro el que no haya dejado aún las controversias de escuela y prefiera emplear su ocio a la manera de los nuevos retóricos y no a la de los antiguos oradores.»

A lo que Apro replicó: «No cesas de admirar. Mesala, sólo lo **15**
pasado y antiguo y de reírte, en cambio, y de despreciar las actividades de nuestra época. Ya te he oído muchas veces estas mismas palabras, con las que, olvidándote de tu propia elocuencia y la de tu hermano, pretendías la inexistencia de oradores actuales, tanto más audazmente cuanto que no temías las críticas de los maliciosos, al rechazar para ti mismo la gloria que otros te conceden.»

«Pues no me arrepiento de tales palabras —dijo Mesala—, ni 2
creo que Secundo, Materno o tú mismo, Apro, opinéis de forma distinta, aunque a veces discutas en términos opuestos. Y quisiera conseguir de alguno de vosotros que investigara y expusiera las
causas de esta enorme diferencia, sobre la que yo mismo me 3
interrogo con gran frecuencia. Lo que para algunos es un motivo de consuelo, en mí aumenta mi perplejidad, porque veo que también entre los griegos ha ocurrido que Sacerdote Nicetes[38] y todos los que alborotan a Éfeso o Mitilene con el coro de aclamaciones de sus

discípulos, está más lejos de Esquines o Demóstenes que Afro, Africano o vosotros mismos respecto a Cicerón o Asinio.»

«Has suscitado —intervino Secundo— una cuestión importante **16**
y digna de tratarse. Pero ¿quién la expondrá con más justeza que tú, en quien una cuidadosa reflexión ha venido a añadirse a una gran erudición y a un talento muy aventajado?»

«Os descubriré —continuó Mesala— lo que pienso si llego a 2
conseguir antes de vosotros que me ayudéis en mi exposición.»

«Lo prometo en nombre de los dos —dijo Materno—, pues tanto 3
yo como Secundo trataremos aquellos puntos que, a nuestro entender, hayas dejado, no por omisión, sino para que los toquemos nosotros. Que Apro suele disentir, ya lo dijiste hace poco y está claro que prepara tiempo ha sus armas contra nosotros, y que no soporta con buen talante nuestro acuerdo en alabar a los antiguos.»

«Desde luego —confirmó Apro— no estoy dispuesto a consentir 4
que nuestra época sea condenada por esta conspiración vuestra, sin que haya sido oída ni defendida. De momento, debo preguntaros a
quiénes llamáis “antiguos”, qué época determináis con esa palabra; 5
pues cuando oigo “antiguos”, me hago la idea de gentes nacidas en un pasado muy remoto, y aparecen ante mis ojos Ulises y Néstor, cuya época precede a la nuestra en mil trescientos años, más o menos; vosotros, en cambio, citáis a Demóstenes e Hipérides, que, como es bien sabido, sobresalieron en tiempos de Filipo y Alejandro, a los que incluso sobrevivieron ambos Esto hace que
entre nuestra época y la de Demóstenes no medien mucho más de 6
trescientos años. Este espacio de tiempo, si lo comparamos con la debilidad de nuestros cuerpos, quizá parezca largo; pero en relación con la naturaleza de los siglos y a la consideración de este tiempo infinito, es muy breve y lo tenemos muy próximo; pues si, como
Cicerón escribe en su *Hortensio*[39], un año grande, auténtico[40], es 7
aquel en que la posición del cielo y de los astros volverá a ser exactamente la misma que la de ahora, y tal año abarca doce mil novecientos cincuenta y cuatro de los que nosotros llamamos años[41], vuestro Demóstenes, al que suponéis viejo y antiguo,

comienza a existir no sólo en el mismo año que nosotros, sino hasta en el mismo mes.

»Pero pasemos a los oradores latinos; entre éstos, supongo, no **17**
soléis poner a Menenio Agripa[42] (que puede ser considerado antiguo) por delante de los hombres elocuentes de nuestra época, sino a Cicerón, César, Celio, Calvo, Bruto, Asinio y Mesala[43]; y no veo por qué motivo situáis a éstos en períodos anteriores, en lugar de en el actual.

«Pues, por referirme al mismo Cicerón, fue asesinado bajo el 2
consulado de Hircio y Pansa el siete de diciembre, como escribe su
liberto Tirón, año en el que el divino Augusto sustituyó en el
consulado a Pansa e Hircio por Quinto Pedio y él mismo[44]. Pon 3
cincuenta y seis años, durante los que rigió la República el divino Augusto; añade veintitrés de Tiberio y casi cuatro de Gayo; catorce de Claudio y otros tantos de Nerón y aquel largo, aunque uno sólo, de Galba, Otón y Vitelio, y, finalmente, la sexta etapa de este feliz Principado, en la que Vespasiano ejerce su labor bienhechora sobre la república: desde la muerte de Cicerón hasta hoy hacen un total de
ciento veinte años[45]; la vida de un hombre; nada más. Pues yo vi 4
con mis propios ojos en Britania a un anciano que, según confesaba, había intervenido en la guerra con la que intentaron rechazar y
expulsar de sus costas a César[46], que se disponía a invadir el país. 5
Así que si a aquél, que hizo frente a César con las armas, el cautiverio, sus propios deseos o el destino le hubieran arrastrado a la Ciudad, habría podido oír a César y Cicerón en persona, y asistir igualmente a nuestros pleitos.

»Por cierto que vosotros mismos visteis, en la última 6
distribución de dinero, a muchos ancianos que decían haber recibido
tales repartos del divino Agusto[47] con cierta frecuencia. De lo cual 7
puede deducirse que pudieron prestar su atención tanto a Corvino como a Asinio, dado que la actividad de Corvino continuó hasta la mitad del Principado de Augusto y la de Asinio casi hasta su final.

»De modo que no dividáis un siglo ni insistáis en llamar antiguos y gentes del pasado a oradores a los que los oídos de las

mismas personas pudieron escuchar y, por decirlo así, juntar y unir.

»He expuesto esto previamente para que, si por alguna fama y **18**
gloria de estos oradores[48], se obtiene buena reputación para su época, pueda yo demostrar que tal reputación se halla a caballo entre dos períodos y más próxima a nosotros[49] que a Servio Galba o a Gayo Carbón y a otros que hemos llamado con fundamento “antiguos”; son, en efecto, desagradables, sin pulir, rudos y toscos; ¡ojalá no los hubieran imitado en ningún aspecto vuestro Calvo, o Celio, o el mismo Cicerón!

»Y ahora quiero expresarme con más valentía y atrevimiento, 2
tras dejar sentado que se cambian con los tiempos las formas y los géneros de la oratoria. Así, Gayo Graco, comparado al viejo Catón, es de estilo más rico y exuberante; así, Craso[50] es más cuidadoso y elegante que Graco; Cicerón matiza más y es más distinguido y más elevado que cualquiera de los dos; Corvino es más suave, más dulce y trabaja más el vocabulario que Cicerón. No pregunto por el más
elocuente: de momento me conformo con haber probado que el 3
rostro de la oratoria no es único, sino que se pueden captar múltiples aspectos, incluso entre los que llamáis antiguos; que lo que es distinto no es necesariamente peor, y que es un defecto propio de la malicia humana el alabar siempre lo antiguo y sentir repugnancia por lo actual.

«¿Podemos dudar que hay quienes admiran a Apio el Ciego por 4
delante de Catón? Bien sabido es que ni siquiera a Cicerón le faltaron detractores, a los que les parecía vacío, ampuloso, poco
preciso, demasiado enfático, reiterativo y poco ático[51]. Habéis 5
leído las cartas de Calvo y Bruto a Cicerón, de las que puede desprenderse fácilmente que Calvo le pareció a Cicerón débil y seco, y Bruto superficial y desordenado; y que, a la inversa, Cicerón oyó hablar mal de él a Calvo, por ser, en su opinión, flojo y sin vigor, y en la opinión de Bruto (y por utilizar sus mismas palabras),
“débil y deslomado”. Si me preguntas, me parece que todos han 6
dicho verdad; pero examinaremos en seguida uno por uno. Ahora me voy a ocupar de todos en conjunto.

»En efecto, mientras que los arcaizantes suelen fijar como **19**
confín de la antigüedad *** a Casio[52], al que declaran culpable y
afirman que fue el primero en apartarse de aquel viejo y recto
sendero de la elocuencia, yo sostengo que adoptó otro tipo de estilo
oratorio no por falta de facultades ni por falta de cultura literaria,
sino tras meditarlo concienzudamente.

«Vio, como decía hace un momento, que la forma y la 2
presentación del discurso ha de cambiarse de acuerdo con las
circunstancias históricas, que provocan la aparición de un auditorio
diferente. Fácilmente soportaba aquel público de antes, por ser
ignorante y rudo, la duración interminable de aquellos discursos
farragosos y hacía objeto de sus alabanzas justamente al que 3
consumiera todo un día pronunciándolo. En efecto, tenían un puesto
de honor la larga preparación de los exordios, el hilo de la narración
buscado desde muy atrás, el alarde de las muchas divisiones, los mil
grados de las pruebas, y todos los preceptos de los aridísimos libros
de Hermágoras y Apolodoro[53]. Y si alguno parecía haber olfateado
la filosofía, insertaba algún principio de ésta en su discurso y era
ensalzado hasta el cielo. No es extraño: eran materias nuevas y 4
desconocidas y muy pocos de los propios oradores sabían los
preceptos de los retóricos o las sentencias de los filósofos.

»Pero a fe que, al estar ya todo esto divulgado y no quedar 5
fácilmente en el tribunal alguien que no esté, si no muy instruido en
los fundamentos de estas disciplinas, sí, por lo menos, bastante
iniciado, son necesarios nuevos y escogidos caminos para la
elocuencia, con los que el orador evite el hastío del auditorio; sobre
todo ante esos jueces que actúan con la fuerza que les proporciona
su cargo, no con arreglo a una preceptiva jurídica, y no aceptan
cualquier duración del discurso, sino que la establecen ellos mismos,
y no son partidarios de esperar al orador hasta que le plazca entrar
en el meollo del asunto, sino que muchas veces lo amonestan y lo
llaman al orden si se desvía a otro tema, y le dan claras muestras de
que tienen prisa.

»¿Quién está hoy en día dispuesto a soportar a un orador que **20**
comienza su parlamento hablando de su poca salud? Ésos son casi
siempre los exordios de Corvino. ¿Quién tendrá la suficiente calma
para escuchar cinco libros contra Verres? ¿Quién soportará
pacientemente aquellos inmensos volúmenes sobre excepciones y
fórmulas[54] que leemos en las defensas de Marco Tulio o de Aulo
Cecina[55]?

»En nuestros tiempos, el juez se adelanta al que está hablando y, 2
si no queda convencido y seducido por el desarrollo de los
argumentos, o por el colorido de las sentencias, o por el brillo y
cuidado de las descripciones, le vuelve la espalda. También el 3
público que asiste y el oyente que de manera casual allí se asoma, se
ha acostumbrado ya a exigir alegría y belleza en el discurso y no
soporta el tristón y descuidado arcaísmo, como tampoco el que
alguno quisiera reproducir en escena los gestos de Roscio o de
Turpión Ambivio[56].

»Por otra parte, los jóvenes que se están forjando en el yunque 4
de las mismas disciplinas, que siguen a los oradores para propio
provecho, no se conforman con escucharlos, sino que además
pretenden llevarse a casa algo ilustre y digno de recuerdo; hacen
intercambios entre ellos y muchas veces escriben a sus colonias y
provincias cualquier pensamiento que brille en una hábil y breve
sentencia, o cualquier pasaje que resplandezca por su forma 5
exquisitamente poética. Pues actualmente se exige del orador un
adorno poético, no manchado por el moho de Accio o Pacuvio[57],
sino obtenido del santuario de Horacio, Virgilio y Lucano.

»En consecuencia, la actual generación de oradores se ha 6
procurado más belleza y adorno por complacer a los oídos de tales
gentes. Y no resultan menos eficaces nuestros discursos por llegar a
los oídos de los jueces causándoles placer. ¿Pues qué? ¿Se puede
creer que los templos actuales son menos sólidos porque no se 7
levantan a base de ruda mampostería y tejas toscas, sino que brillan
por el mármol y resplandecen con el oro?

»Os confesaré, a decir verdad, que frente a algunos aspectos de los antiguos a duras penas contengo la risa, y el sueño frente a otros. Y no hablo de la caterva de Canucio o de Attio… *** Me refiero a Furnio y Toranio y otros que, en el mismo sanatorio, alaban estos huesos demacrados[58]. El mismo Calvo, a pesar de haber dejado, según tengo entendido, ciento veinte libros, apenas me convence en uno o dos discursillos. ¿Cuántos leen los discursos de Calvo contra Asicio o contra Druso? En cambio todos los estudiantes manejan habitualmente las acusaciones que llevan por título «Contra Vatinio» y, sobre todo, el segundo discurso; está dotado, sin duda, de gran belleza formal y conceptual, adaptada a los oídos de los jueces, para que podamos saber que también Calvo comprendía qué era lo mejor y que para hablar con tono más elevado y elegante no le había faltado voluntad, sino el ingenio y las fuerzas. **21** 2

»En cuanto a los discursos de Celio, son agradables —enteros o en algunos pasajes— aquellos en los que reconocemos la brillantez y la elevación de nuestra época. En cambio, aquella sordidez de las palabras, aquella composición a saltos y las expresiones descuidadas, desprenden un tufillo a viejo, y no me imagino a nadie tan aficionado a las antigüedades que alabe a Celio por lo que tiene de arcaico. 3 4

»Perdonemos a Gayo César el que, por la magnitud de sus proyectos y sus empresas, obtuviera menores logros en la elocuencia que lo que su divino ingenio le exigía. Asimismo, dejemos a Bruto con su filosofía, pues incluso sus admiradores reconocen que en sus discursos ocupa un lugar inferior a su fama. A no ser que alguien tal vez lea los libros de César en defensa de Decio el Samnita o de Bruto en defensa del rey Deyotaro, u otros de la misma frialdad y languidez; a no ser que haya quienes admiren también sus poesías. Hicieron, sí, poesías, y las hicieron llegar a las bibliotecas con acierto no mayor que Cicerón, pero con más fortuna, porque son menos los que saben que las compusieron. 5 6

«También Asinio, aunque sea de una época más reciente[59], me parece que estudió con los Menenios y los Apios; en todo caso, 7

imitó a Pacuvio y Accio no sólo sus tragedias, sino también sus
discursos; hasta tal punto es duro y seco. Y es que el discurso, como 8
el cuerpo humano, es hermoso únicamente cuando no resaltan sus
venas ni se pueden contar sus huesos, sino que una sangre pura y
sana llena los miembros, brota de los músculos y un tono sonrosado
cubre los nervios y hay una belleza que los realza.

»No quiero enjuiciar a Corvino, pues no se le puede culpar de 9
que no reprodujera la belleza y brillantez de nuestra época; podemos
ver, desde luego, en qué grado su capacidad imaginativa e
intelectual correspondió a sus criterios.

»Paso a Cicerón, que tuvo con sus coetáneos la misma pugna **22**
que yo ahora con vosotros: aquéllos admiraban a los antiguos y él
situaba en el primer lugar la elocuencia de su época; y en ninguna
otra cosa dejó más atrás a los oradores de su tiempo que en su ati 2
nado criterio, pues fue el primero que pulió el discurso, el primero
que lo dotó de un vocabulario seleccionado y de una técnica en su
composición, amén de ensayar pasajes de un mayor colorido y hallar
ciertas sentencias sagaces, sobre todo en los discursos que escribió
ya anciano y al final de su vida, esto es, después que su progreso
había sido mayor y mejor había aprendido por la práctica cuál era el
estilo ideal para la oratoria.

»En efecto, sus discursos anteriores no están exentos de los 3
vicios de la antigüedad: es lento en los exordios, premioso en las
narraciones, prolijo en las digresiones; tardo para conmoverse, raras
veces se entusiasma; pocas frases acaban de manera armoniosa y
con un cierto lustre; no puedes resumir ni retener nada y, como en
un edificio tosco, las paredes son sólidas y duraderas, pero no lo
suficientemente pulidas ni brillantes. Como en el caso de un padre
de familia rico y elegante, al orador no lo quiero yo cubierto 4
únicamente por un techo que le evite la lluvia y el viento, sino que
éste, además, sea vistoso y deleite la vista; que no esté dotado
exclusivamente de aquel ajuar imprescindible, sino que su
mobiliario contenga oro y piedras preciosas para que constituya un
placer cogerlo, tenerlo en las manos y contemplarlo continuamente.

»Apártense lejos ciertas corruptelas, por obsoletas y malolientes; 5
que no haya ninguna palabra podrida por el moho; que no se componga ningún período con estructura lenta y sin arte, a manera de los *Anales*[60]; evítense las chocarrerías ordinarias e insulsas, varíese la composición y que no se rematen todas las cláusulas de un modo único e idéntico.

»No quiero burlarme de la “rueda de la Fortuna” y el “derecho **23**
verrino”, ni de aquel famoso *esse uideatur* colocado en todos sus discursos como cláusula cada tres frases[61]. Porque de no muy buen grado he recordado esto y he omitido mucho que, sin embargo, es lo
único que admiran y reproducen los que suelen llamarse a sí mismos 2
oradores de la antigua ola. No citaré a nadie en concreto; bastará con haber indicado el tipo de personas. Pero vosotros, en cualquier caso, tenéis ante los ojos a ésos que leen a Lucilio en lugar de Horacio y a Lucrecio en lugar de Virgilio, para los que la elocuencia de Aufidio Baso o de Servilio Noniano es de ínfima calidad en comparación con la de Sisenna o Varrón[62]; gente que rechaza y odia los
comentarios de nuestros retóricos y admira los de Calvo. No hay 3
oyentes que les presten atención cuando peroran ante el juez al modo arcaico; no los escucha el público; apenas los aguanta el propio litigante; así de tristes y desaliñados, consiguen aquella salud
de la que se jactan, no por su vitalidad, sino por el ayuno. Así y 4
todo, los médicos tampoco dan su aprobación a una salud corporal lograda a base de tensión anímica; poca cosa es no estar enfermo: lo ideal es estar animoso, alegre y con moral. No está lejos de la enfermedad el que es elogiado sólo por su buena salud.

»Pero vosotros, hombres muy elocuentes, dado que podéis —y 5
de hecho lo hacéis—, dad lustre a nuestro siglo con el estilo oratorio 6
más bello posible. Pues también a ti, Mesala, te veo imitando los mejores hallazgos de los antiguos, y vosotros. Materno y Secundo, unís de tal manera el brillo y la elegancia de vocabulario a la profundidad de los conceptos, es tal la selección de temas, tal el orden en la exposición, tal la riqueza expresiva cuando el asunto lo requiere, tal la concisión cuando lo permite, tal la belleza en la

composición, tal la nitidez de las sentencias, de tal modo expresáis los estados de ánimo y moderáis vuestras ocasionales licencias que, aunque la envidia y la odiosidad intentaran entorpecer nuestros juicios, la posteridad ha de decir la verdad sobre vosotros»[63].

Tras estas palabras de Apro habló Materno: «¿Os dais cuenta de **24**
la fuerza y la fogosidad de nuestro amigo Apro? ¡Con qué ímpetu torrencial ha defendido a nuestro siglo, con qué abundancia y variedad ha zarandeado a los antiguos, con qué genio inspirado, con qué erudición y arte ha tomado en préstamo armas de aquéllos, para atacarlos con ellas a renglón seguido! Sin embargo, Mesala, no debe modificarse tu promesa, pues ni pedimos defensor para los antiguos,
ni comparamos a alguno de nosotros con los que ha atacado Apro, 2
aunque acabamos de ser elogiados. Tampoco él opina de esa manera, sino que, siguiendo una costumbre antigua y muy utilizada por nuestros filósofos, ha asumido el papel de contradictor. Conque
procura exponernos, no la alabanza de los antiguos —bastante 3
alabanza es su propia fama—, sino las causas por las que hemos retrocedido tanto respecto de su elocuencia, sobre todo si tenemos en cuenta que el cómputo del tiempo nos dice que han transcurrido hasta hoy ciento veinte años desde la muerte de Cicerón».

Entonces dijo Mesala: «Seguiré el plan trazado por ti. Materno; **25**
pues no necesito mucho tiempo para refutar a Apro, quien, según creo, suscitó en primer lugar la controversia sobre un nombre, porque, decía él, eran llamados con poca propiedad “antiguos” los
que se sabe perfectamente que vivieron hace cien años. No voy a 2
discutir sobre tal palabra; llámelos antiguos, antepasados o cualquier otro nombre que prefiera, con tal de que reconozca que la oratoria de aquella época fue más destacada. Ni siquiera me opongo a esa parte de su intervención, si está de acuerdo en que se han dado diversas formas de hablar, incluso en una misma época; con mayor motivo se dará tal situación en épocas distintas.

»Pero, así como entre los oradores áticos Demóstenes ocupa el 3
primer lugar y le siguen de cerca Esquines, Hipérides, Lisias y Licurgo[64], y el sentimiento general ratifica que ésta fue la época de

mayor esplendor para la oratoria, así también entre nosotros Cicerón
aventajó sin duda al resto de los oradores de su tiempo y Calvo,
Asinio, César, Celio y Bruto son antepuestos con justicia a los que
les preceden y a los que les siguen[65]. Lo de menos es que se 4
diferencien por sus rasgos específicos, si coinciden en sus líneas
generales, más ajustado, Calvo; más cadencioso, Asinio; más
brillante, César; más mordaz, Celio; más trascendente, Bruto; más
vehemente, pleno y vigoroso. Cicerón. En definitiva, todos muestran
idéntica lozanía en su estilo, de modo que, si llegas a manejar
conjuntamente los libros[66] de todos ellos, te darás cuenta que
existe una cierta semejanza y parentesco de criterio e intenciones,
aunque se desenvuelvan en talentos diferentes.

»Respecto al hecho de que se criticaran recíprocamente —y sus 5
cartas incluyen alguna de estas críticas, por lo que parece
descubrirse una recíproca malquerencia—, tal defecto no es
privativo de los oradores, sino común a los hombres, pues es
indudable que tanto Calvo como Asinio y el mismo Cicerón cayeron 6
con frecuencia en los celos y en la envidia y estaban afectados por
los restantes vicios de la humana flaqueza. Pienso que de entre ellos
Bruto fue el único que no exteriorizó sus opiniones con envidia ni
malevolencia, sino con sencillez y sinceridad. ¿Sentía hostilidad 7
hacia Cicerón alguien que ni siquiera, en mi opinión, la sintió hacia
César?

»En lo que se refiere a Servio Galba, Gayo Lelio y todos los oradores antiguos a los que no has cesado de atacar, no procede su defensa, porque confieso que les faltaron ciertas cualidades en su oratoria, incipiente aún y no lo suficientemente madura.

»Por lo demás, si tras dejar a un lado aquel óptimo género de **26**
oratoria, tuviera que elegir una forma de hablar, a fe que preferiría el
ímpetu de Gayo Graco o la madurez de Lucio Craso a las florituras
de Mecenas o los perifollos de Galión[67]; es mejor vestir el discurso
con una toga, por áspera que sea, que adornarlo con prendas de
colores llamativos y propios de una cortesana. No es de oradores, ni
siquiera varonil, a fe, ese estilo que utilizan la mayor parte de los 2

abogados actuales, con el que imitan los ritmos de las
pantomimas[68] en el amaneramiento de sus palabras, en sus
conceptos intrascendentes y la excesiva libertad en la composición. 3
Y lo que ni debería oírse: la mayoría se jacta, como motivo de fama
y gloria e indicio de su talento, de que sus discursos se canten y se
bailen. De aquí proviene aquella expresión desagradable y ofensiva,
pero muy extendida, de que “nuestros oradores hablan melosamente,
nuestros comediantes bailan con elocuencia”.

»De acuerdo, no voy a negar que Casio Severo, el único al que 4
el amigo Apro ha osado citar, pueda ser llamado orador, si se
compara con los que vinieron después, aunque gran parte de su obra
contenga más dosis de bilis que de sangre, pues, desdeñando el 5
orden en la exposición, sin atender a la modestia y al decoro en las
palabras, utilizando sin arte las armas de las que cabalmente se
servía y derribado con frecuencia por su obsesión de herir, es el
primero en mostrarse como un alborotador, y no como un luchador. 6
Pero, como digo, comparado con los que le siguen, y a la vista de su
rica erudición, de la gracia de su casticismo y de su propio vigor,
supera con mucho a los demás, a ninguno de los cuales se ha
atrevido Apro a nombrar o, por decirlo así, a sacarlo a la línea de 7
combate. Yo esperaba que, tras acusar a Asinio, Celio y Calvo, nos
presentaría otro escuadrón y nombraría a más, o, al menos, a otros
tantos, de los que opondríamos uno a Cicerón, otro a César, y así
todos en combates singulares.

«Ahora, contento con haber criticado a ciertos oradores 8
antiguos, no se ha arriesgado a elogiar a ninguno de los posteriores,
a no ser en general y en bloque, por temor, supongo, a ofender a
muchos si destacaba a unos pocos. Pues, ¿cuántos oradores de 9
escuela no disfrutan con el convencimiento de que se deben situar
antes de Cicerón, si bien a todas luces después de Gabiniano[69]? Yo,
por mi parte, no sentiré temor en citar uno por uno para que, a la luz
de los ejemplos propuestos, aparezca más diáfanamente a través de
qué etapas ha quedado rota y disminuida la oratoria.»

«No, déjalo —dijo Materno—; vale más que cumplas tu 27
promesa, puesto que no pretendemos concluir que los antiguos eran más elocuentes —de lo que estoy completamente seguro—, sino que inquirimos las causas, cuestión que tú mismo tenías por costumbre tratar, según dijiste hace un momento, cuando hablabas en tono más suave y menos irritado contra la oratoria actual, antes de que Apro te ofendiera atacando a tus antepasados»[70].

«No me siento ofendido —replicó Mesala— por la controversia 2
de mi amigo Apro, ni sería conveniente que vosotros lo estuvierais si algo llega a herir vuestros oídos, sabiendo que hay una norma para este tipo de conversaciones: exponer cada opinión sin perjuicio de las relaciones de amistad.»

«Continúa —dijo Materno—, y, puesto que hablas de los 3
antiguos, utiliza su misma libertad, de la que hemos degenerado aún más que de su elocuencia.»

«No buscas unas causas recónditas, Materno —continuó Mesala 28
—, ni desconocidas para ti o para Secundo o para Apro, aquí
presentes, aunque me asignéis el cometido de sacar a la luz lo que
todos sabemos. En efecto, ¿quién ignora que la oratoria y las demás 2
artes se han alejado de su pasada gloria no por falta de hombres
capacitados, sino por la desidia de los jóvenes, la negligencia de los
padres, la ignorancia de los maestros y el olvido de las costumbres
tradicionales?[71]. Estos males surgieron primero en la Ciudad, se
extendieron en seguida por Italia y se están propagando ya a las 3
provincias. Lo que os concierne es más familiar para vosotros[72].
Yo hablaré de la Ciudad y de estos vicios propios y típicos que nos reciben nada más nacer y van acumulándose a lo largo de cada una de las etapas de nuestra vida; si bien voy a exponer antes algunas ideas sobre la vigorosa disciplina de nuestros antepasados en el terreno de la educación y de la formación de sus hijos.

»Pues antaño los hijos nacidos de madre honrada no se criaban 4
en el cuartucho de una nodriza alquilada, sino en el regazo y en el
seno de su propia madre, y ésta tenía como principal motivo de
orgullo velar por la casa y ser una esclava para sus hijos. Se elegía 5

alguna pariente de edad, y a sus probadas y comprobadas
costumbres se confiaba toda la prole de la misma familia. En su
presencia no se permitía nada que pudiera parecer expresión grosera
o acción vergonzosa. Con una virtud que infundía respeto, moderaba 6
incluso los esparcimientos y juegos de los niños, no ya sólo sus
aficiones e inquietudes. Así se ocupó Cornelia[73], la madre de los
Gracos, de la educación de sus hijos —según se nos ha dicho— y
consiguió que llegaran a ser personajes de primera fila; y lo mismo 7
hizo Aurelia con César y Acia con Augusto. Este rigor en la
disciplina tenía como mira el que las cualidades individuales, puras
e intactas y sin desviarse por ninguna corrupción, se lanzasen
abiertamente al cultivo de las artes nobles y, ya se inclinase su
vocación a la milicia, ya a la ciencia jurídica o a la oratoria, se
dedicara sólo a un campo y penetrara en él hasta sus últimas
consecuencias.

«Pero ahora el niño recién nacido se entrega a cualquier criadilla **29**
griega, a la que se agregan uno o dos siervos del montón, en general
los peores e incapaces para ningún quehacer serio. Aquellas almas
tiernas y sin cultivar se impregnan al instante de los chismes y
aberraciones de esta gente y nadie en toda la casa se preocupa de lo
que diga o haga en presencia del joven dueño. Es más, ni siquiera
sus mismos padres acostumbran a los pequeños a la honradez ni a la 2
modestia, sino a la broma y a la chacota, medios a través de los que,
poco a poco, penetra furtivamente la falta de pudor y el desprecio de
lo propio y de lo ajeno.

»Me da la impresión de que se contraen casi en el vientre de la 3
madre los vicios exclusivos y peculiares de esta ciudad: me refiero a
la afición por el teatro y el entusiasmo por los espectáculos de
gladiadores y de caballos; ocupado y obsesionado por ellos, ¿qué
resquicio deja el ánimo para ocupaciones más dignas?, ¿cuántos
hallarás que en casa hablen de alguna otra cosa?, ¿qué otras
conversaciones sorprendemos en los jóvenes al entrar en las salas de
lectura? Ni siquiera los maestros mantienen con sus oyentes otro 4
tema de conversación más frecuente; no atraen a sus discípulos con

el rigor de sus enseñanzas ni dando muestras de su talento. Se valen
de los saludos y del cebo de las lisonjas[74].

»Excluyo los rudimentos de la educación, en los que tampoco se **30**
trabaja casi nada. Ni en el estudio de los autores, ni en el progreso
hacia el conocimiento del pasado, ni en las nociones de hechos,
hombres o épocas se aplica el esfuerzo suficiente; se busca, en cam 2
bio, a los que llaman retóricos. Como a continuación voy a referir
cuándo se introdujo esta profesión en la Ciudad y cómo no tuvo
ningún prestigio entre nuestros antepasados, es necesario que fije la
atención en aquella disciplina que, así se nos ha dicho, utilizaron
aquellos oradores cuyos libros encierran su inmensa labor, su
cotidiana reflexión y su práctica asidua en todo tipo de estudios.

»No ignoráis que el libro de Cicerón titulado *Bruto* relata en su 3
parte final —pues la primera incluye la enumeración de los oradores
antiguos— los comienzos, las etapas y lo que podría ser la
evolución de su elocuencia. Nos dice que aprendió Derecho civil
con Quinto Mucio[75]; que estudió concienzudamente todos los
aspectos de la filosofía con Filón el académico y con Diódoto el
estoico. Que no contento con estos maestros, con gran número de
los cuales había coincidido en la Ciudad, recorrió también Grecia y
Asia para abarcar toda la gama de conocimientos. Así es como se 4
puede ver en los libros de Cicerón que no le faltaron nociones de
geometría, música, gramática ni, en definitiva, de ninguna arte
liberal. Conocía la sutileza de la dialéctica, el terreno práctico de la
ética, los procesos de la naturaleza y sus causas.

»Así es, mis buenos amigos, así es. Aquella oratoria admirable 5
rebosa y se desborda con su gran erudición y su saber enciclopédico.
La fuerza y las facultades del orador no están reducidas a límites
cortos y estrechos como las demás cosas: es orador el que puede
hablar bella y elegantemente sobre cualquier cuestión, de forma
apropiada para convencer, acorde con la dignidad del tema y con las
circunstancias, y sabiendo agradar a sus oyentes.

»De esto estaban convencidos aquellos antepasados y **31**
comprendían que para conseguirlo no era necesario declamar en las

escuelas de los retóricos ni forzar la lengua y la voz en controversias
fingidas y de ningún modo cercanas a la realidad, sino llenar la
mente con aquellas ciencias en las que se discute sobre lo bueno y lo
malo, lo honesto y lo deshonesto, lo justo y lo injusto. Esta materia
es la que está a disposición del orador para sus elocuciones. En
efecto, normalmente disertamos sobre la equidad en los juicios; en 2
las asambleas, sobre la utilidad; sobre la honestidad en los
panegíricos. Y no obstante, estos mismos temas se entremezclan con
frecuencia. Nadie puede hablar sobre ellos con amplitud, variedad y
elegancia, salvo quien conoce la naturaleza humana, la fuerza de las
virtudes, la depravación de los vicios y el significado de lo que no se
incluye ni entre las virtudes ni entre los vicios[76]. De estas fuentes
emana, además, la ventaja de que se excita más fácilmente la ira del 3
juez o la suaviza, si se sabe qué es la ira; y asimismo se le induce
mejor a la misericordia si se sabe qué es la misericordia y con qué
sentimientos se suscita. El orador familiarizado con estos estudios y 4
prácticas, según tenga que hablar ante jueces hostiles o parciales, o
ante envidiosos, malhumorados y tímidos, tomará el pulso a los
ánimos y, según pida el carácter de cada cual, cargará la mano y
templará el discurso, teniendo a mano todo tipo de instrumentos
auxiliares dispuestos para cualquier eventualidad.

»Hay a quienes les merece más confianza el estilo oratorio 5
conciso, apretado y que redondee cada argumento con prontitud:
ante éstos será provechoso haber ejercitado la dialéctica. A otros
gusta más un discurso amplio, uniforme y sacado de la experiencia
común: para influir sobre estos otros tomaremos prestados de los
peripatéticos los argumentos apropiados y perfectamente dispuestos 6
para todo tipo de discusión. Los académicos nos surtirán de
combatividad; Platón, de distinción; Jenofonte, de encanto.
Tampoco le estorbará al orador tomar ciertas máximas honestas de
Epicuro o de Metrodoro[77] y utilizarlas cuando el caso lo requiera, 7
pues no estamos describiendo a un sabio ni a un seguidor del
estoicismo, sino a una persona que debe apurar hasta el final algunas
disciplinas, pero probar de todas. Por este motivo los antiguos

oradores incluían entre su saber la ciencia del Derecho civil y salían
del paso con unas ligeras nociones de gramática, música y 8
geometría, dado que se presentan procesos —la mayoría, por no decir prácticamente todos— en los que es conveniente un conocimiento del derecho y también muchos en los que se necesita ese segundo campo de materias.

»Y no responda nadie que basta con una instrucción sencilla y **32**
específica para cada circunstancia. En primer lugar, utilizamos el caudal propio de una manera y el prestado de otra distinta, y está claro que hay gran diferencia entre que alguien aporte conocimientos que le son propios o que los tome de otro. Además, el dominio de múltiples campos nos distingue al hablar incluso sobre otros temas, nos hace sobresalir y nos proporciona brillantez en los momentos más inesperados.

»Esto lo comprende no sólo el oyente entendido y preparado, 2
sino el vulgo, y lo elogia al instante, reconociendo que se ha instruido debidamente, que ha recorrido todas las etapas de la elocuencia, que es, en definitiva, un orador. Y afirmo que no puede existir ni haber existido alguien así si no acude al foro armado de todo tipo de conocimientos, a semejanza del que entra en combate con todas sus armas.

»Esta circunstancia está tan descuidada por los declamadores de 3
nuestra época que, en sus alegatos, pueden descubrirse los vicios feos y desagradables de nuestro lenguaje coloquial, ignoran las leyes, no recuerdan los senadoconsultos[78], hasta se burlan del Derecho civil y sienten un profundo terror por el estudio de la
filosofía y por los preceptos de los sabios. Reduciéndola a unos 4
pocos conceptos y a unas sentencias estrechas, han degradado la elocuencia como expulsándola de su reino, y la que antes, señora de todas las ciencias, henchía los espíritus con su bellísimo cortejo, ahora, recortada y amputada, sin su gala y distinción, casi diría sin su libertad, se aprende como uno de los oficios más pedestres.

»En resumidas cuentas, creo que ésta es la primera y principal 5
causa de habernos alejado tanto de la elocuencia de los antiguos

oradores. Si se quieren testigos, ¿qué otro mejor citaré que Demóstenes entre los griegos, quien, según la tradición, fue uno de los seguidores más entusiastas de Platón? Y Cicerón nos dice con 6
estas mismas palabras, creo, que lo que logró en la oratoria no lo consiguió en los talleres de los retóricos, sino en los paseos de la Academia[79].

»Existen otras causas, importantes y graves, pero lo justo es que 7
seáis vosotros los que las pongáis de manifiesto, porque yo ya he cumplido mi misión y, siguiendo mi costumbre, he ofendido a muchos que, si oyeran lo que acabo de decir, tengo por cierto me objetarían que, mientras elogio el conocimiento del derecho y la filosofía como algo necesario para el orador, he aplaudido las tonterías en las que me ocupo»[80].

«Me parece —dijo Materno— que aún no has cumplido el **33**
cometido que asumiste: da la sensación de que han quedado marcados sólo los comienzos y de que has mostrado unos ciertos trazos y contornos de la cuestión. Has dicho, es cierto, en qué 2
materias estaban instruidos, por lo común, los antiguos oradores, y has puesto de manifiesto la diferencia de nuestra desidia e ignorancia frente a la actividad entusiasta y prolífica de aquéllos. Pero estoy esperando el resto, es decir, al igual que he aprendido de ti qué sabían aquéllos o qué no sabemos nosotros, asimismo quisiera enterarme de con qué prácticas solían robustecer y alimentar sus 3
mentes los jóvenes que debutaban en el foro; pues no creo que tú niegues —y éstos parecen confirmarlo con la expresión de sus rostros— que el dominio de la elocuencia comprende la técnica y los conocimientos, pero en mayor grado las facultades individuales y la práctica.»

Apro y Secundo manifestaron estar de acuerdo en este punto y 4
Mesala habló, como si empezara de nuevo: «Puesto que me parece haber dejado muy claros los principios y orígenes de la antigua elocuencia, mostrando en qué disciplinas solían instruirse y perfeccionarse los antiguos oradores, expondré ahora sus prácticas, 5
si bien es cierto que en la instrucción misma va incluida la práctica y

nadie puede penetrar en materias tan complejas y distintas, a no ser
que la reflexión acompañe a la ciencia, a la reflexión las dotes
innatas y a éstas la práctica oratoria: con lo cual se llega a la
conclusión de que el sistema de aprender lo que se va a exponer y de
exponer lo que se ha aprendido es idéntico. Pero, aun en el caso de
que a alguien le parezca esto muy poco claro y pretenda separar la 6
teoría de la práctica, estará de acuerdo, al menos, en que el espíritu
formado y enriquecido con estos conocimientos logrará estar
perfectamente preparado para las prácticas que parecen ser
específicas de un orador.

»Así pues, entre nuestros antepasados, el joven que se preparaba **34**
para el foro y la oratoria, bien instruido ya por el aprendizaje
doméstico y alimentado con nobles estudios, era llevado por su
padre o pariente más allegado al orador que ocupaba un lugar
preeminente en la ciudad. Acostumbraba a seguir siempre a éste, a 2
acompañarlo a todas partes y a asistir a todos sus parlamentos, en
juicios o en asambleas, hasta tal punto que tomaba parte en sus
disputas e intervenía en las discusiones violentas y, por decirlo así,
aprendía a luchar en combate. Gracias a esto, los jóvenes adquirían 3
con prontitud gran experiencia, mucha seguridad y alta capacidad de
juicio, al actuar a la luz del día y en los momentos álgidos de los
procesos, donde nadie habla de manera necia o inapropiada
impunemente sin que el juez se lo repruebe, el contrario lo rebata y
lo desprecien sus mismos valedores. Es decir, quedaban im 4
pregnados al instante de la verdadera y pura elocuencia y, aunque
siguieran a uno solo, conocían a todos los abogados de su época en
muchas causas civiles y penales, y tenían la posibilidad de
confrontar las distintas preferencias del público mismo, con lo que
podían averiguar fácilmente qué gustaba o disgustaba de cada
orador.

»De este modo, ni le faltaba preceptor, el mejor y el más selecto 5
que le mostrase el rostro auténtico de la elocuencia, no una imagen
falsa, ni adversarios y contrincantes que luchaban con armas, no con
palos[81], ni un auditorio, siempre numeroso, siempre renovado, con

detractores y seguidores, para que no pudieran camuflarse ni los aciertos ni los errores. Sabéis que aquella grande y duradera fama que proporciona la elocuencia se adquiere no menos en los bancos de la parte contraria que en los propios; más aún, de aquéllos surge con más firmeza, allí se ratifica con mayor seguridad.

»A fe que aquel joven de que estamos hablando, bajo 6
preceptores de tal talla, discípulo de oradores, oyente del foro, asiduo asistente a los procesos, instruido y avezado con las experiencias ajenas, al que las leyes le eran familiares por oírlas cada día, que no le eran desconocidos los rostros de los jueces, habituado a presenciar las asambleas y que conocía el sentir del pueblo, pronto quedaba capacitado para actuar en cualquier causa
solo y sin ayuda, ya asumiera la acusación, ya la defensa. Con 7
diecinueve años Lucio Craso persiguió judicialmente a Gayo Carbón; a los veintiuno, César a Dolabela; a los veintidós, Asinio Polión a Gayo Catón[82]; poca más edad contaba Calvo cuando acusó a Vatinio; sus discursos aún hoy los leemos con admiración.

«Pero ahora llevan a nuestros muchachos a las escuelas de esos **35**
que llaman retóricos, que aparecieron poco antes de la época de Cicerón y que repugnaban a nuestros antepasados, punto éste claramente apreciable por el hecho de que los censores Craso y
Domicio les ordenaran cerrar “la escuela de desvergüenza”, como 2
dice Cicerón. Pero, tal como había empezado a señalar, se los lleva a escuelas en las que no me sería fácil decir si provocan mayor perjuicio a sus dotes naturales el propio lugar, los condiscípulos o el
tipo de estudios. Pues en el lugar no hay nada digno de respeto: 3
todos entran allí con igual grado de ignorancia; nada aprovechable hay en los condiscípulos, puesto que los niños hablan ante un auditorio de niños y los jóvenes ante los jóvenes, sin ningún riesgo de crítica. Las mismas prácticas son, en gran parte,
contraproducentes. En efecto, dos clases de temas se tratan con los 4
retóricos, las suasorias y las controversias[83]. De ellas, aunque las suasorias son claramente más ligeras y exigen menos juicio —se ponen en manos de los niños— y las controversias se asignan a los

mayores, ¡por los dioses, qué pobre calidad y cuán inverosímilmente están compuestas! Y, por si fuera poco, a estas materias, que chocan con la realidad, se les une un estilo declamatorio. Y así sucede que
“los premios de los tiranicidas”, “la situación crítica de las mujeres 5
violadas”, “los remedios para una peste”, “los incestos de los hijos con sus madres”, o cualquier otro tema que se trata a diario en la escuela, raras veces o nunca se discuten en el foro con estas palabras altisonantes. Cuando se acude ante un tribunal auténtico… ***».

«***… piensan el asunto. Nada bajo, nada pedestre podía **36**
decirse. La gran oratoria, al igual que la llama, se alimenta con combustible, se aviva con el movimiento y brilla mientras se quema. La elocuencia de los antiguos en nuestra ciudad se ha desarrollado
de idéntico modo. En efecto, aunque los oradores actuales han 2
conseguido lo que era posible en una situación política estable, tranquila y feliz, parece, en todo caso, que podían obtener mayores logros con aquellas turbulencias y anarquía, porque en medio del desorden general y careciendo de un jefe único, cada orador tenía
tanta habilidad cuanta podía emplear en ganarse a un pueblo 3
desorientado. De ahí las continuas propuestas de ley y la etiqueta de hombre popular; de ahí los alegatos de magistrados que casi pernoctaban en las tribunas; de ahí las acusaciones a reos influyentes y las enemistades que caían hasta sobre familias enteras; de ahí las facciones de los poderosos y el frecuente antagonismo entre el senado y la plebe.

»Todo esto, si bien desgarraba al estado, proporcionaba ejercicio 4
a la elocuencia y parecía que la colmaba de grandes recompensas, porque, cuanto más podía conseguir cada cual con su palabra, tanto más fácilmente obtenía cargos públicos; cuanto más superaba a sus colegas en el ejercicio de esos mismos cargos, tanta más influencia conseguía ante los príncipes, mayor prestigio entre los senadores,
tanto mayor fama y renombre entre el pueblo. Abundante era su 5
clientela, incluso extranjera. Los magistrados los cumplimentaban al marchar al frente de sus provincias y, al volver, les presentaban sus respetos; parecía que las preturas y los consulados los reclamaban

sin solicitarlos ellos. Tampoco carecían de poder como simples particulares, porque con su consejo y autoridad regían al pueblo y al 6
senado. Es más, estaban convencidos de que sin elocuencia nadie podía conseguir y conservar en la Ciudad un lugar notable e influyente.

»No es extraño, ya que debían presentarse ante el pueblo aun en 7
contra de su voluntad; porque en el senado no bastaba con una opinión expresada en breves palabras, sino que se defendían las posturas con talento y elocuencia, al tener que responder por sí mismos si eran objeto de alguna calumnia o acusación: incluso en los juicios por motivos políticos no podían testificar estando ausentes o mediante escrito, sino compareciendo personalmente[84].
8 De este modo a las grandes recompensas a la elocuencia se unía una dura necesidad, y así como el tener fama de elocuente se consideraba honor y gloria, por el contrario, el parecer mudo e incapaz de articular palabra se veía como un gran defecto.

37 »Y así con el incentivo del pundonor se estimulaba no menos que con el de las recompensas, no fuera uno a contarse en el grupo de los infortunados clientes en lugar de en el de los patronos, o bien las amistades heredadas de los antepasados pasasen a otros, o, por ser ineptos e incapaces para los cargos públicos, no los consiguieran o los desempeñaran mal una vez conseguidos.

2 »No sé si han llegado a vuestras manos aquellos libros que se conservan todavía en las bibliotecas de los coleccionistas de antigüedades, recogidos por Muciano[85] precisamente ahora. De ellos han sido escritos y editados, según creo, once tomos de actas y
3 trece de cartas[86]. Con este material puede deducirse que Gneo Pompeyo y Marco Craso no sobresalieron exclusivamente por su poderío militar; también utilizaron su talento oratorio; que los Léntulos, Metelos, Luculos, Curiones y aquel extenso grupo de próceres pusieron gran empeño y cuidado en estos estudios; y que ningún personaje de la época consiguió una influencia decisiva sin un mínimo de facultades para la oratoria.

»A estos factores se unía el alto rango de los acusados y la 4
importancia del objeto material de los procesos, circunstancias que
por sí solas proporcionan un mayor realce a la oratoria. Pues hay
gran diferencia entre tener que hablar sobre hurto o sobre una
fórmula o un interdicto[87] o sobre la corrupción de los comicios[88],
sobre el pillaje a los aliados o la muerte de ciudadanos. Males éstos 5
que, si bien es mejor que no sucedan y hay que reputar de óptima la
situación de la ciudad en la que no suframos tales desmanes,
también es verdad que, si sucedían, suministraban ingente material
para la oratoria. Pues la fuerza del ingenio crece en proporción a la
importancia del asunto y nadie puede lograr un discurso brillante y
memorable sino el que encuentra una causa adecuada para
inspirarlo. En mi opinión no dan lustre a Demóstenes los discursos 6
que pronunció contra sus tutores ni convierten a Cicerón en un gran
orador las defensas de Publio Quincio o Licinio Arquias: su fama la
construyeron Catilina, Milón, Verres y Antonio[89]; con esto no
pretendo decir que interese a la república el engendrar ciudadanos
malvados a fin de que los oradores tengan abundante materia para
sus alegatos, sino que, como no me canso de recalcar, debemos
acordamos del alcance del asunto y enterarnos bien de que hablamos
de algo que se dio más fácilmente en épocas de turbulencias y
convulsiones.

«¿Quién ignora que es más útil y mejor disfrutar de paz que 7
estar sufriendo los males de la guerra? sin embargo las guerras
producen más guerreros excelentes que la paz. Semejante es la
condición de la elocuencia: cuanto más frecuentemente se mantiene, 8
por decirlo así, en línea de combate y cuantas más heridas ocasiona
y recibe, cuanto mayores son los enemigos y más duras las batallas
que afronta, tanto más elevada, sublime y ennoblecida por esos
trances se mantiene a los ojos de los hombres, cuya condición
natural impulsa a <preferir contemplar los peligros ajenos, mientras
ellos mismos están a salvo>[90].

»Paso a examinar la forma y el funcionamiento de los antiguos **38**
tribunales. Aunque el sistema actual resulta más adecuado, sin

embargo adiestraba más para la elocuencia aquel foro en el que
nadie estaba obligado a hablar con un límite de muy pocas horas, los
aplazamientos de las causas eran libres, cada cual se tomaba el
tiempo que quería para hablar y no estaba tasado el número de días
ni el de abogados.

»Gneo Pompeyo, en su tercer consulado, fue el primero que 2
eliminó esta libertad y, valga la expresión, puso frenos a la
elocuencia, aunque todo se trataba en el foro, según las leyes, y ante
los pretores. La mejor prueba de cuánto más importantes eran los
asuntos que se trataban ante estos últimos es el hecho de que las
causéis reservadas a los centúmviros, que hoy son las más
importantes, quedaban ensombrecidas por la brillantez de otros
tribunales, hasta el punto de que no leemos ningún discurso de
Cicerón, César, Bruto, Celio, Calvo ni, en fin, de ningún gran
orador, que se haya pronunciado ante los centúmviros, excepto los
discursos de Asinio titulados *En defensa de los herederos de
Urbinia*, pronunciados, no obstante, por Polión a mediados del
mandato del divino Augusto[91], después que el prolongado sosiego
de los tiempos, la ininterrumpida falta de participación del pueblo y
la habitual inercia del senado y, sobre todo, la disciplina política
impuesta por el Príncipe, habían conseguido domesticar la
elocuencia, lo mismo que todo lo demás.

»Lo que voy a decir quizá parezca poco serio y ridículo, pero lo **39**
diré, aunque nada más sea que para provocar la risa. ¡Cuánta
degradación, a mi parecer, imprimen a la oratoria esas casacas[92]
con las que muy ceñidos y como aprisionados hablamos ante los
jueces! ¡Cuánto vigor, creemos, han robado al discurso las salas de
lectura y los archivos en los que se despachan ahora casi todas las 2
causas! Pues lo mismo que la distancia en las carreras distingue a
los buenos caballos, los oradores necesitan un espacio, y su
elocuencia se debilita y desgasta si no se mueven en él libremente y
sin trabas. Más aún, sabemos por experiencia que el mismo cuidado 3
y escrúpulo por lograr un estilo pulcro es contraproducente, porque
el juez te pregunta con frecuencia cuándo vas a empezar realmente y

has de hacerlo cuando te haga esa pregunta. También es frecuente que el patrono interrumpa nuestras pruebas documentales y testificales. Mientras tanto, sólo hay uno o dos que escuchan al que habla y el asunto se desarrolla como en un paraje desolado.

»El orador, por el contrario, necesita que le aclamen, que le 4
aplaudan, encontrarse, yo diría, en un escenario teatral. Esto es lo que les ocurría diariamente a los oradores antiguos cuando la coincidencia de tantos personajes principales atestaba el foro, cuando las clientelas, tribus, embajadas de municipios, media Italia, en fin, alentaba con su presencia a los acusados y en la mayor parte de los juicios el pueblo romano creía que sus propios intereses
dependían del resultado del juicio. Sabemos muy bien que Gayo 5
Cornelio, Marco Escauro, Tito Milón, Lucio Bestia[93] y Publio Vatio fueron acusados o defendidos por toda la ciudad de común acuerdo, hasta el punto que el mismo entusiasmo del pueblo apasionado pudo excitar e inflamar a los oradores más insensibles. Por cierto que se conservan libros de este tenor, y los que pronunciaron tales discursos no son celebrados más por ningún otro.

»Los continuos mítines y el derecho libremente otorgado de **40**
atacar a cualquier personaje influyente, y la gloria que proporcionaban tales enemistades, dado que la mayoría de los oradores no se abstenían de atacar ni a Publio Escipión[94], Lucio Sila o Gneo Pompeyo y, para emprender sus ataques contra los hombres de primera fila —así es la envidia—, hasta los comediantes se servían de los gustos del pueblo, ¡cuánto ardor aportaban a los ingenios y qué llama a los oradores!… ***»

«***… No hablamos de algo tranquilo y sin problemas, que se 2
complace con la honradez y la moderación, sino que se trata de aquella grande y notable elocuencia hija del libertinaje al que los imbéciles se empeñan en llamar libertad, compañera de sediciones, aguijón del pueblo sin freno, desleal, sin disciplina, rebelde, temeraria, arrogante, que no surge en las Ciudades[95] con buenos
cimientos institucionales. ¿Qué orador lacedemonio o cretense 3
conocemos? La historia nos habla de la disciplina y las leyes

severísimas de ambas naciones. Ni siquiera tenemos noticia de
oratoria en los macedonios, persas o algún pueblo refrenado por un
sistema de gobierno estable. Existieron algunos oradores rodios y
muchos atenienses entre los que todo lo podía el pueblo, todo los
ignorantes, todo, por así decirlo, todos. También nuestra Ciudad, 4
mientras caminó sin rumbo, mientras se agotaba con los
partidismos, rivalidades y discordias, mientras no existió paz en el
foro, ninguna concordia en el senado, ningún control en los juicios,
ningún respeto al superior, ninguna traba a los magistrados, produjo,
sin duda, una oratoria más vigorosa, lo mismo que un campo sin
cultivar presenta algunas hierbas más vistosas. Pero la elocuencia de
los Gracos no fue tan beneficiosa a la república como para que ésta
soportase también sus leyes ni a Cicerón le compensó su fama de
orador su triste final.

»De igual modo, el tipo de oratoria que sobrevive es prueba **41**
suficiente de que la Ciudad no ha corregido sus defectos ni ha 2
alcanzado su estructura ideal. En realidad, ¿quién acude a nosotros
sino el culpable y el infortunado? ¿Qué municipio engrosa nuestra
clientela sino al que perturba un pueblo vecino o sus diferencias
internas? ¿Qué provincia nos encargamos de defender a no ser la
que ha sido saqueada y maltratada? Pues bien, hubiera sido mejor no
tener motivos de queja que reclamar justicia. Porque si pudiera 3
lograrse una ciudad en la que nadie cometiera faltas, superfluo
resultaría el orador entre inocentes, lo mismo que un médico entre
gente sana; igual que el arte del médico no encuentra ninguna
posibilidad de práctica y perfeccionamiento entre personas que
disfrutan de una salud robusta y de unos cuerpos muy sanos, en el
mismo grado es menor el prestigio de los oradores y más oscura su
gloria entre gente de buena conducta y bien dispuesta para obedecer
a sus gobernantes. ¿Qué necesidad tiene el senado de largos debates 4
cuando los optimates llegan a un rápido acuerdo? ¿Qué necesidad de
continuas peroratas en la asamblea del pueblo cuando en las
deliberaciones no participa la masa ignorante, sino un caudillo de
enorme categoría? ¿Qué necesidad de acusaciones particulares[96],

cuando se delinque tan escasa y levemente? ¿Qué necesidad de defensas odiosas y abusivas, cuando la clemencia del juez acude en ayuda de los acusados?

»Creedme, hombres excelentes, vosotros que sois todo lo 5
elocuentes que la ocasión requiere, si hubierais nacido en épocas anteriores o aquéllos a los que admiramos lo hubieran hecho en nuestros días y algún dios hubiera cambiado de repente vuestras vidas y épocas, ni a vosotros os hubiera faltado aquella gran alabanza y gloria en la oratoria, ni a ellos una actitud mesurada; ahora, puesto que nadie puede conseguir al tiempo gran fama y una tranquilidad absoluta, aproveche cada cual las ventajas de su tiempo, sin criticar a los otros.»

Cuando acabó Materno, intervino Mesala: «Cabría objetar **42**
algunas cosas y ampliar otras, pero se nos ha pasado el día.»

Materno respondió: «En otra ocasión se hará a tu manera y, si algunas de mis palabras te han resultado oscuras, volveremos sobre ellas.»

Y al tiempo que se levantó y abrazó a Apro, le dijo: «Te acusaré 2
ante los poetas y Mesala ante los partidarios de la antigüedad.»

«Y yo a vosotros ante los retóricos y los maestros de declamación» —dijo Apro.

Se echaron a reír y nos separamos.

Notas

[1] A. GUDEMAN, *Historia de la literatura latina*, 3.ª ed., Barcelona, 1942. <<

[2] E. PARATORE, *Tácito*, 2.ª ed., Roma, 1962, pág. 1. <<

[3] R. SYME, *Tacitus*, I, Oxford, 1958, págs. 63 y sigs. <<

[4] Para esta segunda hipótesis, véase J. L. MORALEJO, *Anales* I, Madrid, 1979, pág. 31. <<

[5] SYME, *Tacitus*, II, Oxford, 1958, págs. 611 y sigs. <<

[6] *Ibid*., pág. 622. <<

[7] SYME, *op. cit*., I, pág. 70. <<

[8] Véase MORALEJO, *op. cit.*, págs. 9-10. <<

[9] CICERÓN, *Cartas a Ático* 1 17, 8. <<

[10] PARATORE, *op. cit.*, págs. 247 y sigs. <<

[11] SYME, *op. cit.*, II, pág. 547. <<

[12] SYME, *op. cit.*, I, pág. 11. <<

[13] ZUCCARELLI, *Psicologia e semantica di Tacito*, Brescia, 1967. <<

[14] PARATORE, *op. cit.*, págs. 93, 404 y sigs. <<

[15] V. J. HERRERO LLORENTE, «Tácito y el vulgo», *Rev. de Est Clás*. 5 (1960), 407 y sigs. Véase también MORALEJO, *op. cit*., pág. 19. <<

[16] Véase MORALEJO, *op. cit.*, págs. 20-22. <<

[17] MORALEIO, *op. cit.*, habla de esta cuestión en las págs. 3133, y en la 38 cita la bibliografía fundamental de que disponemos a la que se añade: M. R. LIDA DE MALKIEL, *La tradición clásica en España*, Barcelona, 1975. Para Tácito, véanse las páginas 374 y 394. Fuera de España, puede verse HANSLIK, en *Lustrum* 17 (1973-74), 201-215. <<

[18] E. de Saint-Denis, *Vie d’Agricola*, París, 1972. J. Perret, *La Germania*, París, 1967. H. Bornecque, *Le Dialogue des Orateurs*, París, 1960. <<

[19] Al cuidado de FR. LEANDRO DE SAN MARTÍN; comprende sólo los *Anales* y las *Historias*. Véase F. SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, 1951, pág. 85. <<

[1] En la Introducción a su edición del *Agrícola*, Boston, 1948. <<

[2] *Tacitus*, Oxford University Press, 1958, pág. 19. <<

[3] Loeb Classical Library, Londres, 1970. <<

[4] *Tácito, Vida de Julio Agrícola*, Madrid, C. S. I. C., 1958. <<

[5] *Tacite, Vie d’Agricola*, París, Les Belles Lettres, 1972. <<

[6] *Tacito*, Edizioni dell’Ateneo, 2.ª ed… Roma, 1962. <<

[1] Tácito buscaría con esta obra dar a conocer y dejar bien claro el recto proceder de su suegro. <<

[2] Rutilio Rufo, cónsul en 105 a. C., discípulo del filósofo Panecio, escribió, además de su autobiografía, una historia romana en griego; elogiado por Cicerón y Séneca. Marco Emilio Escauro, cónsul en 115 a. C., del partido aristocrático, citado por Cicerón, Valerio Máximo, Plinio el Viejo, Salustio (no elogiándolo, precisamente) y el propio Tácito en los *Anales*. <<

[3] En el Diario Oficial del Senado. <<

[4] Sobre estos personajes puede consultarse, en esta misma colección, los *Anales* XVI 21-35; también SUETONIO, *Dom*. 10 y *Ner*. 37. <<

[5] Herennio Seneción, amigo de Plinio el Joven, denunciado por el delator Meció Caro y ejecutado por escribir la biografía de Helvidio. Prisco Helvidio, yerno de Trásea, desterrado a la muerte de éste, fue condenado a muerte por Vespasiano. <<

[6] Encargados de ejecutar las sentencias capitales. <<

[7] Era la plaza, situada al N. del foro, en que se realizaban las ejecuciones capitales; en otro tiempo se reunían allí los comicios curiados. <<

[8] Los delatores comunicaban a Vespasiano cualquier tipo de crítica adversa. <<

[9] Debido a su adopción por Nerva, llevaba el nombre de éste desde octubre del 97. Sobre esto, véase la Introducción a esta obra, acerca de la fecha de su composición. <<

[10] *Forum Iulii* fue fundada por César el 46 a. C. <<

[11] Los procuradores imperiales eran oficiales encargados en las provincias de funciones financieras. <<

[12] Autor de un tratado de viticultura, de donde quizá provenga el sobrenombre de «Agrícola». <<

[13] Calígula. Silano fue el padre de su primera mujer. <<

[14] Uno de los conceptos fundamentales de los romanos y, tal vez, de toda la humanidad. Uno de los ideales más comunes en Tácito es el *uir modestia praeditus*. <<

[15] Dos plurales enfáticos que aluden, respectivamente, al incendio de Colchester y al desastre de la IX legión, mandada por Petilio Cerial (*Anales* XIV 32). <<

[16] Su padre, Domicio Decidio, fue cuestor y pretor. <<

[17] La cuestura era el grado inferior de la carrera de las magistraturas romanas. Agrícola desempeñó este cargo en Asia Menor. <<

[18] La Ley Papia Popea permitía ganar un año por cada hijo vivo, respecto a la edad legal exigida para el desempeño de las magistraturas. <<

[19] Cometido de los ediles, lo fue de los pretores a partir del 22 a. C.
<<

[20] Tales sacrilegios son aludidos por TÁCITO en *An*. XV 45, y SUETONIO, *Ner*. 32. <<

[21] El 69; véase TÁC., *Hist*. I 87. <<

[22] Gobernó Roma hasta la llegada de Vespasiano: Tác., *Hist*. IV 11.
<<

[23] En Italia, el año 70. <<

[24] Pariente de Vespasiano y extraordinario general, combatió en Britania y fue enviado a Germania para sofocar la sublevación de Civil (TÁC., *Hist*. IV 68). <<

[25] Esta condición fue accesible a los provinciales desde Claudio. <<

[26] Provincia atlántica desde el NO. de los Pirineos hasta el Loira; su capital fue Burdigala (Burdeos). <<

[27] Del 74 al 77. <<

[28] Veintidós años. <<

[29] Livio, Fabio Rústico, César, Piteas, Posidonio, Estrabón, Plinio el Viejo y Pomponio Mela. <<

[30] También César, Estrabón y Plinio el Viejo creían que los Pirineos iban de N. a S. y que la costa cantábrica estaba orientada de NO. a SE., al O. de Britania. <<

[31] La traducción del término correspondiente a escudilla es algo compleja; en todo caso, se ve que las dos posibles figuras son diferentes; más bien se creía que Britania era de forma triangular. <<

[32] Escocia, que se extiende desde el istmo formado por el Clyde y el Forth. <<

[33] Ya habían hablado de ellas Plinio y Mela. <<

[34] Debe de tratarse de Mainland, la más grande de las islas Shetland. <<

[35] Tácito parece describir aquí las rías de la costa O. de Escocia. <<

[36] Habitantes del S. de Gales y Monmouthshire actuales. <<

[37] El druidismo. <<

[38] Tácito no distingue entre el gaélico y el britónico. <<

[39] Comparar con CÉSAR, *B. G.* III 19, 6. <<

[40] Tácito resume a CÉSAR, *B. G*. VI 24; compárese también este pasaje con *Germania* 28. <<

[41] Por Claudio. <<

[42] Sobre las maniobras de carros, véase CÉSAR, *B. G.* IV 24: según algunos autores latinos, estarían provistos de hoces. <<

[43] Afirmación válida, en todo caso, para las noches de verano; el autor recuerda más fácilmente los días de campaña. <<

[44] Según Plinio el Viejo, la tierra era un disco de bordes aplanados y proyectaba una sombra poco espesa, que no alcanzaba el cielo ni los astros. Pero tal vez este pasaje no implique que Tácito no crea que la tierra es una esfera; compárese con *Germania* 45, 1. <<

[45] Estaño, plomo, hierro y cobre. <<

[46] En el 54 a. C. <<

[47] Se encontraba en el testamento de Augusto. <<

[48] Tácito habla de este asunto en *Hist*. IV 15, y *Germ*. 37. <<

[49] Es decir, de los gobernadores de clase consular. <<

[50] Del 44 al 47 y del 47 al 52, respectivamente. <<

[51] En Colchester; cf. *An*. XII 32. <<

[52] Fue llamado «legado de Augusto en Britania», título excepcional en personajes no romanos. <<

[53] Anglesey; cf. *An*. XIV 29, donde se narra la resistencia de los druidas. <<

[54] Los centuriones del gobernador y los libertos del procurador, llamados desdeñosamente esclavos. <<

[55] Alusión a la revuelta de los germanos en el 9 d. C. <<

[56] Más que irónico dicho por los britanos, sería simplemente un apelativo sancionado por el uso, como puede deducirse leyendo al mismo Tácito. <<

[57] Mujer de Prasutago, rey de los ícenos; en celta significa «victoria»; véase *An*. XIV 31 y sigs., y DIÓN CASIO, LXII 1 y sigs. <<

[58] Véase *An*. XIV 35. <<

[59] Otra versión en *An*. XIV 33. <<

[60] Véase, para todo esto, *An*. XIV 38 y sigs. <<

[61] Ejecutado por Galba el 68. <<

[62] Del 63 al 69. <<

[63] El 69, año de «los cuatro emperadores». <<

[64] Cerial y Frontino. <<

[65] Confederación de tribus que comprendía el territorio entre el Trent y el Humber por el S., y una línea situada al S. del istmo Tyne-Solway por el N. Eran muy belicosos. <<

[66] En el 77 o 78. Se refiere al cruce del Canal. <<

[67] Vivían en el centro y N. de Gales. <<

[68] Símbolo de la victoria. <<

[69] El sentido de este pasaje, según Marín Peña, es el siguiente: cuando el grano escasea, los provinciales han de comprar en los graneros imperiales el que necesitan para pagar sus prestaciones al gobernador y al ejército, y, para ello, han de permanecer ante los graneros cerrados y pagar el grano adquirido a un precio arbitrario; donde el grano abunda, los lugares de entrega están muy lejos y el oneroso transporte se redime en metálico. Este tipo de abusos, denunciado por Cicerón en las «Verrinas» con relación a los sicilianos, podría haber sido una de las causas de la rebelión de Boudicca. <<

[70] Agrícola partió de la región de los ordovices y recorrió la costa NO. de la zona de Chester, que tiene muchos estuarios. <<

[71] Descubiertos en el distrito de Carlisle. (Texto problemático.) <<

[72] Los principales en *Aquae Sulis* (Bath). <<

[73] Según Saint-Denis, sería en el Tyne y no podría ser ni el Clyde ni el Tweed, porque esa zona no se recorrió hasta el año siguiente. <<

[74] El centurión mandaba a los legionarios; el prefecto, a la tropa auxiliar. <<

[75] Es decir, sin Caledonia. <<

[76] Pasaje ambiguo. Resumiendo, sería la primera nave que pasó cuando se lo permitió la climatología del año, o bien la primera nave que realizó aquella travesía; nos parece más verosímil la primera interpretación. <<

[77] Irlanda. <<

[78] Recuérdese el error geográfico de la nota 30. <<

[79] Sicilia, Cerdeña y Córcega. <<

[80] La flota Británica tenía su base principal en Boulogne y secundarias en Britania. <<

[81] La misma, derrotada en la revuelta de Boudicca. <<

[82] Esta digresión ha supuesto un problema para algunos a la hora de enjuiciar la obra. Véase la Introducción. <<

[83] Pueblo citado por TÁCITO en *Germ*. 32, y CÉSAR, *B. G*. IV 4. <<

[84] Navíos ligeros de guerra. (Texto problemático.) <<

[85] Quizá este periplo decidió a Agrícola a intentar la circunnavegación de Britania. <<

[86] La orilla O. del Rin. <<

[87] Los Grampianos; atraviesan Escocia del NE. al SO. <<

[88] Este capítulo está evidentemente inspirado en la arenga que dirige Catilina a sus partidarios antes de la batalla de Pistoya (cf. SALL., *Cat*. 58). <<

[89] Las costas de la Galia. <<

[90] Tomado familia en el sentido latino, es decir, la integrada por *famuli*. <<

[91] Escocia sólo tenía entonces pastos y montañas. <<

[92] Lo que se dice a continuación pertenece, en realidad, al levantamiento de Boudicca; lo mismo que las sevicias sufridas por aquella reina y sus hijas citadas en la expresión «están siendo manchadas…», del comienzo de este mismo capítulo; desde luego los brigantes también tuvieron una reina, Cartimandua (cf. *An*. XII 36 y sigs.). <<

[93] De las enseñas. <<

[94] Que formaban en el ejército romano como tropas auxiliares; Calgaco ya ha aludido a ello. <<

[95] Situación exagerada a propósito, natural en una arenga. Por la misma razón llama ancianos a los soldados veteranos. <<

[96] Es decir, trabajo en las minas. <<

[97] Probablemente el discurso de Agrícola tendría que ser más auténtico; el de Calgaco (algo normal en los historiadores antiguos) sería totalmente fingido. <<

[98] Los batavos llegaron a ocupar el delta formado por la rama del bajo Rin, parte de la actual Holanda; levantándose su jefe Civil contra Vespasiano, fue vencido por Cerial y quedaron como buenas tropas auxiliares de caballería. Los tungros fueron a parar a la Galia Bélgica bajo Augusto; desaparecieron con las invasiones germánicas.
<<

[99] Omitidos en la descripción del cap. 35; probablemente se trata de jinetes romanos, mientras que los de las alas eran auxiliares. <<

[100] Comparación con una cacería, ya utilizada por CÉSAR (*B. G*. VIII 18), LIVIO (VII 37) y VIRGILIO (*En*. IV 121). <<

[101] Pueblo que, tal vez, habitase hacia la desembocadura del río Spey. <<

[102] Se piensa que fue una circunnavegación, más que un simple costeo. <<

[103] Pudiera identificarse con Carpow o Cramond; ambos lugares conservan vestigios de fuertes romanos. <<

[104] Sobre los catos, el año 83. Éste es uno de los puntos oscuros, pero interesantes a la hora de enjuiciar la postura de Tácito frente al régimen de Domiciano; los testimonios de los historiadores antiguos sobre esta supuesta victoria son contradictorios. <<

[105] Probablemente se refiere a su aislamiento en su villa de Alba.
<<

[106] Toga de púrpura con bordados de oro, túnica adornada con palmas y corona de laurel; se concedían, en lugar del triunfo, a los que no pertenecían a la familia imperial. <<

[107] El año 84. <<

[108] Este halago facilitaría el que Agrícola abandonase su gestión en Britania. <<

[109] Costumbre oriental extendida a partir de Augusto en las relaciones entre amigos íntimos. <<

[110] Entre la vuelta de Agrícola (84) y el desastre de Mesia (invierno del 85 al 86). <<

[111] Mesia estaba al S. del Bajo Danubio; tenía al N. la Dacia y al E. la costa del Mar Negro; desde el 9 d. C. era provincia romana; Domiciano la dividió en Inferior y Superior; en el 375 quedó bajo el dominio de los visigodos. Dacia corresponde a partes de las actuales Hungría, Transilvania, Moldavia, Valaquia, Besarabia y Bucovina; el nombre de Dacio (cf. *deutsch*) es celta, pero estaban mezclados con los getas (godos); fue convertida en provincia romana por Trajano; los colonizadores romanos del siglo II fueron llamados rumanos. Panonia se hallaba entre el recodo del Danubio, los Alpes Orientales y el río Save; comprendía territorios de Austria, Hungría y Bosnia; los panonios, de origen ilírico, se fusionaron con los celtas; desde el 10 fue provincia romana, dividida por Trajano en Inferior (Este) y Superior (Oeste); era zona pobre, pero estratégica; ciudad capital fue Vindobona (Viena). Para estos datos geográficos, cf. la *Germania*. <<

[112] Se refiere, respectivamente, a la línea fortificada que defiende la frontera, y al Danubio. <<

[113] Cívica fue muerto por Domiciano tras la campaña contra los catos, según SUETONIO (*Dom*. 10). El gobierno de Asia y África se sorteaba anualmente entre los dos consulares más antiguos. <<

[114] Regulado por Augusto para los gobernadores; aquí *sería* una compensación por haber rehusado Agrícola tal gobierno. <<

[115] Entre la casa de Agrícola y la villa de Domiciano en Alba. <<

[116] Se nombraba heredero al Príncipe para que éste no ordenara anular el testamento. Cf. *An*. XIV 31, XVI 11 y II 48. <<

[117] En el consulado de Calígula se cita sólo a él porque el otro cónsul murió antes de tomar posesión. Murió Agrícola el 93 d. C. <<

[118] Doctrina estoica (cf. *Hist*. IV 5). <<

[119] Domiciano fue destronado el 96 d. C. <<

[120] Delator de Seneción y de otros muchos; tal vez la palabra «victoria» sea irónica para aludir a su primera delación. <<

[121] Ciego y uno de los delatores más crueles. <<

[122] Fue acusado por Plinio y Seneción por sus atropellos en la Bética, pero volvió a tener influencia, muerto ya Agrícola. <<

[123] Hijo de Helvidio, citado en el cap. 2. <<

[124] Desterrado por Domiciano, volvió con Nerva. <<

[125] Las ideas de inmortalidad contenidas en este capítulo las leemos con frecuencia en los autores clásicos. Para un aficionado a la cultura latina, el escritor más sugestivo, en este aspecto, es Cicerón. <<

[1] En su introducción a la *Germania*, Loeb Classical Libraiy, 1970. <<

[2] PARATORE, *Tácito*, 2.ª ed., Roma, 1962, pág. 204. <<

[3] En su introducción a su traducción de *La Germania*, colección Guillaume Budé, París, 1967. <<

[4] PARATORE, *op. cit.*, págs. 200 y sigs. <<

[5] PARATORE, *op. cit.*, págs. 205-228. <<

[1] Obsérvese la semejanza con el comienzo de la *Guerra de las Galios* de César. <<

[2] Recia fue convertida en provincia el 15 a. C., y comprendía el Tirol y la zona oriental de Suiza y algo del S. de Alemania. <<

[3] Procedían de Asia Central. Sobre Dacia y Panonia, véanse las notas al *Agrícola*. <<

[4] Los romanos no separaban el Mar Báltico del Mar del Norte. Las penínsulas aludidas serían, probablemente, Jutlandia, y las islas, Escandinavia. <<

[5] En la parte oriental de la Selva Hercinia, conocida hoy como la Selva Negra; su *numen* era Abnoba o Dea Abnoba. En la época, la Hercinia comprendía también la selva de Teutoburgo, donde se produjo el desastre de Varo. <<

[6] Pasaje calcado, casi al pie de la letra, de otro de Plinio el Viejo, quizá como homenaje al autor, que constituyó para Tácito su principal fuente. <<

[7] En *An*. I 51 aparecen luchando con Germánico en la selva Cesia, el año 14 d. C. <<

[8] Palabra de origen desconocido. Pudiera estar relacionada con los bardos o poetas; también se ha identificado con los sonidos de los elefantes. <<

[9] Se trata aquí de la actual Asberg, en la orilla izquierda del Rin. En la orilla derecha hubo otra con el mismo nombre, al parecer, y que es la actual Duisburgo. <<

[10] Especialmente, por la Selva Hercinia, desde el Rin al Vístula. <<

[11] Provincia romana a partir de Marco Aurelio. Tenía al N. el Danubio (que la separaba de la Germania), al E la Panonia, al S. los Alpes y la Galia Cisalpina y al O. la Recia. <<

[12] En latín se dice «dentados» y «bigados», lo mismo que en español se habla de «rubias», «gordas», «peluconas», etc. <<

[13] Probablemente venablos cortos. <<

[14] Se emplea aquí la palabra *pagus* como «distrito», mientras que para «poblado», propiamente dicho, Tácito suele emplear *uicus*. Lo que ocurre es que el primer vocablo no tenía esa significación para las agrupaciones humanas en la península itálica, sino que aludía a poblados agrícolas o ganaderos con un territorio circundante de explotación. <<

[15] Formación de combate de la infantería, llamada por Vegecio *caput porcinum*. Según Mommsen, se llamaba también *cuneus* a cada cuerpo de caballería. <<

[16] Con lo que señalaban a sus maridos el peligro de convertirse en objeto de placer para el vencedor. <<

[17] Profetisa de los brúcteros e instigadora de la rebelión de Civil. <<

[18] Parece estar pensando en las mujeres de la familia imperial romana. <<

[19] Mercurio representa a Wotan (Wodan, Odin), dios de la magia y de la tempestad; de ahí nuestro Miércoles frente al inglés Wednesday. Hércules está identificado con Donar y Thor, y posterior unión a Júpiter; de ahí Donnerstag, Thursday y Jueves, respectivamente. Marte sería Tiu, de donde Dienstag y Tuesday. El culto que Tácito llama a Isis estaba muy extendido y corresponde a la deidad germánica Nertho (cf. *infra*, cap. 40). <<

[20] Navío ligero de guerra; actuaron en Accio (31 a. C.) con gran éxito frente a la flota de Marco Antonio y Cleopatra gracias a su gran maniobrabilidad. <<

[21] La descripción se parece a la que nos da Heródoto sobre los escitas; se piensa que es una liturgia común a los pueblos indoeuropeos. <<

[22] Suele emplearse en la Germania para indicar una tribu germánica determinada, pero también se emplea para «nación» y «gente». <<

[23] Los caballos. <<

[24] Esta alternativa sugiere una distinción efectiva entre patrimonio y demanio. <<

[25] El soborno fue utilizado por los romanos con cierta frecuencia.
<<

[26] Del Rin y del Danubio. <<

[27] Otras lecturas dan *sic pereundum*, lo que vendría a ser: «así han de comportarse en la vida y en la muerte». <<

[28] Agnado era el hijo nacido después de haber hecho el padre testamento, que quedaba sin efecto por el nacimiento de aquél. <<

[29] Alude a la Ley Papia Popea. <<

[30] Rasgos de matriarcado; en las *Historias*, Civil aparece rodeado de sus sobrinos. <<

[31] Las ediciones críticas suelen añadir al final del capítulo una a modo de sentencia-resumen; señalado como un añadido no taciteo. Asimismo, queremos hacer constar nuestra dificultad en trasladar el término *hospitium*; tal vez quedara mejor reflejado por el español «hospitalidad» que por «hospedaje». <<

[32] Parece tratarse de una «danza de la espada», combate simulado muy extendido por Europa. <<

[33] Se refiere a un enemigo personal, cuya muerte es un homicidio, no una acción de guerra. <<

[34] Como ocurría en Roma con muchos de los libertos imperiales. <<

[35] Concretamente los montes del Jura, en Suabia. <<

[36] Los boyos emigraron a la Galia Cisalpina, pero antes pudieron dar su nombre a Bohemia («morada de los boyos»), situada entre Sajonia, Moravia, Austria y Baviera. <<

[37] Ambos ocupaban parte de la actual Hungría; los araviscos a la derecha del Danubio; los osos, a la izquierda. <<

[38] Los tréveros dieron nombre a Tréveris. Los nervios vivían en la región del Escalda. <<

[39] Cerca de Maguncia, los vangiones; de Estrasburgo, los tribocos; de Spira, los németes. <<

[40] Entre el Rin y el Main; aliados con los romanos, su capital, *Ara Ubiorum*, pasó a ser *Colonia Agripina*, la actual Colonia. <<

[41] Sería «fundadora»; Agripina, hija de Germánico, nació allí. <<

[42] El delta del Rin; para los batavos, véase el *Agrícola*. <<

[43] En la comarca en que se halla hoy Wiesbaden. <<

[44] El nombre querría decir «adquiridos por un diezmo». <<

[45] La paradoja de este pasaje se resuelve en el sentido de que tal anillo simbolizaba una consagración al dios de la guerra. <<

[46] Esta descripción tan benevolente de los catos no correspondía a la realidad. <<

[47] La orilla derecha del bajo Rin. Pueblos aludidos en el libro IV de la *Guerra de las Galias*. <<

[48] Los brúcteros se hallaban en la región de Münster, entre el Lippe y el Ems; los carnavos, entre el Vecht y el Yase; los angrivarios, al SO. de Bremen. <<

[49] Los dulgubnios, cerca de los ríos Leines y Aller; los casuarios al SO. De Bremen. <<

[50] Desde los batavos hasta cerca del Weser. <<

[51] Por Druso y Tiberio en el 12 y 16, a. C., respectivamente. <<

[52] El Mar del Norte. <<

[53] Hijo de Tiberio Nerón y Livia, nacido cuando ésta se había casado ya con Augusto, quien lo adoptó, con lo que dio lugar a las consabidas suposiciones. Ejecutó los planes de Augusto sin mantener ninguna línea política. Fue el primero en llegar al Mar del Norte, entre el Rin y el Weser. <<

[54] El golfo que forman las costas del NO. de Germania y el E. de la Península de Jutlandia. <<

[55] A ambos lados del Weser. <<

[56] Como en el caso de los catos, tampoco esta enumeración de cualidades parece coincidir con la realidad y nos hacen sospechar de retoricismo etnográfico. <<

[57] Entre el Weser y el Saale, derrotaron a Varo en la selva de Teutoburgo. <<

[58] En la zona de Hannover. <<

[59] Habitaban la península de Jutlandia. Los romanos no sabían que eran germanos. Derrotados por Mario, pasaron a ser aliados del pueblo romano. <<

[60] Se contaba a partir de la fundación de la ciudad (753 o 754); sería, pues, el 104 a. C. <<

[61] Ventidio Baso, traficante de mulas, favorito de César y de Antonio. Enviado como legado a Oriente, venció a los partos, mandados por Pácoro, quien murió en la batalla. <<

[62] La palabra César designa aquí a Augusto, pues tal derrota tuvo lugar el año 9 d. C. a manos de los queruscos al mando de Arminio; Varo murió. Análogamente, «Nerón» designa luego a Tiberio, que llevaba tal cognombre. <<

[63] Calígula, diminutivo de «caliga», bota-sandalia de los legionarios, que impusieron tal apodo al futuro emperador. <<

[64] Es decir, espectáculos propios de una victoria efectiva. <<

[65] Tácito se refiere genéricamente a los pueblos del E. y N de Germania; abarcarían los semnones, hermunduros marcomanos y cuados; pero podrían haber comprendido más tribus. <<

[66] Entre el Elba y el Oder. <<

[67] Tal vez indica sólo un gran número. <<

[68] A la izquierda del bajo Elba, al NE. de Hannover. <<

[69] Invadieron Britania en el siglo V y dieron su nombre a Inglaterra.
<<

[70] Había una diosa celta de nombre parecido, diosa de la fertilidad y de los vientos. Los datos de este capítulo son muy problemáticos. El templo sería el bosque; la estatua no existiría probablemente. <<

[71] La actual Franconia. <<

[72] Augusta Vindelicorum, actual Augsburgo. <<

[73] Domicio Ahenobarbo lo había pasado el 3 a. C. <<

[74] Los naristos, al E. de los Hermunduros; los marcomanos y los cuados, en Bohemia y Moravia. Los marcomanos ayudaron a Ariovisto contra César. <<

[75] Maroboduo (Marbod) fundó un gran imperio entre el Elba y el Vístula a principios de la era cristiana. <<

[76] Pueblos celtas. <<

[77] Los Montes de los Gigantes y los Sudetes. <<

[78] En la región de Cracovia, su nombre parece que significa «los guerreros». <<

[79] Los godos. Ocupaban zonas del bajo Vístula. <<

[80] Parece, por este pasaje, que Tácito consideraba Escandinavia como una isla. <<

[81] Al S. de Suecia. Es el único pueblo nórdico que se menciona. <<

[82] Puede referirse al Océano Glacial Artico. <<

[83] El Báltico. <<

[84] Sólo habla coincidencias léxicas. <<

[85] Se trata de un pueblo finés que vivía en las tierras llanas del NO. de Escandinavia y conocido como Kuaens, que aún existe en el NO. de Finlandia; a los fineses se les llama *quen* en sueco. <<

[86] Son los fineses de la zona de Letonia. <<

[87] Los peucinos, de Bulgaria; los vénetos, antepasados de los eslavos, al otro lado del Medio Vístula; los fenos se piensa que eran originarios de la zona de Moscú. <<

[88] Si se tratase de los lapones, no tendría nada de extraño el aspecto, por las pieles que llevarían. <<

[1] E. PARATORE, *Tácito*, 2.ª ed., Roma, 1962, págs. 166-169. <<

[2] H. BARDON, *«Dialogue des Orateurs et Institution Oratoire», Rev. Ét. Lat*. 19 (1941), 114 y sigs. <<

[3] R. SYME, *Tacitus*, I-II, Oxford, 1958 (I: pág. 116; II: páginas 670-673).

36.-11 <<

[4] G. KENNEDY, *The art of rhetoric in the Roman World*, Princeton, 1973, págs. 430 y sigs. <<

[5] S. F. BONNER, *Roman declamation in the late Republic and the Early Empire*, París, 1939, págs. 42 y sigs. <<

[6] E. FANTHAM, «Imitation and decline: rhetorical theory and practice in the first century after Christ», *Classical Philology* 73, (1978), 115 y 116. <<

[7] GARCÍA CALVO, *Virgilio*, Madrid, 1976, págs. 26-28. <<

[8] BARDON, *art. cit.*, 26-28. <<

[1] Oponente de César, se suicidó tras la batalla de Tapso. Frente a la literatura griega, era muy frecuente en Roma que las tragedias no se escribieran para representarlas, sino para ser leídas; en ciertas épocas, estas salas de lectura fueron centros de oposición política. Ver, en esta misma colección. SÉNECA, *Tragedias*, 1 [trad. J. LUQUE MORENO], Introducción General, páginas 44 y sigs. <<

[2] Solían escoger para defender sus causas judiciales a abogados eminentes, sobre todo si eran políticos de influencia, por razones obvias, cosa que a los españoles, al menos, no nos coge de sorpresa. <<

[3] Domicio Ahenobarbo, otro conocido enemigo de César. Cónsul en el 54 a. C., murió en Farsalia o en las consecuencias de ella. <<

[4] Saleyo Baso, poeta épico mencionado por Juvenal y alabado por Quintiliano. <<

[5] Por haberlas defendido contra el abuso de sus gobernantes. Recuérdese, por ejemplo, el caso de Cicerón, Verres y los sicilianos. <<

[6] Famoso delator de la época de Nerón y Vespasiano, aunque bajo el mandato de éste fue obligado a suicidarse; para Helvidio, véase *Agr*. 2, 1 y n. 5. <<

[7] En el capítulo 9 dirá que la poesía sólo proporciona una alegría pasajera. <<

[8] Podían ser presa de los cazadores de herencias. <<

[9] Es decir, ciudadanos de elevada condición, pues el pueblo solía llevar túnica. <<

[10] «Hombre nuevo» se llamaba al que no tenía antecedentes políticos en la familia. El laticlavo era la insignia de la condición senatorial: una franja de púrpura que adornaba la túnica. <<

[11] Los centúmviros llevaban en Roma la jurisdicción civil. <<

[12] Tenía facultades para reformar o casar sentencias de instancias inferiores. <<

[13] La palabra designa aquí funcionarios con atribuciones para administrar la intendencia y el tesoro público. <<

[14] Véase la nota 9. <<

[15] Sin ciudadanía romana, se regían por el *ius gentium*. <<

[16] Delator. Buen orador, según Quintiliano. <<

[17] Tendría unos setenta y siete años. <<

[18] Situados en el *atrium* de las casas. <<

[19] Necesitaban ser votadas en el Senado y ratificadas por el emperador (véase *Agr*. 40). <<

[20] El término no equivale a «poeta». Véase el estudio sobre Virgilio, citado en la bibliografía del *Diálogo*, págs. 17 y 18. <<

[21] El genio familiar, protector del tronco o linaje, cuya celebración principal tenía lugar para el cumpleaños del *pater* familias. <<

[22] Es una frase hecha, de difícil traducción. Véase, en caso de interés, L. HERRMANN, *Latomus* (1965), 855-856. <<

[23] Sinécdoque casi banalizada entre los antiguos: zapato alto, que indica la tragedia, oponiéndola a la comedia (*planipedalis*). <<

[24] Famoso atleta del siglo I. <<

[25] Utilizados como lugares de lectura, no de representación escénica, en este caso. <<

[26] Lo traducimos como título de una tragedia, pero cabe la posibilidad de que quiera decir «en tiempos de Nerón». <<

[27] Delator de la época de Nerón. <<

[28] Véase la obra citada de GARCÍA CALVO, págs. 29-30, fundamentalmente. Entre los antiguos parece que esta idea surge de Aristóteles. <<

[29] Alusión a las condenas capitales obtenidas por los delatores de la época. <<

[30] Hijo de Apolo y maestro de Orfeo. <<

[31] A los ojos de los aticistas, representaban el ideal de estilo. <<

[32] Rebate las palabras de Apro al final del cap. 9. <<

[33] Prefería estar en Nápoles antes que en Roma. <<

[34] Político y poeta trágico. <<

[35] De Nimes. Muy notable orador, según Quintiliano. <<

[36] Parece referirse a lo que vemos en *Agrícola*, al final del capítulo 43 (véase la nota correspondiente). <<

[37] Quintiliano lo consideraba el mejor orador de la época junto con Afro Domicio. <<

[38] Retórico de Esmirna que enseñó en Roma. <<

[39] Tratado, hoy perdido, de Cicerón, en el que respondía a los ataques de Hortensio contra la filosofía. <<

[40] El año platónico, espacio de tiempo que dura una revolución del polo del Ecuador en torno del polo de la Eclíptica. <<

[41] Número inexacto, la mitad del verdadero. <<

[42] Cónsul en el 250, autor del apólogo «De los miembros y del estómago». <<

[43] Famosos oradores del siglo I a. C. <<

[44] Sucedió el 19 de agosto del 43. <<

[45] Costumbre antigua de redondear las cifras. <<

[46] Esto es, con la que intentaron los britanos. Se trata de la primera expedición de César a Britania. <<

[47] La distribución de dinero de Tito tuvo lugar el 72. Recuérdese que Augusto murió el 14 d. C. <<

[48] Cicerón y sus contemporáneos. <<

[49] Porque sólo está separada de Cicerón por una generación y, en cambio, dos de Galba y Carbón. Galba es famoso por sus incidentes con los lusitanos. Carbón fue aliado político de los Gracos. <<

[50] Considerado, junto con Antonio, el mejor orador de los anteriores a Cicerón. <<

[51] Poco sobrio. Apio el Ciego, cónsul en 337 y 298, se opuso a Pirro. <<

[52] Hay una laguna, difícil de completar en cuanto al texto original, pero no en cuanto a la interpretación, si nos quedamos con la lectura de Fourneaux. Tampoco si adoptamos la de Koestermann, aunque la traducción serla algo distinta, pero creemos que en ambos casos el sentido del pasaje es el mismo. <<

[53] Famosos tratadistas de retórica; artificiosos. <<

[54] Términos de derecho procesal, campo muy farragoso y aburrido siempre. <<

[55] Discursos de Cicerón. <<

[56] Famosos actores de la época republicana. El primero fue defendido por Cicerón, en uno de los discursos más conocidos. <<

[57] Del siglo II, son los dos autores trágicos más importantes de la literatura latina. Sus obras se representaron hasta bastante después de su muerte. <<

[58] Metáfora para aludir al estilo seco, probablemente terminología de escuela; la encontramos, p. ej., en Cicerón y Quintiliano. <<

[59] Nació el 75 a. C. <<

[60] Se refiere a las obras de los analistas, precursores del género historiográfico. <<

[61] La primera expresión, tomada del *In Pisonem*, procede de los círculos que se describen al bailar, *Ius Verrinum* puede querer decir «justicia de Verres», pero también «jugo de cerdo». El *esse uideatur* es, por razones rítmicas, una cláusula favorita de Cicerón, aunque no tan utilizada como pretende hacernos ver Apro. Tal vez exagerasen su uso los ciceronianos del siglo I d. C. <<

[62] Baso y Noniano fueron historiadores del siglo I de C.; Sisenna, del siglo II a. C., y Varrón fue el más grande erudito que tuvo Roma, contemporáneo de Cicerón. <<

[63] Tácito parece querer dejar en ridículo a su personaje, quien tras atacar a Cicerón, desarrolla un parlamento final muy en la línea de su criticado. <<

[64] Adversario de Pisístrato en Atenas, en el siglo VI a. C. <<

[65] No están citados en orden cronológico; si es por su fama, extraña que César ocupe para Mesala el tercer lugar. <<

[66] Libros quiere decir aquí los conjuntos de discursos editados. <<

[67] En latín *tinnitus* podría ser una onomatopeya de escuela. Quintiliano (*Inst. Orat*. 2, 3) usa *tinnulos*. La correspondencia castellana de «perifollos» tal vez no sea muy exacta, aunque la hemos visto empleada para estos casos. La onomatopeya podría corresponder a una palabra como «tintineo»; también consideramos acertada «floreo». <<

[68] Esta música de acompañamiento tenía un carácter voluptuoso.
<<

[69] Retórico elogiado por Suetonio, que lo prefiere a Quintiliano. <<

[70] Es decir, a los antiguos oradores romanos, puesto que Mesala era el único de los interlocutores nacido en Roma. <<

[71] Ideas que ya están en Séneca el Viejo. <<

[72] Lo referente a las provincias. <<

[73] En Roma llegó a ser apelativo de estimación «madre de los Gracos». <<

[74] Parece que Roma fue precursora hasta en esto. <<

[75] Escévola, llamado el Augur; cónsul en el 117. <<

[76] Pasaje imitado de Cicerón, *De Oratore* I 12, 53. <<

[77] El más célebre discípulo de Epicuro («el segundo Epicuro»). Murió en el 227. Sus obras se han perdido. Los epicúreos tenían la costumbre de dar a sus máximas una forma exclamativa, de ahí el latín *exclamationes*. <<

[78] A partir del principado, una de las fuentes más importantes de derecho privado. <<

[79] En *Orator* 12. <<

[80] El derecho y la filosofía son tonterías para los retóricos, que se apoyan sólo en reglas de escuela. <<

[81] Bastones con bolas que usaban soldados y gladiadores para entrenarse. <<

[82] Tribuno de la plebe en el 56 a. C. Craso tenía veintiún años; César, veintitrés; Calvo, veinticuatro. <<

[83] Las suasorias son pequeños ensayos orales justificando la decisión de un personaje imaginario. Las controversias son ya discursos judiciales, con pros y contras. <<

[84] En el ordenamiento español, ciertas personas (p. ej., el rey) no están obligadas a comparecer para deponer testimonio. <<

[85] Hombre fundamental en los primeros pasos del gobierno de Vespasiano (véase el *Agrícola*), se dedicó después a quehaceres literarios. <<

[86] Las actas serían extractos de discursos y las cartas se rían las cruzadas entre Cicerón y los defensores del aticismo. <<

[87] Medio legal que se da a los particulares para defender un derecho subjetivo de carácter civil; el más frecuente es el posesorio en nuestro ordenamiento. <<

[88] Asambleas del pueblo con funciones electorales y legislativas. <<

[89] Catilina se sublevó contra el Estado en el 63 a. C., año en el que Cicerón fue cónsul. Verres ya ha sido citado en notas anteriores. Contra Marco Antonio lanzó las *Filípicas*. A Milón lo defendió en una causa criminal (homicidio), pero con claras implicaciones políticas. <<

[90] He adoptado aquí la conjetura de Koestermann. <<

[91] Hacia el 15 a. C. <<

[92] Idea tomada también de Quintiliano (u opinión común), quien no admitía las casacas con capuchón sino por motivos de salud. <<

[93] Cornelio, acusado de lesa majestad, Escauro de concusión y Bestia de intriga, fueron defendidos por Cicerón. <<

[94] Alusión al proceso intentado contra el primer Africano tras la guerra contra Antíoco. <<

[95] La palabra, con mayúscula, por tener Tácito en la mente el régimen de Estado-Ciudad, que fue el germen de Roma. <<

[96] Sólo en caso de injuria (perseguible e instancia de parte). En otro caso, se incoaba de oficio por el emperador. <<